

**ALFREDO  
MANEIRO**  
Pensamiento social

# Hacia el poder revolucionario



Fabricio Ojeda

Fundación Editorial  
  
elperroylarana

MISIÓN  
  
cultura • Venezuela  
¡Corazón adentro!





# Hacia el poder revolucionario

Fundación Editorial  
  
elperroylarana

MISIÓN  
  
Cultura • Venezuela  
¡Corazón adentro!

© Fabricio Ojeda

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,  
Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

### **Correos electrónicos**

atencionalescritorfep@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

### **Páginas web**

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

### **Redes sociales**

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

### **Diseño de colección**

Mónica Piscitelli

### **Edición y corrección**

Pablo E. Ruggeri

### **Diagramación**

Aarón Lares

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2018001972

ISBN: 978-980-14-4346-9



La colección **ALFREDO MANEIRO. POLÍTICA Y SOCIEDAD**

publica obras necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales, políticos y económicos que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela tiene un papel activo y determinante en la escena global contemporánea, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, surgidos del análisis y la comprensión de nuestra realidad. Firmes propósitos animan esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta y ochenta del siglo pasado; y por la otra, publicar libros que permitan difundir temas e ideas medulares de nuestro tiempo. Está conformada por cuatro series: *Pensamiento social*, *Cuestiones geopolíticas*, *Identidades y Comunicación y sociedad*.

**PENSAMIENTO SOCIAL** es un espacio para el debate teórico en torno al ideario económico, político y social que ha perfilado el devenir histórico latinoamericano y caribeño. Igualmente, sirve para problematizar y profundizar el espíritu emancipador de nuestro continente.

**CUESTIONES GEOPOLÍTICAS** sirve de foro para la creación de una nueva cartografía contrahegemónica del poder mundial, a través de la exploración en los ámbitos económicos, sociales, políticos y culturales de las relaciones Norte-Sur y Sur-Sur, sus estrategias e implicaciones para la humanidad.

**IDENTIDADES** indaga en la diversa gama de culturas ancestrales y populares latinoamericanas, en la búsqueda de los aspectos que nos definen como pueblos.

**COMUNICACIÓN Y SOCIEDAD** aborda los diferentes temas de la comunicación, a partir de sus dimensiones políticas y sociales, en relación con los problemas del mundo contemporáneo.



FABRICIO OJEDA

# Hacia el poder revolucionario







## PRÓLOGO

Debido a las condiciones especiales en las cuales se edita este libro –hoy hace un año que Fabricio fue asesinado por el imperialismo norteamericano y sus títeres criollos–, se hace necesario un prólogo que tal vez difiera un poco de lo acostumbrado, aquí no solo se hablará del autor, igualmente se mencionará el devenir de los hechos desde aquel 21 de junio de 1966 hasta hoy. Se tratará de presentar la proyección del pensamiento y la integridad del comandante Fabricio Ojeda, guerrillero, maestro y alumno; se ubicarán las piezas de acuerdo con la historia y, manteniéndonos siempre dentro de la nobleza de acción que fue su norma, presentaremos al lector la actual posición de aquellos que Fabricio menciona en este su último libro.

*Hacia el poder revolucionario* se empezó a redactar allá en las montañas de Portuguesa, en los campamentos El Jobo, El Silencio y Venus 3, durante los primeros días del mes de enero de 1966 y sus últimas correcciones fueron hechas en mayo, ya en Caracas, adonde la revolución y necesidad de defenderla a toda costa le había llevado. La lucha ideológica en el seno del movimiento revolucionario había asumido su fase más crítica, era el momento de las definiciones, los campos divergentes dentro del movimiento revolucionario estaban claramente definidos, pero no así las individualidades dentro de los mismos. Fabricio supo permanecer leal a esa norma de conducta que siempre defendió, “debemos discutir entre nosotros y pelear contra el enemigo”. Es por ello que en este libro no asoma las diferencias sostenidas con algunos dirigentes dentro del campo revolucionario. Defiende razonadamente el camino de la lucha armada y su forma fundamental, la guerra de guerrillas, identificando claramente al enemigo fundamental, el imperialismo y la oligarquía criolla, y hacia su desenmascaramiento y derrota dirige todos sus esfuerzos.

Hoy nos corresponde a nosotros hacer una pequeña síntesis de esa lucha ideológica que llevó a Fabricio a bajar a la ciudad, para defender el camino justo y correcto de la lucha armada, con su motor fundamental en el escenario rural como medio para lograr la liberación de la patria.

En una carta dirigida a Guillermo García Ponce y con fecha de 31 de mayo de 1966, dice:

Muchas veces escribí, envié largos documentos. A ti fue uno de ellos. Lo mismo hicieron otros camaradas. Pero nuestras palabras cayeron en el vacío, no hallaron eco. Parece que la preocupación acá, en las alturas, no estaba por resolver los problemas para fortalecernos, sino a agravarlos para debilitarnos. Parece que la perspectiva del "viraje" y el "nuevo período táctico" tenía más fuerza que nuestros sufrimientos, que nuestras dificultades en ascenso. Ni una sola respuesta; ni una sola palabra, querido amigo. La diligencia que ahora se pone de manifiesto con el propósito de tergiversar nuestra actitud, estuvo ausente ante los angustiosos planteamientos por una dirección eficaz, dinámica, consecuente.

En carta dirigida a Teodoro Molina Villegas expresaba algo parecido:

Es posible que imbuido de una nueva mentalidad como estoy, de un espíritu modelado por casi tres años sin salir de la montaña, donde el clima que se respira es totalmente distinto al de la ciudad, me haya colocado en una posición si se quiere idealista. Como en nuestros destacamentos guerrilleros no existen divergencias de ninguna índole, como no tenemos tiempo para las excesivas teorizaciones y solo dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo a las actividades prácticas, a planificar tareas para extender la influencia revolucionaria a nuevas zonas para enfrentar mejor al enemigo común, para hacer frente a los cercos permanentes, etc., etc., creí que acá las preocupaciones fundamentales de los revolucionarios también giraban en torno a lo concreto, a lo preciso, pero desgraciadamente las cosas no parecen ser así. Ya me he ido dando cuenta de que la preocupación principal no se afina en la

discusión de planes objetivos, realistas, para enfrentar y derrotar los embates del enemigo, sino que ella incide casi exclusivamente en auscultar cualquier error en el seno del movimiento para abultarlo y utilizarlo de manera deshonesta, en disputas subalternas. Aquí se habla mucho y se hace poco. Allá se habla menos y se hace más. (Carta a M.V., 17/5/66).

Pero, ¿cuál es en sí el origen de esas divergencias en el seno del movimiento revolucionario? ¿Por qué la situación se tornó tan conflictiva para los primeros meses de 1966? Hagamos un poco de historia, y recurramos para ello a las declaraciones del comandante Douglas Bravo.

En 1959, el gobierno proimperialista y entreguista de Rómulo Betancourt inició una cadena de represiones contra el movimiento popular; cuando Rómulo Betancourt se trazó como estrategia liquidar todo el movimiento popular, para facilitar así los planes de explotación imperialista en Venezuela, comenzaron a surgir las primeras diferencias; era el momento en que unos sostenían que a la agresión armada, a la agresión violenta, al uso de las armas, a los asesinatos, a las torturas, a los allanamientos, a los carcelazos, a los vejámenes del régimen de Betancourt, no se podía hacer frente con manifestaciones pacíficas solamente, sino con manifestaciones pacíficas por las reivindicaciones políticas y económicas, y también con manifestaciones armadas, con la lucha armada. A partir de entonces, empieza la polémica sobre este tema. Por aquel entonces, los sostenedores de la vía pacífica eran muy pocos, se reducían a un minoritario grupo en el seno del movimiento revolucionario.

Se inició la lucha armada en Venezuela, en los años 1960-61, no por el deseo de los partidos revolucionarios de recurrir a la lucha armada, sino como la única vía posible, la única vía abierta, la única salida que dejaban los gobiernos entreguistas, el gobierno de Betancourt, concretamente.

Al iniciarse la lucha en nuestro país, aquellas corrientes ajenas a la lucha armada no fueron rebatidas suficientemente en el plano

teórico, y se permitió que convinieran en el seno del movimiento revolucionario sin ser expuestas públicamente como concepciones ajenas y extrañas al movimiento revolucionario. Es decir, una falsa concepción de la unidad de las diferentes concepciones permitió que no se desenmascarara, que no se explicara al pueblo y se explicara a los propios sostenedores de esa concepción que tales puntos de vista no correspondían a la realidad venezolana.

El extraordinario auge vivido a raíz del 23 de enero se mantuvo durante los primeros años del régimen de Betancourt, e hizo posible que a las agresiones armadas y violentas de Betancourt se respondiera con las armas en la mano.

Se inició entonces un conflicto, se inició lo que podemos llamar la guerra de liberación en Venezuela. En las ciudades crecían los combatientes armados, se producían desprendimientos en los cuarteles y se desarrollaban los movimientos guerrilleros campesinos. Sin embargo, en esa oportunidad no tuvimos la claridad suficiente para trazar un camino más neto y preciso en cuanto al problema de la vía armada, y algunos errores cometidos –lamentables errores que hoy estamos pagando– hicieron que entrara en crisis el movimiento revolucionario.

Al plan del enemigo no supimos responder adecuadamente con un planteamiento integral para la lucha contra Betancourt. Podemos decir que arribamos al 1.º de diciembre de 1963 con las principales unidades militares desgastadas. En eso consistió el grave error: antes del momento de coyuntura, antes del momento adecuado, habíamos lanzado las principales fuerzas, habíamos cansado al movimiento universitario, al movimiento juvenil, a los cerros, a la propia guerrilla. Para el 1.º de diciembre los frentes guerrilleros no estaban en condiciones de aprovechar, de capitalizar el descontento de las masas, porque en el transcurso de los cinco años de Betancourt habían quemado sus principales efectivos. Es decir, no hicimos un planeamiento estratégico que nos permitiera invertir nuestros recursos humanos, materiales y políticos en forma tal que fuéramos ganando fuerzas, sumando fuerzas para concentrarlas en un momento oportuno, como era justamente el del 1.º de diciembre.

Podemos afirmar que la primera gran derrota sufrida por el movimiento armado y por el movimiento popular en general fue la de las elecciones del 1.º de diciembre de 1963.

Triunfa entonces el doctor Leoni y se produce un debilitamiento moral en las filas del movimiento revolucionario; en las masas populares cunden la decepción, el desengaño, el escepticismo. De manera que la entrada del año de 1964 inicia con un gran periodo de crisis para el movimiento armado y popular. Se empiezan a resquebrajar partidos revolucionarios, se empieza a debilitar y parcelar más el movimiento de resistencia. Surge en este momento una tesis ya pública ante la nación y que no era nueva en el mes de enero de 1964, sino muy vieja, pero que consiguió caldo de substancia para su aparición; porque en momentos de crisis, en momentos de derrota, es cuando proliferan las concepciones derrotistas. En esta oportunidad se separa del Movimiento de Izquierda Revolucionaria su secretario general, el doctor Domingo Alberto Rangel, y lanza una tesis pública –su carta al MIR, de enero– en la que, entre otras cosas, sostenía que la guerra de guerrillas no tenía vigencia histórica en Venezuela, que el movimiento armado había sido lanzado precipitadamente, que el campesinado era una reserva estratégica del imperialismo.

La forma de conducir la lucha armada, en su conjunto, en Venezuela produjo algunas derrotas. En 1964 el movimiento armado, en sus comienzos, se dio a la tarea de desenmascarar en primer lugar al gobierno de Leoni, que había tomado el poder y que traía una aureola de pacificador, de concordia y de entendimiento, y luego de desenmascararlo en la práctica, pasar a la ofensiva contra él, es decir, esperar que las propias acciones de Leoni justificaran las acciones de respuesta a su agresión. Pero decretamos una tregua urbana mientras que el gobierno se lanzaba violentamente contra los frentes guerrilleros rurales, e incluso el despertar del movimiento estudiantil fue reprimido violentamente, con un saldo de muertos, y aun así se mantenía la tregua urbana.

La tregua urbana se mantuvo durante todo 1965; a fines del año 1964 hubo grandes agresiones del gobierno a los frentes guerrilleros. Fue atacado el frente de El Bachiller y hubo muchos

fusilamientos por parte del ejército; se detuvo a campesinos y a guerrilleros y se les fusiló sin fórmula de juicio; fue bombardeado el frente José Leonardo Chirino durante 11 días consecutivos, con un cerco de más de ocho meses; se fusiló a más de ochenta campesinos y a algunos guerrilleros que cayeron en poder del enemigo; se inició, a comienzos de 1965, el cerco del frente José Antonio Páez, en Trujillo y en Portuguesa.

Toda esta planificación de conjunto del enemigo no tenía una respuesta adecuada en el movimiento armado, debido a las divergencias, a las diferentes concepciones que se habían presentado para dar una salida revolucionaria al pueblo venezolano.

En 1965, la concepción errónea de derecha, conservadora, fue aumentando sus adeptos con algunos sectores del movimiento popular. Ya se publicaban artículos de prensa, se hacían declaraciones públicas y se culpaba abiertamente a la guerra del estancamiento del movimiento de masas; se decía que, por razón de la guerra, de la lucha armada, el movimiento de masas no estaba en la calle.

Para fines de 1965, el movimiento revolucionario empezaba a vivir una aguda crisis, que se manifestaba en el orden político, en el organizativo y en el militar. Esta crisis ensombrecía el panorama y hacía que se levantaran cada vez con mayor fuerza, diferentes tesis enemigas del proceso armado.

A finales de 1965, el gobierno logró asestar fuertes golpes a la guerrilla en Oriente; tendió un cerco en el llano, logrando algunas parciales victorias; había iniciado el cerco a la Lara, donde más de cien campesinos fueron fusilados y otro número de guerrilleros, que habían caído prisioneros, también habían sido fusilados; aldeas tras aldeas eran desmanteladas; los campesinos se trasladaban de conuco en conuco, de aldea en aldea, huyendo de la represión brutal del enemigo; en las ciudades, las Unidades Tácticas de Combate (UTC) habían sido golpeadas fuertemente. A esto debemos agregar que los cuadros más destacados de los partidos revolucionarios habían sido hechos prisioneros a fines de 1963 y comienzos de 1964. (Entrevista hecha a Douglas Bravo en octubre de 1965).

Dentro de este panorama general del movimiento revolucionario, surgen desde el cuartel San Carlos, cárcel política del régimen, a finales de 1965, dos tesis que, si bien se diferencian en algunos términos, son en sí dirigidas a la liquidación de la lucha armada. Fundamentadas esencialmente en el estudio subjetivo de la situación por la que atraviesa el movimiento revolucionario, se dirigen a inculpar de tal situación no a una dirección vacilante y falta de eficacia y dinamismo en la conducción de la guerra, sino por el contrario, al movimiento guerrillero, a la presencia de la lucha armada como causante de los reveses sufridos por el movimiento revolucionario. En Documento fechado el 7 de noviembre de 1965, y firmado por Guillermo García Ponce, Gustavo y Eduardo Machado, Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff y Freddy Muñoz, se hace del conocimiento al Comité Central (CC) del Partido Comunista de Venezuela (PCV) la tesis secundada por ellos con respecto a la situación del movimiento y se plantea:

Los procesos en marcha permiten al movimiento revolucionario tomar la iniciativa en el frente político. Sin embargo, será necesario que las FALN ordenen un repliegue de las guerrillas y UTC. No se trata de una nueva "tregua" sino de algo más de fondo. Se trata de dar un viraje en la forma de lucha. Es decir, abrir un nuevo período táctico, en el cual, en lugar de combinarse todas las formas de lucha, quedarán suspendidas las acciones de las guerrillas y UTC y se colocarán en primer plano las iniciativas políticas.

Quedaba claro que se presentaba una situación de coincidencia con las tesis liquidacionistas defendidas por Domingo Alberto Rangel a principios del año 1964 y las cuales habían sido duramente atacadas por algunos de los firmantes, entre quienes cabe destacar a Pompeyo Márquez, quien publicó algunos materiales a raíz de tales declaraciones, en los cuales defendía la vigencia de la lucha armada y aún más, la guerrilla como forma fundamental de expresión de la misma.

Ahora bien, es necesario precisar que en manos del Buró Político (BP) del Comité Central del PCV, reposaba desde octubre del mismo año otro documento, donde se presentaba igualmente una tesis con



respecto a la lucha armada, donde se hacían consideraciones de fondo referentes al desarrollo de la misma, donde se daban soluciones y se abrían perspectivas para el definitivo fortalecimiento de aquella vía aprobada cuatro años atrás y enriquecida con la experiencia de esos mismos cuatro años, la lucha armada con su expresión fundamental, la guerra de guerrilla. En este documento, la carta del comandante Douglas Bravo dirigida al Comité Central del PCV y fechada en octubre de 1965, además de los planteamientos concretos y precisos sobre la situación del movimiento revolucionario y sobre las soluciones que se le debían dar, se hacía mención a un documento anterior -octubre de 1964- en donde se había presentado la tesis de Insurrección Combinada como la línea estratégica para el movimiento revolucionario; sin embargo, a estos planteamientos no se les dio por parte del Buró Político curso alguno. Esos sí fueron mantenidos dentro de las "normas disciplinarias", a esos sí se les consideró "documentos secretos", esos planteamientos no fueron conocidos por la militancia, esos planteamientos no fueron discutidos por los miembros del Comité Central, esos planteamientos no fueron considerados "aptos" para ser defendidos a través de la prensa legal del partido. Mientras todos los órganos de difusión del partido se hacían eco de las tesis de "nuevo período táctico" y de "viraje", la concepción planteada por el comandante Douglas Bravo, referente al mantenimiento de la línea aprobada en el III Congreso, la lucha armada, y las medidas a tomar para fortalecerla y hacerla avanzar, no podía ser difundida, pues significaría la derrota tácita de aquellos planteamientos liquidacionistas a los cuales hemos hecho mención. ¿Cuál si no habría sido la reacción de la militancia al enterarse de aquellos planteamientos hechos por alguien que contaba, no solo con la preparación política necesaria que le daban sus dieciséis años de militancia en el partido, sino al igual, con la preparación militar que le daban sus cuatro años de experiencia en la lucha armada en las montañas? He aquí trozos de la carta del comandante Douglas Bravo:

He decidido dirigirme a nuestro máximo organismo después de meditar fría y serenamente en torno a los problemas que confronta el movimiento revolucionario. La mayoría de las cosas que expondré han sido planteadas al Buró Político en el lapso de cinco

meses de estadía allá. Unas veces lo hice verbalmente y otras por escrito. Esta decisión de dirigirme por escrito al Central responde a varias razones: en primer término, la razón de la clandestinidad, que nos impide comunicarnos con frecuencia y facilidad; en segundo término, por lo que podemos llamar los problemas de la dirección del partido que se refleja con mayor fuerza en el BP y, por último, la necesidad de dejar por escrito apreciaciones sobre temas eminentemente polémicos en los que la palabra escrita se hace imprescindible.

### Problemas del movimiento revolucionario

a) Línea estratégica: en nuestro III Congreso se trazaron los lineamientos generales de nuestra guerra, pero no precisamos los elementos concretos de la misma. No hemos profundizado un estudio serio sobre las peculiaridades de nuestra revolución. Esta es la razón por la cual nuestra línea táctica ha oscilado entre los extremos, unas veces exageramos nuestras peculiaridades propias y otras copiamos esquemas ajenos a nuestra realidad. A veces nos orientamos en la actividad teórica con determinados lineamientos y en la práctica ejecutamos una política diferente. Sobre la base de algunos análisis no profundos de nuestra realidad, hemos descansado el peso y el eje de la lucha unas veces en lo urbano, otras en lo rural. Definir con absoluta claridad, basado en un examen dialéctico de nuestro proceso revolucionario, el camino estratégico a seguir, constituye la tarea de más vital importancia de los comandos civiles y militares del movimiento revolucionario.

En el Documento de la Montaña del Comité Regional del PCV de la Sierra de Falcón, de octubre de 1964, se ensaya lo que puede ser la salida estratégica en la llamada INSURRECCIÓN COMBINADA. La INSURRECCIÓN COMBINADA o guerra combinada, como prefieren llamarla algunos, es una línea estratégica que, partiendo de una objetiva caracterización de nuestra lucha de liberación, reconoce y sabe aprovechar los factores insurreccionales a corto plazo y los factores constantes de guerra prolongada que se conjugan simultáneamente en nuestro país.

b) Línea organizativa: uno de los problemas de mayor envergadura y que amerita una solución inminente es el organizativo. La no existencia de esta línea organizativa la podemos sintetizar en lo siguiente:

1) El Frente de Liberación Nacional (FLN) no existe como la integración real de todas las fuerzas políticas que luchan por la liberación del país, es decir, no existe como instrumento orgánico, ni nacional ni localmente, no es el centro de la dirección político-militar de la revolución; no existe como equipo de dirección y no está estructurado en el pueblo como entidad política. Es cierto que se han hecho varios ensayos, es cierto que en algunas zonas del país ha tenido relevante importancia, pero en la mayoría de los casos el FLN es un instrumento amorfo, sin participación en las tareas de la guerra y cuando ha tomado decisiones trascendentales, en su mayoría son relativas a problemas parlamentarios. Si queremos llevar a cabo exitosamente nuestra guerra de liberación, se hace imprescindible construir este instrumento, que será en definitiva el que le dará a nuestra contienda el carácter de guerra popular, de guerra de liberación, dejando así de ser una guerra de vanguardia.

2) El PCV y el MIR no han sustituido sus viejas estructuras por nuevas estructuras organizativas. Atendiendo a los centros económicos estratégicos, estos partidos tienen que poner énfasis en dichas zonas, tales como la zona del petróleo, hierro y Caracas. Las zonas estratégicas militarmente, como son la periféricas a los frentes guerrilleros deben ser atendidas con especial interés, dado el hecho de que es en ellas donde nuestros partidos son más débiles y donde vamos a construir el ejército popular más sólido. Debemos precisar que al hacer esta afirmación no estamos confundiendo al ejército popular con un ejército fundamentalmente campesino, como ha sucedido en otros países. En nuestro caso, el teatro principal de la guerra para la formación de nuestro ejército y para la liquidación del poder militar enemigo, las zonas rurales, serán el teatro principal de las operaciones; mas considerando que nuestra población rural alcanza aproximadamente el 28% del total, mal podríamos calificar de campesina, o fundamentalmente campesina, nuestra lucha de liberación. Por ello el papel de las ciudades y la responsabilidad que tienen en la formación de nuestro

ejército popular ayudando a las guerrillas rurales en todos los órdenes es de primordial importancia. El FLN, los partidos y las demás organizaciones que lo integran deben desarrollar un trabajo legal o ilegal, político y militar, reivindicativo, etc., en zonas que constituyen las líneas de desarrollo de los frentes guerrilleros. Concretamente, por ejemplo, entre los frentes guerrilleros del occidente del país y el Zulia se requiere tener una estructura político-militar que vaya desde la organización de esas masas hasta la construcción de una amplia red logística en toda la zona. Entre los frentes guerrilleros del occidente y la capital de la República se requiere montar igual maquinaria.

Es necesario, camaradas, que reflexionemos en torno a estos problemas. Es necesario que hagamos un exhaustivo examen de esta realidad, y con valentía, sinceridad, sencillez y decisión, busquemos las soluciones adecuadas, por duras y difíciles que sean. Es la hora de combatir con firmeza la insinceridad, la mezquindad, la mediocridad y el uso del maniobrerismo propio de los politiqueros. Para ustedes, camaradas del CC, no es un secreto que en nuestro BP se reflejan con mayor fuerza estas fallas y errores. La lucha de opiniones en el BP la condujimos en tal forma que están ausentes los métodos leninistas de trabajo. Hemos llegado al extremo donde la libre opinión se siente ahogada. La fraternidad ha desaparecido. Las reuniones se efectúan en un clima de hostilidad tal que han engendrado una tensión dañina que entorpece las labores de dirección. A esto podemos agregar la falta de coherencia política y organizativa que existe entre nosotros, los miembros del BP.

Hay algo más, camaradas, muchos de nosotros hemos llegado a la Dirección del partido, de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) y del Frente, después de haber realizado un pésimo trabajo en otros frentes.

Todo este conjunto de problemas hace materialmente imposible que los mandos político-militares de la revolución se encuentren capacitados para ejercer una labor de dirección, acorde con las exigencias de la tremenda responsabilidad que tenemos sobre nuestros hombros.

Reflejo de la ausencia de una dirección dinámica, de la falta de fraternidad que actualmente priva en nosotros, del clima de tensión que vivimos los miembros de la Dirección, fueron las reiteradas veces que fueron negadas la peticiones para reunirme con los organismos nacionales y distritales del FLN, FALN, FCU, fracciones profesionales, sindicalistas, fracciones políticas y numerosos camaradas en general. Negativas que se argumentaban aduciendo medidas de seguridad que, sin negar su importancia e incluso su sinceridad, respondían en el fondo a impedir el necesario intercambio de opiniones y la beneficiosa influencia recíproca de las mismas, así como la incorporación activa en las diferentes tareas que los integrantes de estos organismos podrían haber aportado al movimiento revolucionario.

c) Línea de Masas: Cuando las masas se ponen en movimiento al servicio de la lucha armada, la revolución adquiere un nuevo carácter: de guerra de vanguardias pasa a ser guerra popular, por su contenido y por su forma.

Poner las masas al servicio de la lucha armada no significa desentenderse de las tareas reivindicativas o de otra índole de esas masas; por el contrario, es a través de esas luchas reivindicativas, a fuerza de combatir por sus intereses, como podemos organizar y movilizar al pueblo. En cada sector de la población hay problemas por resolver que unifican y sirven de motor para movilizar esos sectores en su conjunto. Nuestro papel es buscar esos elementos de coincidencia y encauzarlos en forma política para que sirvan de cordón detonante a los problemas sociales. Ejemplo de esto, fueron muchas de las jornadas estudiantiles que partiendo de sus reivindicaciones específicas han rendido magníficos combates de carácter político. Las "tomas de tierra" de la época del gobierno anterior, que también partiendo de sus reivindicaciones económicas y sociales llegaron muchas de ellas a ser buenas jornadas políticas contra el gobierno y aún contra el sistema.

Lo fundamental es organizar y armar ideológicamente a las masas y ponerlas en pie de lucha partiendo de sus intereses específicos, elevando en cada oportunidad el carácter político de sus acciones hasta llegar a tal profundización de esa lucha que,

clarificando los objetivos en torno a la lucha armada, se logre por último la incorporación directa de las masas. Porque tarde o temprano los diversos sectores se dan cuenta de la justeza de nuestro camino y ven cómo en la práctica se les cierran los caminos no armados hacia la liberación económica y política.

En la medida en que la vanguardia de la revolución y sus organismos superiores (FLN-FALN) se fortalezcan y alcancen triunfos políticos y militares, en esa medida el pueblo cobra confianza en la lucha y se integra a las tareas que le corresponden.

Mientras la vanguardia esté en pie de lucha y mantenga con firmeza el timón de la revolución, la lucha armada se continúa y sobrevive, pero solo cuando las masas actúan activamente la guerra se profundiza y el triunfo se cristaliza.

La línea de masas debe desarrollarse con un definido contenido ideológico de clases que nos permita tanto la diferenciación con los sectores reformistas, como para prepararnos en la correcta utilización de la política de alianzas en función de la guerra, dominar las nuevas formas organizativas, captar y desarrollar la táctica del momento y dominar en general la línea estratégica del movimiento revolucionario.

d) Línea militar: hemos insistido en otros materiales en que nuestra concepción estratégica para el período de la liberación, es el de la concepción político-militar de INSURRECCIÓN O GUERRA COMBINADA, que siendo válido para todo dicho período, debemos desarrollarla permanentemente a través de todas las formas de lucha, en todos los frentes de la actividad revolucionaria y paralelamente desarrollada en las áreas urbanas, suburbanas y rurales.

No se trata solo de elaborar nuestra línea militar, sino que además sea justa. En el pasado tuvimos una línea militar con garra política y operacional que le imprimió gran combatividad al movimiento revolucionario, pero que por su concepción cortoplacista no se correspondía con nuestra estrategia de guerra larga y eso determinó su fracaso.

Si bien no podemos negar tajantemente para nuestro movimiento de liberación las tres etapas clásicas que han conocido otros movimientos, cuya guerra fue de carácter prolongado, ni tampoco

negar la insurrección clásica tipo soviética; por todas las características objetivas y subjetivas de nuestra revolución y por las condiciones en que se desarrolla, se dan simultáneamente, como hemos dicho, elementos de tipo insurreccional combinados con elementos a largo plazo. Los elementos insurreccionales se pueden sintetizar: 1) política, militar y económicamente, las áreas urbanas constituyen el centro fundamental de la potencialidad enemiga; demográficamente allí se encuentra más del 70% de la población total. 2) el movimiento revolucionario también posee en las áreas urbanas su mayor potencialidad en recursos políticos, organizativos, de tradición de combate, de influencia de masas, etc. 3) las áreas urbanas, fundamentalmente el área metropolitana, por lo ya expuesto, constituye el sitio actualmente más sensible, más neurálgico al enfrentamiento de todas las contradicciones, tanto internas del enemigo, como de este con nosotros. Todavía la repercusión de nuestras acciones urbanas tiene un efecto inmediato mayor que aquellas realizadas en zonas rurales. Esto es una realidad transitoriamente válida que superaremos con avance de los éxitos y el desarrollo del movimiento guerrillero, pero que actualmente debemos saber aprovechar tecnificando la capacidad de nuestras Unidades Tácticas de Combate (UTC) y preparando el movimiento revolucionario urbano para que esté en capacidad de capitalizar la existencia de estos elementos de tipo insurreccional que pueden desembocar en estallidos revolucionarios o en momentos de agudización de la crisis. Los elementos de solución a largo plazo podemos sintetizarlos así: 1) los recursos del poder, el potencial militar y económico, el apoyo interno y externo que brinda el imperialismo al enemigo, lo hace transitoriamente más fuerte en lo estratégico que nosotros. 2) por nuestro potencial económico, por el carácter estratégico de nuestras materias primas, por nuestra ubicación geográfica y tradición histórica, por los antecedentes de la Revolución cubana, por el carácter agresivo del imperialismo ante los movimientos de liberación, hoy en día evidenciado por la agresividad y torpeza manifestadas en Vietnam y Santo Domingo, y por la crisis actual del campo socialista en su unidad interna, nos imponen preparar el movimiento

revolucionario para una guerra de liberación a largo plazo, pues el enemigo no está dispuesto a aflojar su presa sin antes librar un decidido combate político-militar.

e) Distanciamiento entre lo teórico y lo práctico: el conjunto de problemas ya anotados constituyen un factor determinante para que la aplicación correcta de toda la línea política encuentre frecuentes impedimentos. No se necesita profundizar mucho para observar que nuestro partido y el movimiento revolucionario en general, vienen manejando desde años atrás con gran visión y sensatez los elementos fundamentales más generales de la orientación política, e igualmente no se necesita profundizar mucho para observar que en el cumplimiento de estos lineamientos caemos en frecuentes errores, es decir, existe un distanciamiento a veces muy profundo, entre lo teórico y lo práctico. El fondo de toda esta discordancia entre la teoría y la práctica es de carácter eminentemente ideológico. Responde en la práctica a las diferentes concepciones interpretativas que damos en la aplicación de las tareas del movimiento de liberación. Se trata, pues, de buscar un puente entre determinada orientación y su realización, se trata de unir lo táctico con lo estratégico, y en nuestro caso particular, profundizar más en la estrategia, cuyos fundamentos más generales fueron enunciados en el III Congreso, pero que no hemos desarrollado en el grado que la situación actualmente requiere. Pues el problema no solo es cumplir una orientación, sino cumplirla a cabalidad, desarrollarla al calor de la vida.

La carencia de esas líneas, organizativa, de masas y militar, ha sido la clave del distanciamiento entre lo teórico y lo práctico. En la situación difícil, compleja, que vive hoy el movimiento revolucionario, este fenómeno se ha constituido en una contradicción peligrosa que afecta fundamentalmente los factores de desarrollo de la guerra. Ayer esa contradicción se tradujo en una política cortoplacista, con ilusiones golpistas e incluso electorales, que degeneró en las dificultades posteriores e incluso en los momentos de crisis organizativas por las cuales atravesó el movimiento revolucionario. Carecimos de una planificación que, habiéndole dado continuidad al movimiento de liberación en sus formas armadas



y no armadas, hubiera contemplado el repliegue ante una posible derrota transitoria como sucedió. Esto no fue posible porque el subjetivismo en el análisis obvió la realidad. Hoy esa contradicción se continúa y nos ha conducido a grandes errores, como la interpretación pasiva que hemos dado a las treguas, tanto en la retaguardia como en los frentes armados. Las treguas las hemos conducido mal, de una parte, porque carecemos del andamiaje organizativo tanto en los frentes armados como en la retaguardia, de una línea de masas y de una línea militar, que nos permita aprovechar, armonizando dinámicamente las posibilidades del enemigo -bien golpeando militarmente en algunas oportunidades, o bien utilizando la política de denuncias en otras-. También ha contribuido negativamente el hecho de que las treguas, como norma general, no han sido el resultado de la planificación -en este sentido- del movimiento revolucionario, ellas se han presentado como un hecho cumplido. Por las mismas razones los cercos hasta ahora no han tenido una respuesta planificada en escala nacional, que introduzca la combatividad y solidaridad en los frentes armados.

### El panorama del momento

Las condiciones favorables para un avance rápido del movimiento emancipador de nuestra patria están dadas en la presente etapa, de un lado por la agudización y profundización de la crisis en el campo enemigo, y de otro, por la experiencia que ha adquirido el movimiento en los cuatro años de lucha, traducidos fundamentalmente en que los frentes guerrilleros han logrado en lo orgánico, en lo militar, en lo político, a nivel del FLN, mediante la creación de células del partido -como por ejemplo en Lara-, la etapa de estabilización, van en franco desarrollo hacia un nuevo estado.

La crisis en el campo enemigo se refleja fundamentalmente en el estruendoso fracaso del Gobierno de Amplia Base en apenas un año de existencia. Y no podía ser de otra manera, la crisis estructural que vive el país plantea cambios a fondo en la estructura económica, la que debe ser sustituida por un nuevo orden de cosas, y cuya expresión más elocuente es echar del poder a todos los servidores de la oligarquía y del imperialismo norteamericano e

instaurar en él a los partidos y sectores representativos de las clases populares. Tenía razón nuestro partido cuando dijo que cualquier gobierno que representara y se asentara sobre las mismas bases clasistas existentes en el Estado venezolano, tarde o temprano, más temprano que tarde, desembocaría en la aplicación de una política represiva y terrorista, cuyo signo esencial sería el de sangre y fuego. Este es el camino que escogió Betancourt-Caldera-Briceño Linares y continuó el nuevo equipo gobernante encabezado por Leoni-Villalba-Uslar Pietri. Paralelamente a esta situación, aumenta cada vez más la dependencia de nuestra economía a la del imperialismo norteamericano, el que obtiene fabulosas ganancias, haciéndose recaer el peso sobre los sectores populares.

Mientras el enemigo ofrece un balance favorable para atacarlo, mientras el enemigo prepara y lleva a cabo grandes ofensivas políticas y militares contra el movimiento popular, nosotros nos mantenemos divididos y estancados por una discusión mal llevada que evidencia: 1) debilidad ideológica del movimiento revolucionario; 2) poca claridad estratégica, invertimos un tiempo precioso en polemizar sobre la táctica del movimiento, olvidando los problemas centrales.

Y no es que no seamos partidarios de discutir la táctica a seguir, sino que debe hacerse dentro de los canales regulares, a nivel apropiado y con métodos más acordes a conseguir la solución buscada. Esta discusión urge hacerla tanto internamente dentro de los canales regulares del partido, como dentro de las organizaciones que integran el movimiento revolucionario: FLN. Dentro del partido necesitamos abrir una amplia y fructífera discusión ideológica en todos los niveles, desde la Dirección Nacional, pasando por los organismos regionales y locales, desde la base del partido. Los graves y complejos problemas que están presentes en el movimiento de liberación requieren la participación colectiva del partido en su conjunto, en todos sus niveles. Solo este tipo de discusión puede sacarnos de la crisis transitoria por la que atravesamos. Debe ser una discusión con amplio sentido crítico y autocrítico, con gran sinceridad revolucionaria, donde prive un estilo fraternal y de ayuda.

Para lograr estos resultados debemos superar el ambiente de subjetivismo que actualmente priva en el seno del partido, restaurar la confianza recíproca y la camaradería en muchos cuadros, superar los prejuicios, las mezquindades, las pequeñeces y en general sanear el ambiente de los juicios subjetivos y distorsionadores para calificar a los cuadros y sus actuaciones. (Extractos de la carta de Douglas Bravo al CC del PCV, octubre de 1965).

A estos planteamientos no se les prestó ninguna atención. Puede decirse sin temor a equivocarse que son desconocidos por la militancia del PCV y naturalmente por el movimiento revolucionario en su conjunto. En cambio, la prensa legal del PCV daba cabida en sus páginas a las tesis –nominalmente similares a la de Douglas, ya que eran planteamientos al BP y al CC– de “nuevo período táctico” y “viraje”. A tal extremo, que la gran mayoría de la militancia del partido y del movimiento revolucionario las consideraba como la línea táctica del PCV.

Mientras tanto, los problemas que vivía el movimiento revolucionario y primordialmente el movimiento guerrillero seguían en aumento, la falta de dirección única político-militar (aprobada desde abril de 1965, pero aún no puesta en práctica); la indolencia manifiesta hacia los planteamientos hechos por los diferentes frentes armados –urbanos y rurales–, motivó la reunión de los tres miembros del cuartel general de la FALN que se encontraban en la calle –el resto se hallaba en la cárcel o en el exterior– con los comandantes guerrilleros de la casi totalidad de los frentes armados existentes en el país. Esta reunión se efectuó con la finalidad de encontrar soluciones prácticas y concretas para la crisis direccional que atravesaba el movimiento revolucionario y sus organismos, el FLN y las FALN. Se acordó así: 1) reestructurar el organismo de dirección de las FALN, nombrando primer comandante a Douglas Bravo, e incluyendo en dicho organismo a todos los comandantes guerrilleros, en razón de que aquellos que hacen la guerra deben participar de la dirección de la misma; 2) se nombraba presidente del Comité Ejecutivo del FLN al comandante Fabricio Ojeda, y secretario general a Américo Martín, integrándose la Dirección Única Político-Militar en un Secretariado

del cual formaban parte el presidente del FLN, el secretario general y el primer comandante de las FALN; 3) se planteaba la necesidad de convocar a una conferencia nacional FLN-FALN a los fines de proceder a la integración definitiva de los organismos dirigentes, a la elaboración de la estrategia y táctica del movimiento liberador y a la planificación de las operaciones político-militares inherentes al desarrollo de la actividad revolucionaria.

Sobre estas decisiones se participó a los partidos miembros del FLN y a los miembros del cuartel general de las FALN que se encontraban en prisión.

Medidas como estas que no tenían otra finalidad que fortalecer el movimiento revolucionario, asegurar la vigencia de la lucha armada y su forma fundamental, la guerrilla como la única vía para lograr la definitiva liberación del país, no podían tener una respuesta favorable por parte de aquellos que defendían la liquidación de la lucha armada. Fue por ello que se desató una feroz campaña de difamación contra los comandantes guerrilleros, principalmente contra Douglas Bravo, quien fue suspendido de su militancia en el Buró Político del PCV y sancionando públicamente por "fraccionalista" y "divisionista", se llegó a acusarlo de "liquidacionista de la lucha armada".

En su carta dirigida al Buró Político del PCV, con referencia a la sanción aplicada contra Douglas y fechada el 29 de mayo de 1966, Fabricio plantea lo siguiente:

A las proposiciones formuladas, tal vez de menor cuantía a las formuladas por otros camaradas en torno a "dar un viraje en las formas de lucha" y a "abrir un nuevo período táctico, en el cual, en lugar de combinarse todas las formas de lucha, quedarán suspendidas las acciones de las guerrillas y las UTC", a revisar, en síntesis, la línea del partido, se respondió con una sanción, con un paso por demás peligroso para la unidad del partido y que afecta sensiblemente la unidad del movimiento liberador en su conjunto.

A las proposiciones formuladas, que no tienen otro objetivo que el de contribuir a la solución de evidentes problemas para impulsar con mayor fuerza la línea aprobada por el VII pleno del CC, la mayoría de los CS del BP responden acusando de "criminal"

a uno de los proponentes de esas medidas, se le cubre de epítetos, se le califica veladamente de "agente del imperialismo" y de otras "lindezas". ¿Se pueden formular acusaciones de este tipo a quienes están en trance diario de dar la vida por la revolución? ¿Se pueden formular acusaciones de este tipo, a quienes no han asomado la menor debilidad en sus acciones? ¿Cuáles acusaciones habría que formular entonces a los que por una u otra razón proponen suspender la lucha armada y cambiar de táctica? (Carta de Baldomero [Fabricio Ojeda] al BP del CC del PCV).

Igualmente, en la correspondencia intercambiada con Guillermo García Ponce sobre el mismo problema, y contestando a la aseveración de García Ponce que dice:

Nuestra decisión aquí, unánime e inquebrantable, no admite ningún equívoco: no aceptamos al comandante Douglas al frente del Comando Ejecutivo de las FALN por representar a un grupo fraccionalista. Estamos dispuestos a aceptar incondicionalmente toda decisión que tome el BP de nuestro partido en defensa de la unidad del partido.

Si aceptáramos pasivamente a Douglas como primer Comandante ejecutivo de la FALN nos prestaríamos a colaborar en un atentado contra la unidad del Partido Comunista. Y como somos de los que creemos que sin el Partido Comunista no puede haber revolución en Venezuela, no vamos a tolerar en ningún caso, cueste lo que cueste, que se pretenda agredir al partido. (Carta de G.G.P. a Roberto [Fabricio Ojeda] fechada 20-5-65).

Fabricio respondía, en carta fechada el 31 de mayo de 1966, lo siguiente:

Y así como ustedes no aceptan al C. Douglas como primer comandante encargado de las FALN, nosotros, los que soportamos todo el peso de las dificultades y llevamos sobre nuestros hombros la principal responsabilidad, por estar en las primeras filas de la lucha compartiendo sacrificios con nuestros abnegados guerrilleros,

tampoco podemos tolerar por más tiempo la existencia de una Dirección con la mayoría de sus integrantes en las cárceles y voluntariamente en el exterior. Esta decisión la llevaremos adelante "cueste lo que cueste" para utilizar palabras de tu intelecto.

Como debes suponer por el conocimiento de mi espíritu unitario, estoy por la unidad del partido, por la unidad del movimiento revolucionario, por la unidad de todos los patriotas venezolanos, para impulsar el cambio histórico que tiene planteado nuestro país y que demanda nuestro pueblo. Pero para mí, la unidad tiene, en estos momentos, un valor distinto a la unidad del 23 de enero. Ahora tengo un concepto diferente de la unidad. Tal vez por esto creo que he avanzado.

Para mí la unidad debe tener una base revolucionaria. Debe ser para avanzar verdaderamente. Y una unidad sin lucha armada, sin guerrillas, sin la hegemonía de la clase obrera y campesina, no responde al concepto que sustento. Una unidad sin los instrumentos de poder para defenderla, para impulsar el cambio producto de ella, es una unidad tipo 23 de enero. Una "unidad que desde el Country Club hasta la Charneca" es una unidad que solo puede lograrse a base de concesiones, de renunciaciones en lo táctico y en lo estratégico. Además, resulta una quimera a estas alturas, cuando el socialismo ya tiene colocado un pie firmemente en América Latina. (Respuesta de Roberto).

El devenir de las situaciones y la abierta claudicación de aquellos que hasta ese momento continuaban presentando una doble fachada, defensa de la lucha armada -en teoría- pero real destrucción y liquidación de la misma -en la práctica-, ha puesto punto final a ese capítulo de discusiones y ensayos de convencimientos, en lo que al plano de las divergencias se refiere. Hoy, aquellos que firmaban los documentos que hemos mencionado, donde se proponía un "viaje" y un "nuevo período táctico", son los mismos que firman el VIII Pleno del CC del PCV, donde presentan ante la militancia del Partido sus viejas tesis claudicantes y entreguistas, como nacidas de un estudio serio y concienzudo y basadas en las más ricas experiencias prácticas. Es así como un Pompeyo Márquez, quien en 1964 decía:

La experiencia de las elecciones fraudulentas ratifica hasta la saciedad que no se puede pensar en cambios revolucionarios en Venezuela a través de la vía electoral, manteniendo el dominio del aparato del Estado los actuales gobernantes. (PM, "Una línea política acertada", enero de 1964).

Hoy afirma con el VIII Pleno del CC: "El Comité Central resuelve la activa participación del partido en el próximo proceso electoral, bajo las consignas: NI CONTINUISMO NI CALDERA: CAMBIO".  
Quien ayer afirmaba:

Dentro de las diversas modalidades de la lucha armada necesitamos poner el acento en la lucha guerrillera; organizándola, preparándola y desarrollándola a la altura de las actuales exigencias políticas; combinarla con la lucha en las ciudades y con las crisis militares, con las acciones de masas y propagandísticas. (PM, "Necesidad de fortalecer la unidad del movimiento revolucionario", enero de 1964).

Hoy sostiene, en el VIII Pleno del CC:

Mas colocar a la guerrilla rural como forma fundamental de la lucha en la actual situación venezolana es el trasplante mecánico de una experiencia exitosa en otros países, pero que no corresponde exactamente a las peculiaridades de la realidad venezolana en donde las fuerzas principales de la revolución y los antagonismos sociales dominantes se encuentran en las zonas urbanas.

Es decir, que en menos de un año ha habido una total convergencia y coincidencia, ya no tan solo de forma, sino también de fondo, entre las tesis liquidacionistas de Domingo Alberto Rangel, expresadas en los primeros meses de 1964, y las tesis de "repliegue" que defendieron en diciembre de 1965 Pompeyo Márquez, Guillermo García Ponce, Eduardo Machado, Gustavo Machado, Teodoro Petkoff.

Hoy, junio de 1967, todos ellos coinciden en afirmar que la guerrilla “no tiene vigencia histórica en nuestro país”.

Resulta irónico observar que todos aquellos a quienes Fabricio hace mención en su libro como firmantes junto con él de aquella Constitución de 1961, para la cual reclama plena vigencia, sean actualmente representantes de la tesis liquidacionista del movimiento armado en Venezuela, única vía posible para la liberación nacional.

Para concluir, recurramos nuevamente al comandante en jefe del FLN-FALN:

Antes de morir, el camarada Fabricio Ojeda nos dejó una consigna que hoy es la consigna del pueblo en armas, del movimiento armado, de los revolucionarios, de los campesinos, de los estudiantes, la consigna de todos los que están interesados en el cambio, en una revolución en Venezuela. Esta consigna la expresó en la reunión del Comando Nacional FLN-FALN, cuando concretaba en tres palabras lo que es necesario en Venezuela: ¡LUCHAR HASTA VENCER!

Caracas, 1967





## FICHA BIOGRÁFICA

Fabricio nació el 6 de febrero de 1929, en Boconó, estado Trujillo. Desde los diecisiete años se inició en la actividad política, inscribiéndose en 1949 en el partido Unión Republicana Democrática, donde militó hasta 1962, fecha en que renunció públicamente.

En 1957 organizó el movimiento civil de resistencia a Marcos Pérez Jiménez, en las filas de la Junta Patriótica, de la cual fue presidente.

En 1958 fue electo diputado por el Distrito Federal, cargo del que se separó en junio de 1962, con renuncia pública también, "para sumarse a los guerrilleros que operan en diferentes frentes del país".

Capturado por el ejército el 12 de octubre de 1962, fue condenado por el Consejo de Guerra Occidental a dieciocho años y ocho meses de prisión. El 15 de septiembre de 1963 se fuga espectacularmente de la cárcel de Trujillo, junto con Luben Petkoff y Gregorio Lunar Márquez, entre otros, y se reintegra a la guerrilla, donde obtiene el grado de comandante del Frente José Antonio Páez y presidente del FLN del Distrito Argimiro Gabaldón.

El 17 de junio de 1966 fue capturado en Caracas. El 21 de junio, cuatro días después, fue asesinado en el Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA).

Entre sus más destacadas obras figuran *Presencia revolucionaria de Martí*, *¿Por qué la liberación nacional?*, y *Hacia el poder revolucionario*, que fue su último libro.



*"... HOMBRE QUE ABANDONA LAS PREBENDAS  
PARLAMENTARIAS Y SE MARCHA A LAS MONTAÑAS\* ..."*

"... les mencioné el nombre de Fabricio Ojeda, su limpia historia, su participación en el derrocamiento de Pérez Jiménez, su renunciamiento, pocas veces conocido, del hombre que abandona la inmunidad parlamentaria, que abandona las prebendas parlamentarias y se marcha a las montañas. Raro ejemplo de político en nuestra América. A Fabricio lo asesinaron de manera ignominiosa el 21 de junio de 1966. Diecisiete días antes, en junio 4 de 1966, escribió Fabricio una carta, me dirigió una carta, que fue posiblemente una de las últimas cosas que escribió antes de morir. Y esa carta, que he conservado sin saber que iba a tener necesidad un día de divulgarla, decía así:

Estimado amigo:

Aquí siempre, como siempre: empeñados en superar el cúmulo de dificultades transitorias para incrementar la lucha sobre bases de mayor seriedad y precisión. En este propósito hemos avanzado un tanto. El paso fundamental ha sido ir directamente a la solución de los problemas de dirigencia, a la estructuración de los organismos nacionales, como son el Comité Ejecutivo del FLN y el Comando Ejecutivo de las FALN, punto de partida para una reorganización general de toda la estructura del movimiento, a cuyos fines se trabaja afanosamente para celebrar cuanto antes una conferencia nacional FLN-FALN, que a manera de Poder Constituyente se aboque al estudio y análisis de la situación, delibere sobre la estrategia y

---

\* (Fragmento del discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz el 13 de marzo de 1967 en la Universidad de La Habana).

táctica, sobre la línea política y militar, y dictamine acerca de la constitución efectiva de los organismos de dirección a todos los niveles. En esta forma el movimiento liberador saldrá del estado actual de estancamiento, superará las divergencias y clarificará sus proyecciones históricas; además de consolidar el elemento principal para avanzar, la unidad revolucionaria de las fuerzas revolucionarias.

Nuestro empeño de orientar la lucha sobre nuevas bases nos ha llevado a concretar determinadas cuestiones de importancia. Es la primera la reestructuración provisional de los actuales organismos de Dirección Nacional FLN-FALN. En este sentido, hemos resuelto ampliar los núcleos de dirección existentes, lo cual ha producido una situación crítica en el seno del Partido Comunista Venezolano, con la sanción, por parte de la mayoría del Buró Político de ese partido, del compañero Douglas Bravo, quien ha sido bajado de ese organismo acusándosele de actividad fraccional antipartido.

Es la segunda la decisión de enfrentarse a cualquier circunstancia para aglutinar a todas las fuerzas revolucionarias en torno al incremento de la guerra de liberación nacional como único medio para avanzar hacia la conquista del poder y el logro de la independencia nacional, tomando en cuenta las condiciones objetivas del país y las particularidades del proceso venezolano.

En ambos aspectos hemos avanzado. Ya se procedió a crear una dirección político-militar única FLN-FALN. Esta está encabezada por mí, por Douglas Bravo, en calidad de presidente encargado del FLN y primer comandante encargado de las FALN, respectivamente, y un dirigente del MIR que en carácter de secretario general del mismo se incorporará en el curso de la presente semana.

A la Comandancia General de las FALN se han incorporado los primeros comandantes de los frentes guerrilleros. A tal conclusión se llegó después de analizar la situación actual de esos organismos, pues se consideró que el núcleo de tres miembros del C.G. FALN que quedaba con vida activa era insuficiente para la dirección militar general, ya que el resto de los integrantes se hallan



prisioneros o en el exterior. Y en cuanto a la aglutinación de las fuerzas revolucionarias en torno al incremento de la guerra de liberación nacional, se designará una comisión unitaria que estudie y prepare los materiales teóricos sobre estrategia, táctica y líneas política y militar del movimiento para ser discutido en la próxima conferencia nacional FLN-FALN.

La incorporación del MIR a los organismos de dirección y a las tareas preparatorias de la conferencia es un paso de gran importancia, pues en esta forma se abre un período de discusión interna sobre las divergencias actuales, se suspende la diatriba en la polémica y se abren cauces verdaderamente democráticos para la unidad del movimiento revolucionario en lo ideológico y en lo político. Sin embargo, se presenta una nueva brecha en nuestro seno como consecuencia de las medidas disciplinarias adoptadas por la mayoría del Buró Político del Partido Comunista Venezolano. Respecto a este nuevo problema estoy informado de que los organismos medios y de base, incluso en el propio Comité Central, han venido reaccionando contra la sanción impuesta al compañero Douglas. Ya han comenzado a circular algunos documentos que expresan categóricamente esa reacción. A mi juicio, las medidas disciplinarias tomadas por la mayoría del BP obedecen a problemas de claro carácter ideológico y político, a cuestiones de fondo, que se han pretendido escudar tras el uso de los métodos o de presuntos errores por parte del compañero Douglas y de otros compañeros que coincidimos con él en relación con los aspectos estratégicos y tácticos de nuestro proceso revolucionario. Y es que en el seno del Partido Comunista de Venezuela se debaten dos importantes corrientes de opinión:

Una, la minoritaria en la base del partido, pero que ha tomado cuerpo en los miembros del Buró Político y el Comité Central, cuya esencia es la siguiente: los procesos en marcha permiten al movimiento revolucionario tomar la iniciativa en el frente político; sin embargo, será necesario que las FALN ordenen un repliegue de las guerrillas y UTC (Unidades Tácticas de Combate). No se trata de una nueva tregua, sino de algo más a fondo; se trata de dar un viraje en las formas de lucha. Es decir, abrir un nuevo período táctico,

en el cual, en lugar de combinarse todas las formas de lucha, quedarán suspendidas las acciones de las guerrillas y las UTC. Para que las guerrillas y UTC puedan replegarse en orden y el movimiento revolucionario introducir cambios en su táctica, son indispensables varias condiciones, especialmente mantener la unidad y cohesión internas, mantener una férrea disciplina, apoyar y ayudar al núcleo dirigente. Para lograr estas condiciones el partido y la juventud deberán actuar en dos direcciones. Primero, mediante la persuasión, suministrando toda clase de razones y argumentos políticos en respaldo a los nuevos cambios tácticos, discutiendo con serenidad con todos los que sea necesario vencer. Segundo, librando una activa lucha contra la tendencia aventurera y las provocaciones, síntesis de los dos documentos presentados por prominentes miembros del Buró Político a la consideración de ese organismo.

La otra, mayoritaria en la base del partido, pero debilitada en el seno de los organismos superiores de dirección que encabeza decididamente el compañero Douglas Bravo, que no solo se opone al viraje y cambio de táctica, sino que formula fuertes críticas a la forma como se ha venido conduciendo la lucha revolucionaria.

Como se ve, el centro de las divergencias está en la lucha armada, a la cual se ha venido oponiendo desde el comienzo un grupo de dirigentes del Partido Comunista Venezolano.

No me cabe la menor duda de que la sanción del compañero Douglas es el inicio del viraje, y que ella está orientada a eliminar, por las vías disciplinarias, a quienes se oponen a la apertura de un nuevo período táctico, en el cual, en lugar de combinarse todas las formas de lucha, quedarán suspendidas las acciones de las guerrillas y UTC.

En una situación como esta, la decisión de ampliar los organismos integrados de dirección, incorporando a ellos a los cuadros más consecuentes y firmes, es un paso de importante magnitud.

La mayoría del Buró Político se ha opuesto a esa medida y ha procedido a desautorizarnos públicamente, negando validez y legitimidad a los organismos constituidos.



Nosotros, por nuestra parte, nos mantenemos firmes y hemos visto con gran simpatía la aparición de una fuerte corriente de opinión que nos apoya, tanto en los frentes guerrilleros como en los organismos medios y de base del Partido Comunista Venezolano, además del respaldo encontrado en miembros del Comité Central de los otros partidos miembros del FLN y en las unidades urbanas de las FALN.

Está abierto un período de clarificación ideológica y de precisión del camino revolucionario. Hay un factor transitoriamente desfavorable en esta situación y que nos coloca en una situación de dificultad, es el problema de los recursos económicos, como consecuencia de haber sido el Buró Político el que ha venido ejerciendo el control de este rubro.

"Hasta hoy toda la ayuda para el movimiento revolucionario ha estado centralizada en ese organismo, y utilizada en función de su política", es decir, estrangulaba económicamente a los focos guerrilleros.

Continúa más adelante la carta:

Hay una elevada moral en el ánimo de nuestros combatientes y una gigantesca firmeza en el nuestro. Estamos conscientes del presente cuadro de dificultades, pero estamos seguros de que las habremos de superar en el menor tiempo. La verdad se impondrá entre los escépticos y, con ello, un período luminoso asomará en nuestro horizonte. ¡Pa'tras ni pa'coger impulso!

El portador puede aportar más detalles y precisar mejor algunas cosas. Marchamos hacia adelante, hacia la victoria. Luchar hasta vencer. Un fuerte abrazo de tu amigo, Fabricio Ojeda.

(Aplausos)





# HACIA EL PODER REVOLUCIONARIO

Montañas de Venezuela: Campamento Venus 3

Marzo de 1966



*A Thais, Alonso, Milagros,  
Marianella y Fabricio: mis hijos*



“Frente a la realidad de este cuadro de dolor, yo he insistido en la necesidad impostergable de hacer sentir al venezolano que su misión es más que la de vender petróleo y hierro, para absorber después enlatados extranjeros. Le he recordado que ayer contrajimos un serio compromiso con la Historia y con América. Fuimos los paladines de la libertad y de la autonomía del mundo hispanoamericano. Crimen sin nombre sería desertar aquella alta posición y dar espaldas a la libertad, para gozarnos en el amaño de la nueva esclavitud”.

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

(Discurso pronunciado en el Nuevo Circo de Caracas  
el 26 de noviembre de 1952)



## I INTRODUCCIÓN

En días recientes hablé con un fraterno amigo. Conversamos largo tiempo sobre la actualidad política de Venezuela y el momento presente. Sus puntos de vista me produjeron la idea de escribir este trabajo. Los argumentos expuestos por él –a quien siempre he considerado un revolucionario, dentro de la clase social a que pertenece: burguesía patriótica– me revelaron cuánta falta hace una mayor claridad sobre el problema general revolucionario; sobre los que afectan a nuestro país como nación dependiente, explotada por el imperialismo y sus intermediarios de las roscas oligárquicas que ejercen el control de la vida republicana.

Observé como todo su pensamiento lo conduce, igual que a los políticos reformistas, al campo del fatalismo, de la resignación y la impotencia. En su mente, presa de la sostenida campaña de propaganda reaccionaria –capaz de convertir mentiras en verdades como decía Goebbels–, no cabe otra idea ni otra estrategia que las enmarcadas dentro de los esquemas de la política tradicional. Para este amigo, como para todos los que como él piensan, Venezuela y los países latinoamericanos no pueden modificar sus actuales estructuras sino en forma pausada, lenta; sin violentar el estado actual de cosas; sin chocar de frente contra las fuerzas opresoras. Su opinión es que debe desarrollarse una lucha que, a través de la evolución del estado actual, pueda transformar progresivamente el régimen de las instituciones políticas, económicas y sociales.

Su argumento fundamental para esta tesis lo basa en el inmenso poderío del imperialismo y la oligarquía, cuya fuerza sería empleada contra cualquier insurgencia de signo revolucionario o contra cualquier gobierno que trate de modificar la presente situación colonial.



Estas ideas fatalistas no están presentes solo en la mente de mi amigo. Ellas pueblan el pensamiento político de nutridos grupos, de importantes sectores del mundo colonizado, neocolonial y dependiente. En Venezuela, incluso, arropan a una densa porción de la clase obrera, hoy bajo la influencia directa o indirecta de dirigentes desclasados al servicio de la reacción. Este no es un caso singular, como tampoco el de mi fraterno amigo o el de las camarillas partidistas tradicionales. La influencia de las ideas reaccionarias en el seno de los pueblos mediatizados es lógico producto del control que ejerce el imperialismo y la gran burguesía intermediaria sobre todos los medios de divulgación y propaganda, que mantienen en sus manos como consecuencia del control mismo del poder político.

Ya dijimos alguna vez que, en los países colonizados, neocoloniales y dependientes, nada escapa al control del imperialismo. Este tiene a su alcance los mínimos y elementales instrumentos para modelar mente y conciencia. Dispone de la prensa, la radio, la televisión, el cine; de escritores, dirigentes políticos, gobernantes, parlamentarios, historiadores, sociólogos, etc., que, a través de todas sus zonas de influencia y sus manifestaciones públicas, tergiversan acontecimientos, deforman realidades y construyen un mundo artificial que, con ayuda del aparato coercitivo del Estado, meten por ojos y oídos a todo el pueblo.

Esto ocurre hoy y ocurrió ayer. El presente régimen colonial impide la libre circulación de literatura revolucionaria, de las nuevas ideas, como el régimen español prohibió la lectura de los enciclopedistas franceses. No es producto del capricho la clausura de librerías como Magrija, o la prohibición de circular periódicos como *El Venezolano* y *El Siglo*. Tampoco lo es la purga de periodistas y colaboradores de izquierda hecha por *El Nacional*, o la discriminación de libretistas, actores y actrices en las compañías televisoras y radiales. Todo obedece a una política. A una estrategia perfectamente estudiada, planificada y aplicada por las clases dominantes, propietarias de los medios de divulgación y las poderosas empresas que, por medio de contratos publicitarios, financian periódicos, revistas, etc....



La situación neocolonial de Venezuela crea un estado de cosas que muchos no pueden comprender, si se resisten a aceptar lo que en realidad somos: un país dependiente. De lo contrario, podrán extirparse los sesos sin llegar a entender claramente las causas de nuestra crisis política, de nuestro desarrollo económico, de nuestro régimen social. Mientras se vea al país a través de un lente distorsionado, se tendrá una imagen deformada, un panorama irreal, en que determinadas manifestaciones aparecen a nuestra vista como elementos parciales, circunstanciales, caprichosos. Ello ocurre a gran mayoría de políticos, historiadores y sociólogos. Le ocurre a Laureano Vallenilla Lanz –el viejo– con su tesis pesimista de “El gendarme necesario”. Y ocurre a cuantos en la actualidad formulan sus teorías fatalistas respecto a la transformación revolucionaria del país, a la posibilidad de su liberación nacional y de erradicar las causas de opresión, subdesarrollo y miseria.

Por mucho tiempo yo también participé de estas ideas. Creí honestamente que nuestro país y los de igual estructura, enclavados en el hemisferio occidental, en el área geográfica de los Estados Unidos, tenían reservado una inmanente situación de dependencia. Creí igualmente que, como en el seno de una misma familia –la familia interamericana– el hermano mayor no rehusaría cualquier ayuda, cualquier desprendimiento generoso para llevar del brazo a sus demás hermanos y conducirlos a nivel superior, hacia un estado de pleno desarrollo que colocara en capacidad de decidir por sus propios medios la existencia independiente. Esta conformación mental mía, que mucho me costó transformar, fue modelada principalmente por aquellas personas por las cuales, en el despertar de mis inquietudes intelectuales y políticas, sentí mayor admiración. A los diecisiete años ingresé al URD en Boconó, mi pueblo natal y del que nunca había salido. Mi inscripción en el partido siguió a un elocuente discurso de Jóvito Villalba, a quien conocí ese día y por quien sentía profunda admiración debido a sus luchas del 28 y el 36. En 1948, después de un año trabajando como maestro de escuela de la Creole Petroleum Corporation, trabajo que compartía con el estudio en el liceo Hermágoras Chávez, de Cabimas, conocí Caracas y convertí en realidad el sueño de todo provinciano. Allí viví por mucho

tiempo en la Casa Nacional Urredista, ubicada entonces de Castán a Palmita 70-1. Jóvito asumió hacia mí una actitud casi paternal en sus deseos de ayudar a mi superación política, a mi formación urredista. Me recomendó muchos libros. El primero fue *Introducción a la política*, de Harold Laski. Casi siempre hablaba conmigo; lo que también hacían otras prominentes figuras del urredismo: Hernández Solís, Alfredo Tarre Murzi, Raúl Díaz Legórburu, Juan Manuel Domínguez Chacín, Humberto Bártoli, etc. Poco a poco me fueron dando mayores responsabilidades dentro de la vida pública. Mi cerebro giraba alrededor de sus consejos, charlas y libros que ponían en mis manos. Para mí el mundo era el de Jóvito. Llegué a imitar sus gestos y hasta su tono de voz. Muchos de los latiguillos y frases que lo han hecho famoso en la oratoria los repetí, como propios, en mis primeros discursos. Yo había ido a Caracas para continuar los estudios. Pensaba ingresar en el Instituto Pedagógico Nacional, pero la política me absorbió por completo. Me adentré en sus complejas teorías, conducido fundamentalmente por el brazo de Jóvito. Sus opiniones eran como un dogma que yo aceptaba deslumbrado. A él le escuché las primeras tesis sobre la geopolítica y el destino de América constituida en gran nación. Y con él aprendí a ver nuestra política desde su punto de vista. Hay cosas que se hacen –decía constantemente–, pero no se dicen. Y estas, en el orden político, solo se pueden realizar después de conquistar el poder. Mas, si se dicen antes, nunca se podrá conquistarlo porque lo impide el poderío de la reacción.

A propósito de un discurso que pronuncié en Cumaná, me dijo: "URD es un partido para llegar al poder y este objetivo no podemos lograrlo si asustamos a la burguesía y a los americanos con planteamientos muy radicales". Y añadió: "Eso que dices guardémoslo para hacerlo en el gobierno, no lo digamos ahora, pues de expresarlo, nunca lo podremos hacer".

Acepté tímidamente la recriminación del maestro. Y solo de algún tiempo para acá vengo a comprenderla en su exacto significado. Es la misma tesis que hoy sostienen densos sectores del país bajo la misma influencia a la que yo estuve sometido mientras no leí otros libros que los recomendados por los dirigentes urredistas;



mientras no traté de buscar la verdad por mis propios medios, y romper las amarras intelectuales.

El caso personal que he relatado no es un hecho aislado. Es la razón por la cual la mayoría de los oradores adecos imitan a Rómulo Betancourt, los copeyanos a Caldera, y densos sectores de la población hacen suyas las ideas políticas del fatalismo y el reformismo. Así como mi cerebro giró alrededor de consejos, charlas y libros que me proporcionaban los dirigentes urredistas, los cerebros de una gran porción de la humanidad giran en torno del mundo creado por los ideólogos del imperialismo, que se divulga por medio de sus películas, su literatura, su televisión, sus centros educativos, sus revistas, sus periódicos y sus líderes políticos.



## II LA REVOLUCIÓN PERMITIDA O EL REFORMISMO PROIMPERIALISTA

Los ideólogos reaccionarios no descansan un instante en su tarea de acorralar el pensamiento dentro de rígidos esquemas, en que la violencia del Estado, con todos sus instrumentos jurídicos y sus aparatos de coerción, juega un papel determinante. Crean un mundo artificial de libertad. Las ideas progresistas tienen un cauce propio por el cual pueden deslizarse sin tropiezo. Solo en esta forma: conservando el cauce señalado, se puede ser revolucionario; es decir, "revolucionario" a la manera de la reacción; "revolucionario" que acepta las reglas establecidas, el límite impuesto. Una vez desbordado dicho cauce, liberado cada uno del espíritu de sumisión y de las ideas fatalistas, entra en acción la violencia estatal en defensa de la "libertad".

Este es un problema que no se plantea solo a Venezuela; ni siquiera a Latinoamérica, como cuando estaba vigente la Doctrina Monroe. Es un problema general que se yergue frente al mundo colonizado y dependiente. El progreso y desarrollo de una nación es incompatible con el dominio colonial. Para progresar y desarrollarse es necesario liberarse del dominio económico y político que, en la actualidad, en nuestro caso y en el de todos los países subyugados, ejerce el imperialismo, en supremo término, y los grupos oligárquicos que durante mucho tiempo han controlado los instrumentos del poder político. En Venezuela, el poder ha estado tradicionalmente en manos de una oligarquía cada vez más fuerte y organizada; su ancestro está en la propia nobleza criolla que se rebela, primero, contra la dominación monopólica de la Compañía Guipuzcoana, y luego frente a los derechos coloniales de España. Los obstáculos creados por el dominio español para la expansión de

la economía venezolana en manos de las principales familias, y la necesidad de estas de incrementar sus ganancias, de abrirse paso hacia el mercado internacional, crea en esos grupos económicos y sociales una marcada mentalidad de poder; es decir, la conciencia de conquistar y conservar el poder a todo trance; la claridad de para qué sirve el poder, por parte de los sectores económicos más poderosos de nuestro país, ha sido una constante a lo largo de la Historia nacional. Una vez conquistada la independencia de España, proceso en el cual la nobleza criolla jugó el más importante papel, la composición social del Gobierno venezolano ha sido siempre la misma; y la disputa principal, que algunos historiadores, sociólogos y políticos han querido plantear como una lucha entre civiles y militares a manera de sectores diferentes, se ha concretado en una guerra permanente entre las clases sociales ascendentes y las clases reaccionarias; entre los grupos económicos en proceso de desarrollo y los grupos económicos consolidados.

Es lo que hoy ocurre entre las nuevas clases sociales y los sectores oligárquicos de la burguesía; entre los grupos económicos que ven en una política nacionalista el campo propicio para su expansión, y los grupos que ven en la misma la desaparición de sus privilegios; entre los sectores nacionalistas conscientes de la necesidad de la independencia, como factor de progreso, y el imperialismo, consciente también de que la independencia nacional es el fin de su explotación.

En los países independientes y desarrollados del sistema capitalista, el cuadro de las contradicciones es diferente y plantea una correlación de fuerzas también diferente. Lo principal de la lucha se concreta entre el proletariado y la burguesía; o lo que es lo mismo, entre socialismo y capitalismo, donde la clase obrera se proyecta como tal a la conquista del poder político y al ejercicio de la dictadura del proletariado, como transición hacia el régimen comunista. La alianza de clase se produce en relación a ese objetivo. Es la unidad de obreros, campesinos y determinadas capas de la pequeña burguesía contra la clase burguesa y la sociedad capitalista. No sucede lo mismo en los países coloniales, neocoloniales y dependientes. En estos, la lucha principal tiene otro carácter: el de una revolución de



liberación nacional, que amplía sensiblemente el teatro de las alianzas, la tipificación del Estado y la composición social del Gobierno revolucionario.

En una nación de estructura neocolonial, importantes sectores de la burguesía (industriales y productores agropecuarios) y de la pequeña burguesía, explotados por el imperialismo y maniatados en su desarrollo por los poderosos intereses de la burguesía importadora, la oligarquía financiera y los terratenientes y latifundistas, juegan un papel histórico importante y cumplen un papel revolucionario. La conquista de la independencia nacional y la liquidación del latifundio concreta lo principal de la lucha dentro de las características de una revolución antimperialista y antifeudal; distinta, en sus objetivos, a una revolución socialista; y en que el gobierno es el de un régimen de nueva democracia y no de dictadura del proletariado.

Los objetivos que persigue la revolución en cada etapa histórica, la composición social del gobierno revolucionario y la situación general creada por el desarrollo del proceso mismo, es consecuencia de hechos objetivos, los cuales deben ser esclarecidos como factor indispensable para crear y robustecer la mentalidad de poder. Alrededor de los intereses nacionales y de clase se produce la toma de conciencia por parte del pueblo y sus adversarios. Los campos de lucha se van delimitando progresivamente y la correlación de fuerzas a favor de la revolución se incrementa en la misma forma. Y a medida que la mentalidad de poder penetra en las clases más atrasadas y van tomando conciencia de su fuerza, el campo revolucionario se agiganta y los factores de poder cobran su total magnitud.

La necesidad de una transformación revolucionaria de la presente situación venezolana pocos la discuten. No lo hace mi fraterno amigo de la burguesía agraria, ni grupos dirigentes de los partidos políticos. Tampoco importantes voceros de la burguesía industrial; mucho menos la dirigencia no reformista de la clase obrera. Hay una especie de consenso general en la mayoría de nuestro pueblo y sus organizaciones políticas, profesionales, culturales y gremiales sobre la urgencia de la liberación nacional. El gobierno mismo, el de Betancourt y el de Leoni –por demagogia–, poco ha dejado de hablar de su consistencia antimperialista y antifeudal. Es



tan evidente, en nuestro país, satisfacer esta necesidad que nadie se atreve a oponerse francamente a ello. Es aquí donde entra en juego el terrorismo ideológico del imperialismo y las clases que le sirven de intermediarias: no se niega el derecho que tiene el país a liberarse, a hacer su propia revolución, pero se indica la manera de lograrlo; el cauce que "el movimiento revolucionario" debe seguir.

En numerosos documentos de los sectores de la producción nacional y los distintos partidos políticos venezolanos, que hemos venido leyendo desde hace tiempo, se plantea, como necesidad urgente del país, el cambio de las actuales estructuras económicas y sociales; su radical transformación para canalizar el desarrollo integral de la nación hacia una etapa superior. Incluso, no están ausentes algunos planteamientos concretos respecto a la modificación radical del presente sistema de tenencia de la tierra y la erradicación del latifundio; a la ampliación del mercado del consumo, eliminación del desempleo y planificación industrial, como propósito de convertir la producción manufacturera y fabril en uno de los factores fundamentales para conquistar la independencia económica nacional.

Traducidos tales conceptos al lenguaje de la doctrina política y colocados en el campo de la realidad venezolana, de un país altamente intervenido por el capital monopolista, vemos cómo a través de ellos está presente una situación de franco carácter revolucionario que puede palparse sin necesidad de muchos esfuerzos.

Los imperialistas y las clases que en nuestro país les sirven de intermediarias y de pilares de apoyo y penetración no son ciegos ante la evidente realidad. Sus teóricos e ideólogos no dejan un solo momento de estudiar los cambios que se vienen operando. Toda su conducta política está orientada a intervenir de frente y en cualquier forma ante cada situación en particular. Saben muy bien que "el sol no puede ser tapado con un dedo"; que, ante los hechos concretos y objetivos de Venezuela y América Latina, resulta imposible ocultar la necesidad de una transformación revolucionaria.

El presidente Kennedy, en numerosos discursos pronunciados dentro y fuera de los Estados Unidos, reconoció esta necesidad e hizo un llamado a la conciencia de los hombres progresistas



y "revolucionarios" de América Latina para echar a andar la revolución y conquistar un mejor nivel de vida, para lo cual contarían con la "ayuda generosa" del pueblo y gobierno norteamericanos, que "ven con horror el estado de miseria en que vive la mayoría de la población de este continente".

Los hechos no tardaron en acompañar las palabras del mandatario yanqui. El cauce de la "revolución" se abrió casi en forma inmediata: La "revolución" de la Alianza para el Progreso, "que los pueblos libres vienen practicando con éxito desde hace cuatro años" y sobre la cual un columnista norteamericano expresó recientemente: "La Revolución de la Alianza es en pro de la paz y la libertad para forjar naciones independientes y libres de cualquier dominación imperialista". ("Revolución de la Alianza", *El Nacional*, 15 de enero de 1966, p. A-7.)

Este tipo de "revolución" o cualquier otro distinto matiz, por el cual se cuenta de antemano con la anuencia del imperialismo y las clases intermediarias, es posible realizarlo sin apelar a otras formas de lucha diferentes a las democrático-tradicionales; en forma pausada, lenta, sin violentar el estado actual de cosas; sin chocar de frente contra las fuerzas opresoras, ni provocar su soberbia.

Visto así el problema, es innegable que mi amigo y los que como él piensan, tienen la razón...



### III

#### LA REVOLUCIÓN VERDADERA, LA VIOLENCIA Y EL FATALISMO GEOPOLÍTICO

Un camino distinto al de la sumisa aceptación de la “revolución permitida” –que no es revolución sino en la falaz teoría de los imperialistas– implica un cambio substancial en la actitud de individuos y grupos y conlleva, en primer término, a la liberación de cada cual.

Lo principal está en comprender exactamente los problemas del país, su esencia y sus causas. Luego, la magnitud de los intereses en pugna y la conducta de cada clase social frente al conjunto. El análisis completo de la situación general más el examen detallado de la correlación de fuerzas en lo nacional y lo internacional determina las características y posibilidades de una revolución verdadera, sin más limitaciones que las que imponen las realidades objetivas y sin más restricciones que las que corresponden a un proceso difícil frente a un enemigo relativamente poderoso.

En la medida en que la necesidad de la revolución se aclara ante los diversos sectores nacionales y aparece en toda su nitidez, y en la medida también en que el pueblo y su vanguardia revolucionaria se lanzan a la lucha definitiva –como ha ocurrido en Venezuela y otros países de estructura similar–, los imperialistas y demás clases reaccionarias se apresuran a tomar todas las posiciones correspondientes para mantener su dominación y atemorizar, con la práctica de la amenaza y los hechos de fuerza, a los grupos y clases que aun comprendiendo aquella necesidad, no se atreven a arriesgar lo que ya han conquistado, a poner en peligro sus intereses en una lucha que, mirada superficialmente, luciría como aventura.

Las recientes declaraciones del presidente Johnson al inicio de la crisis dominicana, anunciando que el Gobierno de los Estados Unidos no permitirá la aparición de “una nueva Cuba”

en el continente; la resolución de la Cámara de Representantes norteamericana de apoyar cualquier intervención militar de su país en América Latina; el incremento de la guerra en Viet-Nam y todas las manifestaciones en igual sentido, como la proposición de crear una fuerza militar interamericana, constituyen importantes expresiones de una línea política, que además de ser el único medio para conservar el dominio imperialista, está dirigida a la atemorización colectiva y a robustecer, en el seno de los pueblos, los inmensos riesgos, sacrificios y dificultades a que debe enfrentarse la verdadera lucha revolucionaria.

Y, por otra parte, no se detienen, como no se detendrán en la utilización de su poderío militar, en crear un clima artificial de facilidades para presentar ante los grupos y clases vacilantes un camino menos riesgoso e inseguro que a la larga satisfaga sus intereses imperialistas.

Con motivo de la celebración del último aniversario de la Alianza para el Progreso, después de la intervención militar en Santo Domingo para aplastar un movimiento democrático, el presidente Johnson dijo: "La revolución social democrática es la alternativa —la única alternativa— al derramamiento de sangre, la destrucción y la tiranía. Pues el pasado es pasado. Y los que luchan por preservarlo se suman sin saberlo a las filas de sus propios destructores".

¿Pero quiénes son los que se oponen a la revolución social democrática en la República Dominicana, Venezuela, Perú, Guatemala, Brasil, en el mundo, siendo la única alternativa? ¿Quiénes sino las propias tropas norteamericanas incrementan "el derramamiento de sangre, la destrucción y la tiranía en Viet Nam"? ¿Quiénes, sino el gobierno norteamericano, luchan por preservar el pasado y ensangrentar nuestro país y todo el continente americano?

Las palabras del presidente Johnson, y las del señor Kennedy; las del representante venezolano en la OEA, a propósito de la Conferencia Tricontinental, como las de todos los imperialistas y sus sirvientes, que se contradicen con los hechos (ocupación militar de Santo Domingo, resolución de la Cámara de Representantes, etc.), tienen un carácter claro, preciso. Son como las utilizadas por



algún padre bravucón que con un rejo en la mano dice al hijo travieso: "Si no te estás quieto, ¡te pego!".

La combinación de las palabras y los hechos, como expresión de una sola política, por parte de los imperialistas, sus ideólogos y lacayos, no ha dejado de darles buenos resultados. Por su medio han logrado mediatizar a importantes sectores de los pueblos neocolonizados, como el nuestro, para los cuales la liberación nacional es el camino de su propia liberación económica y social, pues abre al país inmensas perspectivas de desarrollo dentro del cual las clases, hoy explotadas por el imperialismo y la oligarquía, tienen campo propicio para el incremento del trabajo productivo.

En Venezuela, ya lo expresamos, pocos discuten la necesidad de una transformación revolucionaria para poner fin al actual estado de subdesarrollo, atraso y miseria. El amigo y viejo compañero a quien me he venido refiriendo está consciente de esa necesidad, como lo están muchos de los que, incluso dentro de la clase obrera, piensan de la misma manera. El problema existe cuando se consideran las vías para lograr dicha transformación revolucionaria. Es entonces cuando surgen dudas y posiciones discrepantes: de un lado quienes creen –como mi amigo– que hay todavía posibilidades de conquistar la liberación nacional por la vía del sufragio, de la sola lucha pacífica de masas, de las reformas progresivas; y del otro quienes –como yo– creen que tal conquista solo es posible a través de la insurrección popular, consecuencia de la correcta combinación de todas las formas de lucha, dentro de una exacta concepción de la guerra del pueblo.

Son, pues, dos los campos en que están divididos los sectores y clases progresistas del país, como también dos los campos en que se comparte la totalidad de la sociedad venezolana. Y los cuales, en uno u otro terreno, se irán definiendo más nítidamente al profundizarse la toma de conciencia por parte del pueblo y sus aliados en la presente etapa histórica, en la que la revolución liberadora es la alternativa nacional.

Los sectores y clases progresistas, a los que pertenece mi amigo, actualmente ubicados en el campo del reformismo o de la "revolución permitida", carecen de una clara mentalidad de poder; de lo

que significa, en su propia esencia, la conquista del poder político como instrumento de lucha entre las clases ascendentes; asfixiadas en forma transitoria, y las clases retrógradas; conservadoras, cuyo dominio es también de carácter transitorio. Muchos de los que hoy estamos en la vanguardia revolucionaria, y yo principalmente, tuvimos una posición similar a la de aquellos sectores. No teníamos concepción de poder el 23 de enero de 1958, ni en julio y septiembre del mismo año. Para mí la democracia representativa, entonces, era lo mismo que lo es hoy para mi amigo. Yo, afortunadamente, me liberé del reformismo para convertirme en revolucionario verdadero. He tomado conciencia y, sobre todo, una clara mentalidad de poder. Igual proceso se ha cumplido en muchos otros; en unos antes y en otros después, como consecuencia de realidades objetivas que la intensa propaganda imperialista no ha sido capaz de ocultar.

Abandonar el campo reformista y tomar el revolucionario significa decidirse a luchar sin temor alguno, tener seguridad de la victoria y desafiar, cual David, al gigantesco poderío reaccionario, como lo han hecho todos los verdaderos revolucionarios de la historia, incluso los revolucionarios burgueses. En esta conversión juega importante papel la mentalidad de poder, ya que la conquista de él es la finalidad de todo movimiento político. Las clases hoy reaccionarias, que ayer fueron revolucionarias, son lo que son y fueron lo que fueron, precisamente por su mentalidad de poder. La tuvieron para conquistarlo a través de la guerra (en Venezuela contra el coloniaje español), y la tienen para tratar de conservarlo, también a través de la guerra. Ayer triunfaron porque eran fuerzas nuevas, nacientes de la sociedad, tenían a su lado el apoyo invencible del pueblo (pardos, llaneros y montañeses ofrendaron sus vidas) y representaban el camino de la independencia; pero ahora serán derrotadas –irremisiblemente vencidas– “porque están divorciadas del pueblo; no importa cuán fuertes aparezcan por el momento, están condenadas al fracaso”.

El ejercicio del poder político es determinante, definitivo en la sociedad. La política no se practica sino a través del poder, ya sea esta revolucionaria o reaccionaria, que es en las dos mitades en que ella se divide. En cada etapa y periodos históricos hay revolucionarios y



reaccionarios; un grueso sector en el medio, sin conciencia propia, vacila a uno y otro lado y se va reduciendo a medida que se desarrolla la toma de conciencia, como producto de la lucha antagónica y los intereses de clase. Pero al principio de todo proceso revolucionario, el sector intermedio bajo la influencia directa de las clases en el poder –las clases reaccionarias– hace el juego a estas, aun cuando trata de salirse de su opresión. No obstante, poco a poco, van tomando conciencia y mentalidad de poder; se producen importantes desprendimientos que engrosan las filas revolucionarias.

En el campo general de la política esto es lo que ocurre con el imperialismo y sus lacayos, que cada día ven reducida su base de sustentación. Después de la Segunda Guerra Mundial el proceso se ha acelerado; el poderío del campo socialista ha aumentado grandemente. Han venido desarrollándose revoluciones contra los imperialistas y sus lacayos en vastas regiones de Asia, África y América Latina, y las dos terceras partes de la humanidad se han liberado y viven al margen del dominio reaccionario. Esto hace posible, hoy en mejores condiciones que ayer, el avance y la victoria revolucionarias de los pueblos subyugados, como Venezuela, aun cuando estén en el área geográfica más inmediata del coloso nortño, y como Cuba, que ya liberada, realiza su revolución socialista a solo noventa millas del mismo.

La liberación de los pueblos colonizados y dependientes está fortalecida por estos hechos. Ya el imperialismo, a pesar de todo su poderío, no es la misma fuerza que era hace veinte años. Su base de sustentación ha venido sufriendo un progresivo descalabro y frente a él se yergue un mundo distinto, en franco ascenso, formidable barrera que en lo político y lo militar, contribuye a atemperar y frustrar, según el caso, la furia del gendarme. Además, en el propio campo imperialista existen extraordinarias contradicciones que restan un tanto de libertad a la acción despiadada y hacen que los imperialistas no puedan desbordarse a sus anchas. La situación mundial es cada vez más favorable al progreso de los pueblos. Al lado de la conciencia y decisión que se opera en cada uno de ellos para sacudir las cadenas del colonialismo y la opresión, todo un conjunto de realidades convierte la causa revolucionaria en empresa



invencible, con el apoyo moral y material de todos los países amantes del progreso y la paz. Los pueblos colonizados, neocoloniales, oprimidos, mediatizados en el ejercicio de su soberanía y desarrollo, no se encuentran solos. Su lucha no constituye una causa aislada solo a expensas de sus propios medios y recursos. Así como existe un campo reaccionario mundial, en el que los opresores se dan las manos, se apoyan mutuamente y mueven sus fuerzas integrales en torno a la conservación de su dominio; hay un campo revolucionario mundial, donde los pueblos hacen efectiva la solidaridad militante. Esta circunstancia, la de las nuevas realidades del mundo, explica elocuentemente la razón de la derrota imperialista en Vietnam, donde doscientos mil efectivos de las Fuerzas Armadas norteamericanas de aire, mar y tierra no han podido siquiera aminorar el empuje victorioso del movimiento guerrillero, convertido en guerra del pueblo; explica por qué los cuarenta mil efectivos militares desembarcados en Santo Domingo, ante el repudio universal, fueron incapaces de reponer en el gobierno a los gorilas de Wessin Wessin e Imbert Barrera; y por qué el bloqueo imperialista contra Cuba –uno de los más enérgicos impuestos en la presente época– no ha podido surtir los efectos previstos por el Pentágono y el Departamento de Estado yanquis.

Ningún pueblo en proceso de liberación puede ser contemplado librando una lucha aislada; donde dos fuerzas o dos ejércitos beligerantes, como un conejo y un tigre, combaten ante la mirada impasible de los demás. Creerlo así, sería un grave error que conduciría al oportunismo y la resignación. La lucha revolucionaria de hoy –así tenemos que verla– es una lucha de todas las fuerzas progresistas del mundo, de carácter complementaria, que se extiende y consolida, como unidad dialéctica, en una situación de gran auge popular y en que las condiciones objetivas de cada país constituyen el elemento principal. Ya en América Latina, como en la primera década del siglo pasado, son varios los países que han iniciado su lucha a fondo contra el neocoloniaje. Tres de los países bolivarianos (Venezuela, Colombia y Perú) y otros como Santo Domingo, Guatemala y Paraguay, han tomado el verdadero camino de la revolución liberadora, en cuyo centro se alza el principal



instrumento de poder: las Fuerzas Armadas de Liberación. A medida que esta lucha se incrementa y van apareciendo nuevos focos en otros países y los movimientos de liberación en África y Asia continúan su desarrollo, al imperialismo se le reducen aún más sus posibilidades de dominio. Y los problemas que ya confronta el gobierno norteamericano con su pueblo, como consecuencia de la Guerra de Viet-Nam en ascenso (mayores impuestos y mayores necesidades de reclutamiento) se multiplican extraordinariamente.

Todo el ejército norteamericano de hoy sería insuficiente para distribuirlo como fuerza de ocupación en la extensa geografía sacudida por la revolución. Venezuela es un importante factor del campo revolucionario mundial. Su lucha de liberación es complementaria con la de otros pueblos en trance similar. Una es necesariamente, querámoslo o no, continuación de la otra. Y aunque cada país, como el nuestro en este caso, actúa conforme a sus propias realidades y realiza el tipo de revolución que históricamente le corresponde, no puede eludir, ni ello sería correcto, su integración con otros movimientos similares. No es culpa de los revolucionarios venezolanos que su lucha sea en primer término contra los imperialistas, en lo cual guarda perfecta identidad con las luchas que se realizan en Viet-Nam, en Angola, en el Congo o las que se libraron en Cuba y en Argelia. La culpa en este caso es de los imperialistas, que no han respetado fronteras ni continentes para extender su explotación.

Venezuela lucha hoy contra el subyugo norteamericano, como lo hizo ayer contra el coloniaje español; como lo hicieron los norteamericanos contra la dominación inglesa y los brasileños contra el imperio portugués.

Hay gente todavía apegada a las teorías del fatalismo geográfico que creen al mundo en la época de la Doctrina Monroe, cuya síntesis de "América para los americanos" constituía el reflejo de una situación completamente distinta, en la cual nuestro continente tenía que protegerse contra la expansión imperialista europea; en un mundo de grandes distancias y con rudimentarios medios de comunicación. Esta circunstancia, totalmente superada por los cambios ocurridos como consecuencia de la ubicación del enemigo común en nuestro propio continente; del progreso de

la ciencia y la técnica que prácticamente ha eliminado las distancias; del dominio por el hombre de armas intercontinentales que funcionan a control remoto, con un alto poder de destrucción; y del fortalecimiento del campo de los países liberados y socialistas con una población que supera las dos terceras partes de la humanidad, coloca a dicha gente en un mundo incierto, de espaldas a la realidad; dentro de una concepción política equivocada que solo contribuye a apuntalar la dominación colonial y su secuela de subdesarrollo, explotación y miseria.

Las tesis de la geopolítica han sido superadas por la dinámica de la historia. Los propios imperialistas norteamericanos han borrado las fronteras continentales. El presidente Johnson ha dicho recientemente –por si alguna duda quedara– que las fuerzas militares de los Estados Unidos estarán presentes en cualquier área del mundo, en cualquier país, donde esté en “peligro la libertad frente a la agresión comunista”. Esta agresiva conducta del imperialismo yanqui revela francamente la quiebra de los esquemas intercontinentalistas. Para el gobierno norteamericano lo mismo da que Venezuela o Santo Domingo estén geográficamente ubicados en América, que si lo estuvieran en la Conchinchina (región que hasta hace poco era sinónimo de insondable lejanía), como lo están Vietnam, Camboya y Laos.

El análisis del conjunto político mundial; de la correlación internacional de fuerzas es elemento obligado para el estudio de nuestros problemas como país neocolonizado, y de sus posibilidades reales para la liberación. Los venezolanos progresistas, cuyos intereses coincidentes con los intereses mismos de la nación, están restringidos en su desarrollo por la desleal competencia del capital y los productos norteamericanos, en primer lugar y, por el control del poder político que ejerce la oligarquía criolla, no pueden desestimar en ninguno de sus aspectos la situación presente en el mundo, ni contemplarla en forma simplista o superficial. Es necesario ahondar en el complejo político del momento y mirar hacia el futuro para comprender el panorama promisor que se presenta a nuestro pueblo en su lucha liberadora. A la luz de estos hechos, de las realidades históricas, nadie puede dudar que el camino de la acción



revolucionaria, sean cuales fueren las dificultades circunstanciales, es la única vía, la más segura, para el cambio estructural que tiene planteado nuestro país.

En la creación de una firme mentalidad de poder por parte de las clases populares, patrióticas y progresistas, el primer paso es liberarse del fatalismo geográfico y de las tesis de la invencibilidad del imperialismo y demás fuerzas reaccionarias. Y el otro, convencerse definitivamente de que sin la toma del poder político no podrá ser realizado ningún cambio que afecte las causas de la crisis nacional. La realización de una Reforma Agraria para liquidar el régimen latifundista y modificar el actual sistema de tenencia de la tierra –como aspiran los campesinos e importantes sectores afiliados a Fedeaagro– no es posible –ello está demostrado en seis años de vigencia de una Ley de Reforma Agraria progresista– sin transformar radicalmente el propio sistema económico y político de la nación; sin cambiar la composición social del Gobierno, donde hasta ahora ha predominado el sector partidario del latifundio y la concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos.

Los hombres que han pasado por el Ministerio de Agricultura y Cría –instrumento funcional de la Reforma Agraria– en la última década han sido invariablemente representantes de las clases adversas a la Reforma Agraria integral y verdadera; pero, aunque perteneciesen a las clases progresistas no podrían hacer nada distinto a lo que se ha hecho, debido a que la política agraria no es una parte independiente del complejo económico nacional. Ella forma en un todo, en un sistema, en una unidad indestructible, que comprende inseparablemente el conjunto de la actividad gubernamental en función del control del poder político por parte de las clases reaccionarias.

Lo mismo ocurre con el desarrollo industrial del país. Ningún cambio podrá operarse en este importante rubro de la economía nacional que no sea consecuencia de la modificación de todo nuestro sistema de dependencia. Los planteamientos nacionalistas que desde la fundación de Pro-Venezuela vienen ratificando muchas de las organizaciones miembros, quedarán, como han quedado, sustancialmente en el vacío. No se puede pretender que la industria

venezolana sea distinta a la de una simple factoría substitutiva de importaciones, sin profundizar, para erradicarlas, en las causas que la mantienen relegadas a esa función. El imperialismo que tiene en Venezuela uno de los más importantes mercados de América Latina, y la burguesía importadora que deriva jugosas ganancias de su actividad intermediaria, no podrán nunca, por sí solos, auspiciar desde el poder, cuyo control ejercen hegemónicamente, una modificación que remotamente pueda significar perjuicio o desaparición de tales privilegios.

El actual ministro de Fomento, que cambió su profesión de obrero y linotipista por la de abogado, de origen social distinto al de los oligarcas, fundador y dirigente de uno de los partidos autollamados de izquierda, y secretario general de Pro-Venezuela –asociación abanderada del desarrollo industrial independiente– hasta su arribo al cargo que desempeña, no ha podido jugar otro papel que el que le corresponde como integrante de un gobierno entreguista, mediatizado por los sectores más reaccionarios y vinculado a los intereses del gran capital venezolano y extranjero.

Como la política industrial es también parte integrante del complejo económico bajo el control del sistema colonial, el ministro de Fomento, a la manera de los anteriores, pertenecientes a clases y partidos diferentes, ha tenido que someterse, a riesgo de su posición gubernamental, al conjunto predominante en la composición clasista del Gobierno.

Ninguno de los problemas que afectan a nuestro país y a las clases populares y progresistas (concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos, bajo desarrollo industrial, desempleo, atraso técnico y científico, sub-alimentación, reducido mercado de consumo; falta de viviendas, escuelas, centros de salud y hospitales; bajo salario real; explotación extranjera de las principales fuentes de riqueza; soberanía mediatizada, etc., etc.), pueden ser resueltos sin modificar todo el complejo nacional, o lo que es lo mismo: sin erradicar sus causas. No se trata, pues, de cambios periféricos, de modificaciones superficiales en el equipo gobernante que podrían ser logrados a través de las formas tradicionales de la lucha política, "sin violentar el estado actual de cosas"; "sin chocar de frente contra



las fuerzas opresoras"; "en un proceso a través de la evolución del estado actual que transforme progresivamente el régimen de las instituciones políticas...".

La propia experiencia, además del estudio de la teoría política, demuestra que, a esta altura de la historia, nada tiene que buscar nuestro país en el cambio de una camarilla por otra; o de un partido o grupo de partidos por otro partido o grupo de partidos. Lo que se trata de lograr es un cambio revolucionario, de fondo, en la composición social del Gobierno que sea capaz de modificar las estructuras mismas del país y consolidar un régimen independiente, liberado del imperialismo y la oligarquía. La magnitud y causas de los problemas nacionales requiere, sin duda, la conquista del poder por una alianza de las clases populares, democráticas y progresistas, con fuerza suficiente en lo político y lo militar, para hacer frente a las fuerzas de la reacción.

Está demostrado –y la mayoría de los densos sectores del país así lo acepta– que Venezuela vive una crisis integral y progresiva cuya gravedad requiere grandes esfuerzos para ponerle fin. Ni la Alianza para el Progreso, ni las reformas circunstanciales han podido conjurar el tremendo mal. Sin embargo, muchos sectores, conscientes de la necesidad revolucionaria, no acaban de salir del campo de la influencia reformista, de las ilusiones, contribuyendo con su actitud a la prolongación en el tiempo de la situación que agobia al país. Creen, ingenuamente, todavía –y ello es consecuencia de una indefinida mentalidad de poder– que existen otros medios para resolver los problemas nacionales, sin necesidad de exponer sus vidas, su libertad y sus intereses específicos.

No es posible continuar engañados o seguir viviendo en el mundo de las ilusiones. La revolución tiene que hacerse cueste lo que cueste; sean cuales fueren los peligros y dificultades a que haya que exponerse; de lo contrario, el proceso de pauperización, de desaparición de las pequeñas empresas absorbidas por el capital monopolista, continuará su pendiente ineluctable, con su corolario de desempleo, atraso y miseria. La burguesía nacional (agraria e industrial), la pequeña burguesía (estudiantes, profesionales, pequeños comerciantes y empleados), junto con la clase obrera y campesina,

cuya vanguardia avanza por el camino de la insurrección armada a través de la guerra del pueblo, deben aglutinar, como una sola voluntad, el frente liberador, fuerza decisiva para la victoria.

Las clases populares, democráticas y progresistas de Venezuela, víctimas de la explotación del imperialismo y la opresión oligárquica, han llegado justamente a la encrucijada: o se resignan a prolongar su existencia en un campo de acción cada vez más restringido como consecuencia del progresivo empobrecimiento del país y de la crisis general que lo sacude; o se deciden a abrirse paso a través de la lucha revolucionaria, para conquistar una vida mejor, libre de explotación y opresión, en un país cuyas grandes riquezas en sus manos abriría inmensas perspectivas de desarrollo y progreso.

Los dos caminos que se marcan en la actual encrucijada histórica polarizan las dos políticas en pugna: la política reaccionaria y la política revolucionaria. Una en descenso vertiginoso, sostenida por fuerzas agonizantes sin otro asidero que el de sus propios instrumentos de poder; la otra, en flujo permanente, conducida por fuerzas nuevas en pleno desarrollo y vigor, que como torrente desbordado se abren sus propios cauces y arrasan con todo lo que pretende detenerlas.

Nuestro país y nuestro pueblo viven el momento de una crisis revolucionaria, donde los viejos esquemas políticos sufren el impacto desgarrante de la lucha entre lo caduco que se empeña en subsistir y lo nuevo que nace y crece con inusitado vigor. Esta lucha entre la vida y la muerte lo disloca todo. La proliferación de partidos políticos que para unos es expresión de estabilidad, constituye solo el producto de la propia crisis revolucionaria, donde cada sector se sumerge en la búsqueda de su propia razón y trata de romper con el pasado moribundo. Cada cual se propone encontrar la verdad. Unos, se alinean sin haberla hallado y se colocan todavía en el terreno movedizo de la vacilación; ignoran aún el fondo de la crisis y no comprenden las verdaderas causas que la alimentan. Otros, los que toman plena conciencia y cobran mentalidad de poder —comprenden lo que este significa como instrumento de clase— se deciden a luchar y toman el camino de la política revolucionaria.



El progreso de Venezuela está indudablemente ligado a su liberación nacional y esta no puede obtenerse sino a través de la acción revolucionaria; de la lucha decidida y a fondo contra el opresor común. Las clases progresistas, en consecuencia, han de tomar necesariamente este camino; es decir, decidirse a luchar y para ello es indispensable saber que "cuando existe la necesidad de un cambio –como el que está planteado a Venezuela– este se hace irresistible y, quíerese o no, se produce tarde o temprano". Solo si se tiene conciencia de que así ocurrirá, y de que los enemigos, por más poderosos que aparezcan en el momento de iniciar la lucha serán vencidos, se podrá dar el paso correspondiente y despreciar, en lo general, a los imperialistas y demás reaccionarios.

Ya dijimos que en Venezuela existen, como en el resto del mundo, dos políticas: una revolucionaria y otra reaccionaria. La primera significa, en nuestro caso, la liberación antimperialista y antifeudal, el progreso social y el desarrollo económico; la otra, coloniaje, opresión, atraso, tiranía, miseria...

Existen también dos fuerzas: las revolucionarias, patrióticas o progresistas; y las reaccionarias, conservadoras o neocolonialistas. Y en el centro, un denso sector que vacila hacia uno y otro lado y donde también hay revolucionarios y reaccionarios.

Mi amigo y yo estuvimos juntos, ambos con ideas revolucionarias, en el sector del centro. Yo, a pesar de mi juventud, un poco más reaccionario que él. Sus consejos y los libros que puso en mis manos –muy distintos por cierto a los que antes había puesto Jóvito Villalba– me abrieron el camino correcto de la política. Hoy los papeles están invertidos y mi amigo permanece, aunque sin cambiar sus ideas revolucionarias, estacionado en el mismo sector donde lo dejé hace cinco años. Él entiende la necesidad de nuestra liberación; hasta ahora ha sido un fervoroso partidario de la propiedad social de la tierra; del desarrollo industrial independiente; de la democracia y la soberanía plenas. En la manera de plantear el problema venezolano y de precisar los objetivos estratégicos, no hay mayor diferencia entre los dos. Tampoco la hay entre quienes impulsamos el cambio histórico por medio de la guerra del pueblo y los que aún no se han decidido a tomar este camino, permaneciendo bajo la influencia de



la ideología reformista y bajo el terror que proporciona el poderío relativo de la reacción nacional e internacional.

El imperialismo y la oligarquía (es la tesis reformista) cuenta con una inmensa fuerza que irremisiblemente será empleada contra cualquier insurgencia de signo revolucionario o contra cualquier gobierno que trate de modificar la presente situación.

Lo uno y lo otro lo han hecho ya en nuestro continente y fuera de él. Lo hicieron en Cuba y fracasaron. Lo hicieron en Santo Domingo y no lograron plenamente sus objetivos. Lo hicieron en Brasil y se impusieron.

El imperialismo no ha descansado un solo instante en su conducta agresiva contra Cuba. Desde el mismo momento que el gobierno revolucionario dio el primer paso hacia el rescate de sus riquezas explotadas por los monopolios norteamericanos y ahondó en la realización de una Reforma Agraria integral, para romper el sistema de tenencia de la tierra y liquidar el latifundio, se puso de manifiesto la reacción contrarrevolucionaria. La conspiración militar interna (Díaz Lanz, Urrutia y Hubert Matos); el sabotaje (incendio de El Encanto, explosión del vapor La Coubre, etc.) el asesinato de trabajadores revolucionarios (Conrado Benítez, Ascunce Domenech y otros); la invasión de Playa Girón, preparada, armada y financiada por el Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia en los Estados Unidos y Nicaragua; la expulsión de Cuba de la OEA y la ruptura multilateral de relaciones diplomáticas y comerciales impuesta por el Gobierno de los Estados Unidos a los países latinoamericanos; y el bloqueo general, son expresión concreta, hechos indubitables, de una constante represiva. Tal cadena de acontecimientos, unida a otros hechos, se ha producido en dos etapas distintas del régimen revolucionario cubano: la del gobierno democrático-burgués, a la caída del tirano Fulgencio Batista, el 1.º de enero de 1959 y la del régimen socialista, proclamado durante la invasión mercenaria, en abril de 1961.

La transición del gobierno democrático-burgués al régimen socialista fue consecuencia directa de la radicalización popular frente a la agresión imperialista y producto de la firmeza revolucionaria de los nuevos gobernantes encabezados por Fidel Castro. Pero



en su actitud agresiva y confusionista, las fuerzas reaccionarias jamás han hecho diferencia. Y cuando se dice que el Gobierno de los Estados Unidos no permitirá la aparición de una "nueva Cuba" en el continente, no se refiere solo a la presencia del socialismo, sino al triunfo de cualquier movimiento de liberación nacional bajo el régimen revolucionario democrático-burgués. No es al comunismo exclusivamente lo que combaten las fuerzas reaccionarias, como quieren hacerlo ver a todo trance, sino a la liberación de los pueblos para poner fin a la explotación y el coloniaje. Dijo Raúl Castro el 1.º de mayo de 1959:

A los imperialistas les tendría sin cuidado que nosotros izáramos en el mástil del Capitolio Nacional la bandera roja con la hoz y el martillo y no realizáramos la Reforma Agraria ni que pusiéramos en marcha una política que afecte los grandes intereses norteamericanos en nuestro país.

Y es que lo formal tiene sin cuidado a los reaccionarios, aun cuando aparezcan muy apegados a ello. Lo sensible, en todo caso, son sus intereses que garantizan a través del dominio político y económico sobre los pueblos débiles. El gobierno cubano se ha caracterizado precisamente por los hechos, por la acción directa contra el coloniaje y la opresión imperialista. De ahí la sañuda actitud de los Estados Unidos frente a la revolución. Sin embargo, como los hechos y no lo formal es también lo que galvaniza la voluntad popular, Cuba no ha podido ser derrotada y su pueblo avanza hacia la construcción de una nueva sociedad.

Son siete años de lucha abierta, feroz, por parte del imperialismo contra el pequeño país cubano, en los cuales no ha habido la menor tregua. Todo el poderío de la reacción ha estado frente a aquel pueblo sin poder doblegarlo. Los fracasos de las fuerzas reaccionarias indican claramente que no es posible derrotar a un pueblo cuando este se decide a luchar.

En las circunstancias históricas presentes, con un mundo donde el conjunto de las fuerzas revolucionarias es superior a las de la contrarrevolución, ningún pueblo que tome la ruta de su liberación

podrá ser derrotado, independientemente de la ubicación geográfica o cualesquiera otros factores circunstanciales.

Vo Nguyen Giap en su libro *Viet-Nam: Liberación de un pueblo*, dice:

La guerra de liberación del pueblo vietnamita ha contribuido a poner en evidencia esta nueva verdad histórica: en la coyuntura internacional de hoy, un pueblo débil que se levanta y combate resueltamente por su liberación es capaz de vencer a sus enemigos cualesquiera sean y lograr la victoria final...

Los imperialistas han fracasado en Cuba –esta es la lección que debemos extraer– porque el pueblo insular, mayoritariamente consustanciado con los fines de la revolución y favorecido por su política liberadora, ha resuelto perecer antes que regresar al estado de explotación y miseria en que vivía; además, porque no se ha hallado solo, abandonado a su propia suerte, en la valiente lucha que libra día a día contra el inmenso poderío reaccionario. En todo momento ha tenido el apoyo del mundo socialista y de los pueblos amantes del progreso. Y, por otra parte, se han reflejado en su favor las grandes contradicciones existentes dentro del propio sistema imperialista mundial.

La confirmación de que los imperialistas y demás reaccionarios solo utilizan su lucha anticomunista como pretexto, como cortina de humo para ocultar sus verdaderos designios, está presente en el caso de Santo Domingo, donde la lucha por el retorno a la constitucionalidad democrática es totalmente distinta a la que libra el pueblo cubano en defensa de su régimen socialista.

En la República Dominicana el Gobierno de los Estados Unidos ha quedado una vez más al descubierto. Muchos gobiernos cuya actitud violatoria del principio de la libre autodeterminación de los pueblos podría explicarse respecto a Cuba, donde el poder lo ejerce el Partido Comunista, tuvieron que asumir una conducta diferente ante la burda intervención militar norteamericana en la otra isla del Caribe, conducta que contribuyó a robustecer la firme posición del pueblo dominicano que, con las armas en la mano, impidió el retorno al gorilismo militar.



Los infantes de marina norteamericanos y los batallones aerotransportados no fueron a Santo Domingo a salvar vidas, como lo dijo recientemente el líder constitucionalista, coronel Francisco Caamaño Deñó. Su objetivo era restituir en el gobierno a la camarilla militar de Wessin Wessin, o en último caso, la de Imbert Barrera; impedir la restauración constitucional y el regreso de Juan Bosch a la presidencia de la República, cargo para el cual había sido electo en comicios democráticos. No se trataba de una insurgencia revolucionaria de signo comunista o siquiera de un firme movimiento de liberación nacional. El objetivo inmediato era el retorno a la normalidad constitucional, a la legalidad democrática, interrumpida en 1963 por un golpe de cuartel a cuya cabeza estuvieron Imbert Barrera y Wessin Wessin.

Juan Bosch es un político reformista y no un revolucionario. Su gobierno se caracterizó por querer hacer realidad la democracia representativa, realizar algunas reformas, muy tenues, por cierto, en los esquemas del desarrollo económico y social; y mantener el imperio de las libertades públicas. La Constitución de 1962 ampara el libre juego de las ideas políticas dentro del régimen democrático y abre las puertas a determinadas modificaciones en el régimen de tenencia de la tierra y el desarrollo económico del país. La aplicación de dichas reformas por parte del Gobierno legítimo bastó y sobró para que los gorilas militares, bajo el pretexto de la amenaza comunista frente a la debilidad del presidente constitucional, echaran a este del poder y establecieran, una vez más, la dictadura. La más reaccionaria camarilla militar dominicana, con el apoyo directo de la oligarquía y el imperialismo, puso fin por la fuerza al primer ensayo democrático después de treinta años de poder omnímodo en manos de Chapita Trujillo. Las fuerzas antipopulares y neocolonialistas, cuyas maniobras en el proceso electoral se quebraron contra la voluntad mayoritaria del pueblo dominicano, expresada en los votos en favor de Juan Bosch (como manifestación de la soberanía popular), no tardaron mucho en imponer por la violencia, con el beneplácito y solidaridad del Gobierno de los Estados Unidos, la opresión de su política reaccionaria.

Las fuerzas populares y democráticas no se cruzaron de brazos frente a la usurpación. En abril de 1965 reaparecieron en escena, en alianza cívico-militar que depuso a la junta encabezada por Donald Rey Cabral; convocó el congreso disuelto en 1963, que de acuerdo con la Constitución nuevamente en vigencia, designó al presidente provisional de la República, entretanto se produjera el regreso del titular: Juan Bosch. Los sectores reaccionarios de las Fuerzas Armadas bajo el mando del general Wessin Wessin se pusieron de parte de la junta derrocada y se hicieron fuertes en la base aérea de San Isidro. Desde allí trataron de aplastar al movimiento democrático. El pueblo fue armado por el régimen constitucional. Esto conjuró cualquier posibilidad de victoria de las fuerzas reaccionarias. Asegurado el triunfo constitucionalista, con el apoyo popular masivo, el gobierno norteamericano invadió la isla; el subterfugio fue evacuar a los estadounidenses residenciados allí y proteger sus intereses. Tomadas posiciones en territorio dominicano, las tropas de los Estados Unidos entraron a jugar su verdadero papel al lado de los militares reaccionarios. Primero apuntalaron los reductos de Wessin Wessin y luego, habida cuenta de que la alianza cívico-militar constitucionalista, no se atemorizó ni cedió un palmo de terreno en su decisión revolucionaria, jugaron la maniobra de un cambio formal. Patrocinaron la integración de una nueva Junta de Gobierno presidida por Imbert Barrera, sin la presencia de Wessin Wessin. La resistencia popular persistió con mayor ardor y heroísmo, alentada en gran parte por el repudio mundial de que fue objeto la agresión militar norteamericana.

El imperialismo, cuyas fuerzas habían ocupado largo tiempo el territorio quisqueyano, y que había impuesto y sostenido al tirano Rafael Leónidas Trujillo, tuvo que retroceder y abocarse a la negociación, sin lograr plenamente sus objetivos. El poderío militar norteamericano, desplegado con prontitud, no fue capaz de evitar la derrota parcial de la reacción dominicana que a la postre tuvo que aceptar un gobierno de transición, con prescindencia de los gorilas más connotados; la incorporación al Ejército de los oficiales constitucionalistas; la amnistía general; el regreso de los exilados durante el mandato de Rey Cabral, y la libre actividad de todos los partidos políticos, incluso de la extrema izquierda.



La crisis dominicana, que aún no se ha resuelto en su fondo, sirvió para terminar de desenmascarar al Gobierno de los Estados Unidos; para evidenciar, una vez más, que un pueblo decidido a luchar, con la razón política de su parte, no puede ser derrotado. Si alguien quiere dar cariz de victoria a la invasión militar norteamericana a Santo Domingo, no le quedará más remedio que conformarse con una victoria de carácter pírrico: donde las pérdidas fueron superiores a las ganancias.

Todos los pueblos latinoamericanos, todas las instituciones progresistas del mundo, se movieron a la vez contra la política intervencionista de los Estados Unidos y en apoyo al pueblo ocupado por los infantes de marina. El gobierno de Johnson, incluso dentro de Norteamérica, sufrió una de las más fuertes derrotas morales de los últimos tiempos. El pueblo dominicano, en cambio, recibió vivas manifestaciones de solidaridad y respaldo que lo hicieron más firme en su posición y lo alientan hoy en el camino revolucionario contra la ocupación militar y por la independencia.

Allí también se verá, cómo ya ha comenzado a verse, que "ante un enemigo poderoso y agresivo, la victoria solo se asegura con la unión de toda la nación en el seno de un sólido y amplio frente nacional unido, basado en la alianza de los obreros y los campesinos...".

En Brasil, como en República Dominicana en 1963, las fuerzas reaccionarias se impusieron. Había también un régimen de cierto signo progresista, expresión del sufragio universal y enmarcado dentro de la constitucionalidad democrática. João Goulart, que sustituyó en su carácter de vicepresidente al presidente Jânio Quadros (a quien las fuerzas de la reacción obligaron a renunciar), fue derrocado por los gorilas militares, con el apoyo de los Estados Unidos. El pretexto para insurgir contra este otro Gobierno constitucional fue el mismo utilizado para derrocar a Juan Bosch: infiltración comunista.

Quadros y Goulart, al igual que Juan Bosch y otros políticos tradicionales de nuestro continente (asimilables a algunos de la Generación del 28 en Venezuela como Jóvito Villalba), aferrados a su formación dentro de la "cultura occidental", militan en el campo del reformismo; según sus tesis, el progreso de los pueblos "podrá

lograrse a través de la evolución del estado actual y, la transformación progresiva del régimen y las instituciones políticas, económicas y sociales”.

El desarrollo de esta teoría en América Latina, consecuencia directa del fatalismo geográfico, se ha visto constreñido en la práctica por sus mismos creadores (los imperialistas) como ha sucedido en varios países y recientemente en Brasil. Los peligros que se atribuyen a los cambios revolucionarios, frente al “inmenso poderío de la reacción”, no desaparecen ni ante la tímida y vacilante esencia de la reforma. Y esta no logra nuclear las masas populares y fuerzas progresistas para hacer frente, en el momento dado, a las fuerzas reaccionarias que, igual e indistintamente, se oponen a toda manifestación de cambio o avance revolucionario o reformista, capaz de poner en peligro sus intereses o vulnerar sus privilegios de clase.

La reacción militar brasileña, al servicio del imperialismo, los latifundistas y la poderosa burguesía intermediaria, no halló la menor resistencia frente al zarpazo consumado. Tanto la política de Quadros como la de Goulart, si bien carecía de contenido revolucionario, introdujo algunas reformas; en lo internacional, estableció relaciones con los países socialistas; y en lo interno, varias medidas en beneficio para la burguesía industrial y agraria. La nacionalización de ciertas empresas norteamericanas de servicio y la promulgación, bajo el gobierno de Goulart, de disposiciones referentes al régimen agrario, fueron suficientes para que la alianza oligarquía-imperialismo consumara su acción de fuerza.

En los gobiernos del tipo de los derrocados en Brasil o anteriormente en Cuba (Carlos Prío Socarrás), en Perú (Bustamante y Rivera y Manuel Prado), en Argentina (Juan Domingo Perón y Arturo Frondizzi), en Venezuela (Isaías Medina Angarita y Rómulo Gallegos), en Chile (Carlos Ibáñez), en Ecuador (Velazco Ibarra y Carlos Arosemena), etc., la reacción, que mantiene en sus manos los principales instrumentos de poder, entre ellos las Fuerzas Armadas, constituye la fuerza determinante. Los sectores populares y progresistas, cuyo único recurso, en este caso, son las normas del



formalismo democrático y la ilusoria majestad de la Constitución, giran a la zaga y bajo la férula de aquella, que no se detiene ante las formalidades legalistas si se presentan en su contra.

Las fuerzas reaccionarias que saben claramente para lo que el poder sirve, solo permiten determinadas libertades, cuando estas no afectan sus intereses y privilegios. En Brasil y en otros países de América Latina han sido derrocados aquellos gobiernos que pretendieron transportar los límites de su verdadera competencia; dar un paso más allá de lo permitido por la reacción. Tales gobiernos, sin una política popular definida para no chocar con los intereses de las clases dominantes, no alcanzan a despertar la conciencia del pueblo, ni a colocar a su lado los sectores progresistas, para apoyarse en ellos y derrotar el golpismo.

Los políticos no revolucionarios creen que todo radica en la mayoría de votos acumulada para ganar el Gobierno; consideran que, si se perfila un régimen democrático representativo y se le orienta hacia la vigencia absoluta de la ley, nadie se atrevería a desafiar la ley. No acaban de comprender —ello se expresa a través de todas sus manifestaciones— que para ejercer el poder real se necesita una fuerza capaz de enfrentarse con éxito y derrotar a las clases reaccionarias afectadas por el cambio constitucional.

Esta es precisamente la diferencia hallada por el imperialismo y demás fuerzas reaccionarias en los casos de Cuba, Santo Domingo y Brasil. En el primero, el poder real ha pasado a manos del pueblo; en el segundo, el pueblo ha decidido adquirirlo a cualquier precio, y en Brasil, donde el Gobierno democrático solo tenía carácter formal, el gorilismo militar encontró la vía expedita para imponer fácilmente su voluntad.

En el país más grande de la América Latina, que tiene el Ejército de aire, mar y tierra más numeroso y setenta millones de habitantes, el imperialismo no tuvo necesidad de mover más de unos cuantos mariscales y generales para poner término a los gobiernos de Quadros y Goulart. En Cuba, por el contrario, el imperialismo ha puesto en práctica todos los recursos, excepto la agresión militar directa de sus tropas (y esto porque existe el apoyo popular de la revolución y la correlación internacional de fuerzas que se lo impide), sin



poder introducir el más ligero cambio en el rumbo ascendente de la revolución. Y en Santo Domingo, donde sí apelaron al desembarco de los infantes de marina, la heroica resistencia del pueblo les frustró sus plenos objetivos.

Esto parece paradójico; pero para quienes llegan a entender que la fuerza de los pueblos no está en relación exclusiva a su número de habitantes, sino en función de su moral, conciencia y mentalidad de poder, lo que ocurre en Brasil, Cuba y Santo Domingo es revelación exacta de la necesidad del poder político en manos del pueblo.

#### IV

#### EL CAMINO DE LA LIBERACIÓN Y LA MENTALIDAD DE PODER

Venezuela en cuanto a la población es un país pequeño, en su correlación interna de fuerzas, las clases reaccionarias y proimperialistas constituyen evidente minoría. Esta proporción está presente, incluso, en el seno de las Fuerzas Armadas nacionales, donde los oficiales de origen burgués no llegan al 1 % y la tropa es exclusivamente de origen obrero y campesino. El hecho de que el país, en su política y economía esté bajo la dominación absoluta de una potencia extranjera, plantea ante los venezolanos la necesidad de conquistar la independencia nacional. En primer plano están el sentimiento patriótico para liberar la patria y el deber de crear una vida nueva para el pueblo. Este sentimiento y este deber cobran invalorable dimensiones por ser Venezuela cuna del más grande paladín de la libertad americana, y el más conspicuo exponente del anticolonialismo: el libertador Simón Bolívar.

Su lucha sin cuartel cobra vigencia total cuando nuevas cadenas imperiales oprimen a la nación venezolana.

Estamos en presencia de una jornada histórica que compromete a todos los venezolanos patriotas. Es la independencia y no un interés subalterno lo que está en juego: es la liberación nacional que reclama del pueblo, en toda su unidad patriótica, civil y militar, grandes y duros sacrificios, en momentos en que las condiciones nacionales e internacionales son factores a su favor y contrarios al imperialismo.

La hora de la revolución ha sonado en todos los relojes. Ninguna fuerza será capaz de contener nuestro proceso histórico. Existen condiciones objetivas elementales que impulsan, por sí mismas, el cambio revolucionario. El régimen neocolonial que vive el país y del cual derivan sus múltiples problemas, es la más abultada. Se hace sentir en todas las esferas de la vida nacional: la mediatización

imperialista, aun cuando hay un Gobierno elegido por los propios venezolanos que abarca los diferentes ramos de la política, economía, comercio, cultura y toca en la raíz misma de las costumbres y tradiciones que conforman el ancestro nacional.

Constituye lugar común en la literatura política de Venezuela señalar las consecuencias del dominio norteamericano y su influencia en la vida del país. Pero es imposible hablar de los problemas que nos afectan sin caer en su íntima vinculación con el subyugo imperialista. Estudiar los males que padece la nación; su estado de subdesarrollo económico, baja cultura, atraso técnico y científico, miseria social y crisis política, es incidir tácitamente en su condición de país neocolonizado.

Las siguientes citas del discurso pronunciado por Mario Briceño Iragorry en el Nuevo Circo de Caracas (noviembre de 1952), revelan esta verdad:

-Es justo pensar en un instrumento legal que no permita hacer del obrero venezolano un mero alquilador de fuerza para el enriquecimiento de los consorcios extranjeros. (Problema obrero).

-Mientras la gran industria petrolera crece y transforma, en beneficio de los mercados imperialistas, nuestra economía nacional, el campo sufre un proceso de esterilidad que aumenta nuestra dependencia de mercados extranjeros... Aun en pueblos colindantes con las zonas rurales, las viejas pulperías expenden solo artículos provenientes de los grandes mercados imperialistas. Si se juzgase la vida de los pueblos a través de hechos unilaterales, esto bastaría para decir que lejos de ser nosotros una República soberana, somos, en cambio, una factoría explotada por extrañas potencias. (Reforma Agraria).

-A las voces que dentro denuncian constantemente el irregular aprovechamiento de nuestra riqueza petrolera por los trusts imperialistas, se ha agregado recientemente la propia voz del Senado americano, que denunció las operaciones fraudulentas realizadas en nuestro propio país por las compañías incursas en el cartel petrolero: la Creole, la Shell y la Gulf. (Petróleo).

-Nuestros montes de hierro son trasladados en pedazos para beneficio de la industria y del capital yanquis... Somos un pueblo



enmarcado en el esquema económico de las grandes potencias imperialistas. Estamos, en lo que a hierro dice, en la misma situación en que estuvieron los Estados Unidos cuando eran colonia de Inglaterra. El imperialismo es opuesto al desarrollo industrial de las colonias. De ellas quieren las materias primas y el capital que absorben a base del comercio... A nosotros se nos quiere mantener en puesto de país exportador de meras piedras. Se nos quiere, en realidad, dejar en una edad de piedra, para la cual nuestra economía y nuestra cultura en general necesitan de la tutela y de las gracias de los imperios. (Hierro).

-Más que nuestros, petróleo y hierro son hoy por hoy patrimonio de naciones extranjeras, que juegan con nuestro destino y a cuya voluntad se acomodan nuestros intereses fundamentales. Cuando el pueblo aspira la inmediata revisión de los convenios petroleros y de las concesiones de hierro, unas cláusulas complementarias del Tratado de Comercio con los Estados Unidos entregan aún más al Norte nuestro destino económico... Somos en realidad un pueblo sin lógica y sin sentido, que pareciera haber hecho entrega en manos de los yanquis de su libertad y su decoro. Para mantener la amistad del poderoso imperio del Norte, hemos llegado a convertir en inmenso e incómodo garaje nuestra hermosa capital, y junto con esto hemos abandonado nuestra agricultura y nuestra incipiente industria, para que puedan lucrar las de los ganaderos del Norte y con ellos el inmenso capital financiero invertido por el imperialismo en nuestro país, el cual, con su total de nueve millardos de bolívares, duplica la riqueza nacional y reduce a la condición de pueblo dependiente a nuestra sufrida República. (Tratado Comercial con Estados Unidos).

-No es por ello obra de resentidos, ni ridícula labor de majaderos levantar la voz contra el peligro que nos viene de fuera y contra el extremo peligro que representa en lo interior la conducta antipatriótica de los pitiyanquis. Necesario es vocearlo y repetirlo: el nuevo invasor no penetra donde tropieza con voluntades recias que le cierran las puertas de las ciudades. El imperialismo empieza a corromper a los hombres de adentro. A unos, por unirlos a su comparsa de beneficiados, a otros, por borrarles la imagen de la propia nacionalidad. Para eso están el cine, las revistas, los diarios, los libros, las modas y aun las

tiras cómicas. Además de dar con ello buena oportunidad a su absorbente capital, llevan al público incauto al relajamiento de los valores espirituales... Actualmente las "puertas" se abren alegremente para que venga el enemigo de la dignidad nacional a gozar de toda manera de garantías. En cambio, el dinero criollo se mantiene en forzada condición de timidez, que lo obliga al agio y la hipoteca. Pero ocurre que el extranjero tiene privilegios y seguridad, garantizados por la ley internacional, que en este caso es la ley del más fuerte, mientras que el capital criollo sufre la misma inseguridad que padece el hombre venezolano. (Crisis de la nacionalidad).

-Nuestra posición moral se alinea con los pueblos que buscan la liberación de su conciencia y el aprovechamiento total de su riqueza... Agrupados con nuestros hermanos del nuevo mundo, podemos hacer frente a quienes pretendan desviar aquel destino y alterar aquella posición. (Nacionalismo latinoamericano).

Cualquier problema venezolano que se analice a fondo, para buscar sus causas, indica el camino de la liberación. Mas, ciertos sectores que lo hacen suyo, quieren arribar a la meta utilizando sutilezas y engaños "para no prevenir al enemigo, ni despertar las menores sospechas". Como no tienen conciencia de la fuerza que significa la alianza de las clases explotadas, y carecen de la fe en el pueblo, se inhiben a la lucha revolucionaria y aceptan sumisamente los cauces que el enemigo, en constante acecho, deja abiertos para la acción política y la realización de ciertas reformas.

Dos grandes movimientos de nuestra historia contemporánea (el triunfo electoral del 30 de noviembre de 1952 y el 23 de enero de 1958) no traspasaron sus propios umbrales porque de cada uno estuvo ausente la mentalidad del poder, que en fin de cuentas es la que lleva a comprender la verdadera magnitud de las fuerzas populares. Las críticas formuladas a los conductores de aquellos formidables movimientos nacionales (yo entre ellos), por no haber sido capaces de producir un vuelco revolucionario aprovechando el auge de masas y la decisión de estas, ya en defensa de la voluntad expresada en los comicios, ya para lograr un cambio cualitativo en la composición del nuevo Gobierno (23 de enero), tiene su



base en que ninguno de los dos procesos se proponía conquistar el poder. Dice Mario Briceño Iragorrry:

Al hacer recaer sobre mis hombros las responsabilidades de aquellos planteamientos (los hechos en el mitin del Nuevo Circo), quise enfrentarme a ciertos comentarios, insistentemente dirigidos a decir que el fruto positivo de las pasadas elecciones venezolanas se había perdido, en parte, por mi "imprudencia" de atacar severamente la política absorbente de los Estados Unidos en mi país... Este juicio simplista y arbitrario reclama para su repudio un doble análisis. El primer término, el partido Unión Republicana Democrática no fue a la lucha electoral, como tampoco lo fue el Partido Socialcristiano, *a ganar poder alguno. Ambas colectividades políticas entendieron cumplir un mero deber cívico*, y al aprovechar el filo que dejaban al civismo las espadas de los gobernantes, solo procuraron avivar la dormilona conciencia pública. *Por mucha que fuese nuestra fe y nuestra esperanza en el pueblo, no era tanta en aquel momento como para esperar el triunfo aplastante que confundió a la dictadura* y la llevó inconsultamente a destruir en la forma más vergonzosa que registran los anales políticos de América, el resultado de una votación cuyo democrático éxito conocieron desde el primer momento la conciencia vigilante del pueblo venezolano y la conciencia atenta del continente americano, y cuyo recuerdo quedará en la Historia nacional como "un hondo y vasto movimiento de luz", según apropiado decir del ilustre exembajador Manuel Pulido Méndez. (Subrayados nuestros).

Y agrega en forma categórica:

*A mí no se me invitó a ir a la conquista de ningún poder...* Pensé que, si lográbamos algunos escaños en la Asamblea Constituyente, tendría desde ahí oportunidad propicia para proseguir mi campaña en pro de los intereses privativos y esenciales de la nación, bien sabido, además, de que en mi posible labor parlamentaria debía encarar diariamente con los denuestos y las infamias de los voceros de la presunta *mayoría gubernamental*. Llevado de

más sano optimismo, creí que el Gobierno militar, paradójicamente presidido por juristas que gozaban de un elevado concepto concepto en el país, guardaría un minimum de respeto para sus propias palabras, y que en la venidera asamblea mi voz defensora de la nacionalidad no quedaría expuesta a que fuese silenciada, como se había tratado de silenciarla en mayo, al hacer reparos el Gobierno al movimiento del grupo Araguaney y al amenazármeme a mí con el destierro; creí que la inmunidad que ganaría con mi acta de diputado me evitaría ser nuevamente arrestado y vejado, como lo había sido en enero de aquel mismo año, a causa de mi elección como presidente del Comité de Defensa de la Economía Nacional. Debía confiar en un residuo de buena fe en quienes, de manera compulsiva, habían llamado al pueblo a elecciones. *Era correcto que pensáramos así quienes aún no habíamos visto ni presumíamos la befa insolente del 2 de diciembre ni la felonía sin nombre del 15 de aquel mes.* (Subrayados nuestros).

Respecto a la segunda jornada, la lectura de los documentos emitidos por la Junta Patriótica, llamando a la unidad nacional contra la dictadura, y el análisis de la composición social de esa unidad, será suficiente para comprender lo ocurrido.

A diferencia del 23 de enero, en cuyo proceso no hubo un solo planteamiento de carácter económico-social que perjudicara el logro de la más amplia unidad para enfrentarla al dictador, la movilización popular que precedió a la victoria del 30 de noviembre de 1952 tuvo el contenido que le imprimió una plataforma electoral de orientación democrática y nacionalista, coincidente en sus objetivos con los postulados de la liberación nacional. Fue precisamente ese carácter del programa lo que hizo posible el triunfo comicial, que a su vez concitó la reacción de las fuerzas derrotadas, especialmente del imperialismo, y llevó al desconocimiento de la voluntad popular.

El Gobierno, que no pensaba perder las elecciones, como URD tampoco pensaba ganarlas, retomó la iniciativa y golpeó en el momento preciso, aprovechando la vacilación de los dirigentes populares. No estamos seguros de lo que pudo acontecer entonces, pero



sí lo estamos de que la junta militar y sus asesores imperialistas no hubiesen permitido la salida electoral si hubieran estado persuadidos de la menor posibilidad de derrota.

La política del golpe de estado antes o después de una elección, aplicada en Perú y Argentina con el derrocamiento preelectoral de Manuel Prado y Arturo Frondizzi, y en Brasil con la disolución postelectoral de los partidos y la suspensión del sufragio universal para elegir presidente, continúa siendo arma importante en manos del imperialismo y las oligarquías para conservar el control del poder político.

El camino de la liberación nacional, el único que puede galvanizar la voluntad del pueblo y sus clases revolucionarias, patrióticas y progresistas; convertirlas en dique invulnerable contra las embesitadas del poderío reaccionario; ha sido desbrozado por las propias camarillas oligárquicas e imperialistas. Las vías pacíficas del reformismo para erradicar las causas de la explotación y el subdesarrollo han sido cerradas de una vez para siempre. Creer lo contrario, como lo hace la mayoría de nuestros políticos y hombres de trabajo y empresa, acogotados por el régimen colonial, no es más que acariciar ilusiones, vivir de cuentos; aferrarse a una situación de la cual no se puede salir sino a través de la lucha revolucionaria.

Venezuela, prescindiendo de algunos formalismos, vive en el presente un momento semejante al de 1952, bajo la misma opresión imperialista y oligárquica. Las fuerzas revolucionarias y progresistas que hicieron posible el triunfo popular del 30 de noviembre de ese año, levantan similares demandas a las contenidas en la plataforma electoral presentada entonces. Sin embargo, hay un cambio importante en la proyección del movimiento hacia la liberación nacional, concretando el verdadero camino de la revolución. Las experiencias del 30 de noviembre y el 2 de diciembre indican, entre otras, que la reacción nacional e internacional jamás permanece impasible ante cualquier transformación de carácter político, económico o social que pueda afectar su denominación.

Las simples reformas propuestas por URD, que unidas a otros factores del problema nacional, nuclearon la acción de las masas, provocaron, a su vez, la violencia de las clases dominantes. Estas,



derrotadas electoralmente, apelaron a las Fuerzas Armadas, cuyo jefe, el general Marcos Pérez Jiménez, controló la situación y conservó el poder en manos de un sector antinacional.

URD agitó los postulados de la revolución antifeudal y antimperialista; hizo de la lucha por las libertades democráticas su bandera principal; puso a su lado las grandes mayorías nacionales y conquistó la victoria. El imperialismo y la oligarquía vislumbraron los peligros de permitir el acceso al Gobierno a un partido con compromisos populares que lo colocaban bajo la presión de unas masas unidas y estimuladas por el triunfo.

Veamos la plataforma urredista. Para justificar la concurrencia al proceso electoral, URD dijo lo siguiente:

Como partido democrático y de limpia condición doctrinaria, URD solo puede concurrir a estas elecciones sobre dos bases: es la primera hacer de las propias elecciones una lucha cívica, sostenida y abierta, por un régimen de libertad y garantía; es la segunda la presentación al pueblo de una plataforma o programa de lucha que por sí mismo justifique nuestra presencia en el debate. En primer término, nosotros no invitamos al pueblo exclusivamente a votar por nuestra tarjeta: junto con esto lo llamamos a pronunciarse cívicamente por una libertad igual para todos, por el respeto a todas las ideologías, por la amnistía para presos y exiliados, por la clausura del campo de concentración de Guasina, por la apertura de la Universidad Central, por la libertad de prensa y radiodifusión, por efectivas libertades sindicales, por seguridad personal para todos los venezolanos, por respeto al hogar y la dignidad de la familia...

El programa contenido en diez puntos, se resume así:

- 1.º- Garantías iguales para todos, bajo el lema: por una Venezuela sin perseguidos ni perseguidores.
- 2.º- Por una efectiva soberanía popular.
- 3.º- Por una administración libre de fraude y despilfarro: lucha sin tregua por una administración libre de la política, de la corrupción y el despilfarro.



- 4.º- Irrigación y electrificación en vez de avenidas y rascacielos. Por Reforma Agraria. Por efectiva protección para industriales, agricultores y ganaderos. Menos privilegios para la oligarquía y los burócratas; más garantías y recursos para los hombres de empresa y trabajo.
- 5.º- Que el pueblo tenga más de lo necesario y los ricos menos de lo superfluo.
- 6.º- Por la defensa de la economía nacional. Frente unido de todos los venezolanos y política firme y resuelta para salvar a la patria del coloniaje.
- 7.º- Educación al servicio de la democracia. Por una educación integral al servicio de la libertad y del pueblo.
- 8.º- Por instituciones armadas apolíticas y por una política internacional de paz que convierta a Venezuela en el esforzado aliado de los pueblos del mundo, en sus luchas por la independencia y la libertad.
- 9.º- Por una Constituyente que no esté de rodillas.
- 10.º- Por un gobierno de integración nacional. Solo el gobierno de integración puede ahogar para siempre la violencia y retornar el imperio del Derecho.

A esto se añade el extraordinario y enjundioso discurso antimperialista pronunciado en el Nuevo Circo de Caracas por Mario Briceño Iragorry con motivo de la clausura de la campaña electoral.

La gran mayoría nacional, revolucionarios, demócratas y patriotas, hombres y mujeres progresistas, se aglutinó en torno a las consignas urredistas y votó por el color amarillo. El Poder Constituyente fue elegido de acuerdo con el ordenamiento jurídico establecido y según las condiciones impuestas por la Junta de Gobierno. En puridad de derecho no había motivo para desconocer el resultado electoral, el pueblo en forma ordenada y pacífica expresó su voluntad soberana.

La victoria popular no encerraba otro peligro que el de convertir a la asamblea electa en asiento del verdadero Poder Constituyente para hacer realidad los compromisos contraídos con el pueblo. No estaba planteado sustituir el régimen de turno, sino la elaboración de una carta fundamental democrática, de contenido burgués, que

estableciera normas precisas para la convivencia republicana; la defensa de “nuestro patrimonio nacional, saqueado por el capital extranjero” y que permitiera una “política firme y resuelta para salvar a la patria del coloniaje”.

Sin embargo, las fuerzas reaccionarias hallaron el pretexto para la usurpación: “URD triunfó con los votos de los comunistas y los adecos, cuyos partidos estaban al margen de la ley”.

Los argumentos utilizados entonces por las fuerzas proimperialistas fueron los mismos que trece años más tarde usaría el presidente Johnson para ordenar la invasión militar a Santo Domingo.

El telegrama enviado por el general Marcos Pérez Jiménez (2 de diciembre de 1952) a los doctores Ignacio Luis Arcaya y Jóvito Villalba, se explica por sí solo:

Nobasta el desmentido categórico del grave hecho del acuerdo con partidos en la clandestinidad y antinacionales que a ustedes se les imputa, para probar la buena fe de las aseveraciones que ustedes hacen. Las ideas expuestas por oradores de URD en diferentes mítines y la votación de los comunistas y de los acciondemocratistas por la tarjeta amarilla, ha venido a corroborar el hecho señalado. La institución armada, tan escarnecida por ustedes, no está dispuesta a admitir que por acuerdos torvos se vaya a lesionar el prestigio y el progreso de la nación, seriamente comprometidos por el triunfo electoral de Acción Democrática y el Partido Comunista que URD ha proporcionado.

Horas antes de redactar este mensaje, el usurpador había expresado ante numerosos oficiales, al solicitar su apoyo, “que la embajada americana había hecho saber a nuestra cancillería que los Estados Unidos no reconocería el Gobierno que se daba el pueblo”. Dice Briceño Iragorry en el libro citado, *Sentido y Vigencia del 30 de noviembre*:



Mientras tanto las fuerzas oscuras que dirigen al país comenzaron su propaganda en el exterior para legitimar en Washington, en Londres, en París, en Madrid, en Roma, en el nuevo mundo el zarpazo a la institución del voto. Sutilmente se dijo que con URD triunfaba el comunismo. Al Departamento de Estado acudieron políticos venezolanos a dar prenda del "comunismo" de Jóvito Villalba. Yo, pese a mi conocido catolicismo, resultaba comunista también, porque había tomado la bandera del antimperialismo. A Ignacio Luis Arcaya se le bautizó provisionalmente de comunista porque en una ocasión presencié el desarrollo de un film soviético. Nada valían nuestras ideas, nuestra conducta, nuestra posición política. Éramos un grupo de hombres dispuestos a defender al país del entreguismo y esto bastaba para concitar contra nosotros la animadversión de los otros grupos que han hecho granjería con la venta de la riqueza territorial y con el despilfarro del patrimonio moral del país.

El procedimiento no era nuevo tampoco ni se ensayaba por primera vez en Venezuela. La táctica de comunizar a hombres que defienden la dignidad y la integridad de sus patrias tiene solera y espacio en el mundo actual. Cuando esto escribo me es grato leer en *La Prensa* de Barcelona, el 7 de octubre (1953), un comentario sobre los recientes sucesos en la Guayana inglesa. Lo que ocurre es que allí ha habido elecciones con arreglo a la más pura doctrina democrática y han resultado triunfantes los partidarios de la independencia que a la par constituyen un partido socialmente avanzado, y como el Gobierno inglés no puede aplastar ese movimiento por el mero hecho de haber ganado unas elecciones –pues ello sería demasiado descarado– ni está dispuesto a respetar esas elecciones en cuanto suponen de peligro para el régimen colonial allí impuesto, se ha recurrido al comodín del comunismo.

También en el diario *Pueblo* de Madrid –agrega MBI– con este mismo motivo ha escrito en la edición del 8 de octubre lo siguiente:

Cada vez resulta más difícil definir el significado de la palabra comunista, la prensa inglesa, sobre todo, ha puesto su granito de

arena en el esfuerzo universal por hacer más y más confuso el significado de la condenada palabreja. Cuando Perón regateaba el precio de la carne, hubo quien sugirió que quizá Perón fuese comunista; a Naguib ya le han colgado el sambenito en más de una ocasión; de Mossadeg "se sabía", como quien dice, que era comunista perdido, y lo mismo con Jomo Kenyatta y sus seguidores.

A los efectos de la política imperialista "lo mismo da Ana que Juana". A ellos solo les importan sus intereses, su dominio colonial, la expansión de sus capitales y ganancias. Las vías que el movimiento de independencia adopte para lograr sus objetivos les tiene sin cuidado. Su estrategia es golpear dondequiera asome la lucha anticolonial, y así lo hacen sin mucho escrúpulo. El camino de la violencia reaccionaria existe sea cual fuere el camino utilizado para sustituir el régimen de dependencia: resulta francamente insensato al desafiarla, no hacerlo con el propósito de vencer.

Quienes no quieran engañarse más tiempo, deben saber lo siguiente: tanto por el camino de la reforma, del desarrollo pacífico y la vía electoral, como por el camino insurreccional, o revolucionario, de guerra larga; el pueblo, las fuerzas patrióticas y progresistas, si desean superar su condición de clases explotadas por el imperialismo y la oligarquía, tienen que enfrentarse, tarde o temprano, a los mismos aparatos represivos.

Lo único que la reacción permite, sin apelar a la violencia, es la llamada "revolución de la Alianza para el Progreso" que no es revolución ni nada parecido.

La absoluta incapacidad de los Gobiernos de democracia representativa o formal para impulsar reformas estructurales y hacer frente victoriosamente a los zarpazos de la reacción está "a ojos-vista" en América Latina. Lo mismo ocurre respecto al calificativo "comunista"; a este se expone toda persona que haga suyos los postulados de la liberación nacional y se dedica a luchar (la vía no importa) por hacerlos efectivos.

Ante estos hechos, se plantean dos salidas: una, decidirse a la lucha revolucionaria contra el imperialismo y la oligarquía y por la liberación nacional; otra, resignarse a contemplar el saqueo de



nuestras riquezas, la miseria de nuestro pueblo, la explotación feudal de nuestros campos, el atraso de nuestra educación, la deformación de nuestra cultura, el subdesarrollo de nuestra industria, la violencia de las clases dominantes; su secuela de hambre, desempleo, analfabetismo, enfermedades, falta de viviendas, carestía de la vida, represión y muerte.

Decidirse a luchar significa, en pocas palabras, desafiar a las fuerzas reaccionarias y prepararse para vencerlas por la vía armada, oponiéndoles una fuerza superior. Esto es lo que ha hecho la vanguardia revolucionaria al adoptar nuevas formas de combate para continuar la lucha por otros medios, que la violencia reaccionaria obstaculizó, con lo que surge la creación de nuevos instrumentos de poder político: el Frente de Liberación Nacional y las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional.

Además del carácter eminentemente patriótico que tiene esta lucha nacional contra el opresor extranjero, ella concreta superiores condiciones de vida y bienestar para el pueblo y determinados sectores de las clases sociales que, explotadoras del trabajo asalariado, son a su vez víctimas de la explotación oligárquica e imperialista.

No se podrá alcanzar el pleno desarrollo de la actividad productora, el progreso de la nación venezolana, mayor nivel de vida para las clases populares y mayores ganancias para los hombres de empresa, sin conquistar el poder político y derrotar a las clases privilegiadas.

La base antioligárquica y antimperialista de nuestro proceso revolucionario plantea un género de alianza que está por encima del origen, credo político, concepción filosófica, creencias religiosas, situación económica y profesional, y afiliación partidista de los venezolanos. El enemigo común, su fuerza y poderío, reclama una lucha unitaria para vencerlo.

Son proclives a luchar por la liberación nacional:

-Los obreros y campesinos.

-La pequeña burguesía (estudiantes, empleados, intelectuales, profesionales, etc.).

-La mayoría de los oficiales, suboficiales, clases y soldados de las Fuerzas Armadas nacionales de aire, mar y tierra.

-Los industriales nacionales.

-Los productores agropecuarios.

-Los comerciantes no importadores.

-Los productores independientes, pequeños industriales y artesanos.

-Los sectores nacionales del clero.

Son fuerzas intermediarias del imperialismo y adversas a las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional:

-La oligarquía bancaria y financiera.

-El Alto Mando Militar y sectores minoritarios de las Fuerzas Armadas nacionales.

-La burguesía importadora.

-Los latifundistas y terratenientes.

-Los profesionales liberales ricos.

-Los políticos y sindicalistas mediatizados.

La unidad de los factores proclives a luchar por la liberación nacional en un frente revolucionario coloca en evidente minoría a los defensores del neocoloniaje; balance que se observa igualmente en el orden de la correlación internacional de fuerzas. La seguridad de esta mayoría determinante, más la favorable situación mundial, es expresa como garantía de victoria para el movimiento liberador.

El cambio que el país requiere para transformar sus estructuras y abrir camino al progreso y desarrollo, implica la toma del poder político por las clases populares y progresistas. Sin el logro de esta condición previa no es posible ejecutar el programa de la liberación nacional. El Estado, bajo la hegemonía del imperialismo y la oligarquía, impide cualquier modificación en el sistema político, económico y social que signifique el término de esa hegemonía.

En consecuencia, el Frente de Liberación Nacional, instrumento principal de la revolución, plantea lo siguiente: "El pueblo venezolano tiene ante sí una tarea práctica en el presente período: conquistar



un gobierno donde predominen las fuerzas progresistas y que sea capaz de adelantar los cambios históricos que reclama nuestro país”.

He aquí, pues, el objetivo concreto del movimiento revolucionario para garantizar la ejecución del siguiente programa:

-Conquistar la independencia nacional, la libertad y la vida democrática para la nación.

-Rescatar el patrimonio, la integridad y las riquezas nacionales.

-Establecer un gobierno revolucionario, nacionalista y popular.

Esto significa:

-Sacudir la tutela del imperialismo norteamericano.

-Liquidar el latifundio y las sobrevivencias semif feudales en el campo.

-Desarrollo industrial independiente.

-Garantizar un nivel de vida adecuado a las grandes mayorías nacionales, integradas por trabajadores de la ciudad y del campo.

-Recobrar la soberanía en la arena internacional, elaborando y aplicando una política exterior venezolana en relación estrecha con todos los pueblos del mundo.

Para alcanzar estos objetivos es necesario:

-Unir y organizar todas las fuerzas interesadas en ese desarrollo independiente de nuestra patria. Esto constituye la condición primaria de la victoria.

-Crear instrumentos armados propios capaces de doblegar el poderoso enemigo y garantizar el cumplimiento de los objetivos trazados.

-Manifestar la decisión inquebrantable de ser libres, romper la mediatización colonial y el dominio de las viejas y tradicionales clases dominantes y explotadoras.

-No flaquear ante las dificultades y demostrar seriedad y firmeza en los propósitos.

Los partidos políticos, casi sin excepción, y más concretamente los autodenominados de izquierda, han presentado programas



similares a la consideración del pueblo; en esencia inciden sobre los problemas de nuestra dependencia económica. Separadamente o en coalición, algunos de esos grupos han cumplido o cumplen funciones de gobierno. Hasta el presente no han puesto en práctica, de manera efectiva, ninguna de las reformas prometidas al pueblo. El gobierno en sus manos se ha convertido en instrumento burocrático para el reparto de la hacienda nacional entre las camarillas de dirigentes partidistas, además de elemento de soborno y corrupción.

La práctica de decir una cosa en el gobierno y otra en la oposición se ha transformado en especie de actitud profesional. Cada camarilla en función de dirigencia, a cuyo alrededor se congregan los grupos más disímiles, aprovecha las oportunidades del llamado juego democrático para obtener mejores posiciones que a su vez son factores para el negocio general. Roscas de dirigentes obreros, agrarios y de otros asuntos nacionales e internacionales ejercen sus funciones a manera de profesión remunerada. La conquista de un puesto directivo en las centrales obreras, campesinas o gremiales, como el arribo a una curul parlamentaria, a un cargo edilicio o una alta posición ejecutiva u otras esferas de la actividad política y gubernamental, no expresa vocación alguna de servicio público, de responsabilidad para traducir en hechos las convicciones ideológicas, sino que se presenta ante cada rosca como el logro de un holgado *modus-vivendi* garantizado por sueldos, prebendas y canonjías que la colocan en privilegiada situación.

La política, que los sectores reaccionarios y conservadores reservan solo a los políticos restándole su valor de vivencia popular, se trajina en nuestro país como negocio lucrativo. Ello es directa consecuencia del neocolonialismo. Las clases dominantes –imperialismo y oligarquía en el caso de Venezuela– forman sus propios políticos, los dirigentes para una y otra actividad pública, a los cuales toman en alquiler y los convierten en piezas de inventario dentro de su principal empresa: el poder. Cuando un partido o un grupo de los dirigentes en contrato no cumple a cabalidad su misión, no garantiza la productividad de la “compañía” o ponen en peligro su solidez, lo botan como cualquier trabajador corriente, hasta con el pago de indemnización.



Los partidos hechos para el negocio de la política tienen un límite de acción: el que le permiten los agentes o dueños del poder real. Por ello, el camino de la revolución, de la política al servicio del pueblo, no puede ser el mismo señalado o "permitido" por las clases opresoras. "La decisión inquebrantable de ser libres, romper la mediatización colonial y el dominio de las viejas y tradicionales clases dominantes" con sus políticos alquilados, representa de por sí un cambio revolucionario en la conciencia colectiva de las clases oprimidas.

La política revolucionaria implica una ética revolucionaria; libera la propia conciencia del hombre y la despoja del afán de lucro. En esta forma conduce a cada cual hacia el sacrificio, "a no flaquear ante las dificultades y demostrar seriedad y firmeza en los propósitos"; lo hace "despreciar al enemigo en su conjunto" por más fuerte que se presente ante sus ojos y a "tomarlo muy en serio en cada caso concreto". Resultado lógico de esta nueva moral es la decisión de luchar que aparece progresivamente en el seno del pueblo y en relación a su toma de conciencia revolucionaria. Liberado a sí mismo, cada uno comienza a ver nítidamente la realidad de su país y ahonda la búsqueda consciente de los caminos para la eficaz solución de los problemas. El hallazgo de la verdad lleva a la posición definitiva; a la decisión de luchar.

Los venezolanos estamos en presencia de una crisis revolucionaria causada por los obstáculos que la opresión colonial opone para detener el desarrollo económico y el progreso social de la nación. La agricultura y la cría, el comercio y la industria nacionales están constreñidos en su expansión por las rígidas estructuras de una economía latifundista en su régimen agrícola y por el control asfixiante del gran capital financiero y el comercio importador, en los rubros restantes. Ninguna de las esferas de la producción nacional puede cobrar vida propia ni abrirse paso en forma independiente. El progreso de la industria está vinculado íntimamente al desarrollo de la agricultura y a la cría; al incremento del mercado de consumo, que a su vez son consecuencia de la Reforma Agraria y la elevación del poder de compra de las clases populares.

Está comprobado por experiencia histórica, por la propia realidad de los pueblos ya liberados por la explotación colonial, que el cambio planteado en los países dependientes es imposible sin "crear instrumentos armados propios, capaces de doblegar al poderoso enemigo y garantizar el cumplimiento de los objetivos trazados". Es el propósito de crear esos "instrumentos armados", una de las cosas que diferencia al movimiento revolucionario de los no revolucionarios o reformistas.

Venezuela, es una verdad axiomática, necesita liberarse. Solo liberada podrá usar sus grandes riquezas para construir su vida propia, su industria nacional independiente y sacar del estado de crisis permanente a la agricultura y la cría; ejercer la soberanía y la democracia plenas; resolver al mismo tiempo los grandes problemas de trabajo, educación, sanidad, habitación y poder adquisitivo de las clases populares.

Llenar esa necesidad significa luchar a fondo contra las clases tradicionalmente opuestas; derrotarlas y desplazarlas del poder político. Para ello es imprescindible enfrentarles una fuerza superior, la cual es resultante de la unidad de las clases populares y progresistas, de sus sectores patrióticos y democráticos.

Y lo otro es dotar a esa unidad con instrumentos armados lo suficientemente fuertes para oponerse a las fuerzas militares bajo el mando de la oligarquía y el imperialismo.

La combinación de todas las formas de lucha, como lo señala el Frente de Liberación Nacional, apoyada en la creación y robustecimiento de cuerpos armados propios, sin excluir a la oficialidad, clases y soldados de las Fuerzas Armadas nacionales (de origen popular y sensibilidad democrática), es el único medio para liquidar el neocoloniaje.

Lo importante, como lo hemos repetido tantas veces, es decidirse a luchar, imbuidos de una sólida mentalidad de poder. Tal decisión y mentalidad ha conducido a la victoria a pueblos más débiles y con menores recursos que el nuestro. Y si algo nos dice la liberación de Cuba, de Argelia, de Guinea, de Ghana, de Indonesia, de Egipto, de Mali, de Birmania, del Congo (Brazzaville), de Tanzania,



de Zambia, de Kenya, de Uganda, de Etiopía, etc., es que cuando un pueblo se propone vencer, ninguna fuerza puede detenerlo.

Esta lucha es dura, difícil y larga; pero

... no se necesita que sea hoy mismo el triunfo del pueblo. Él dura más que aquellos que lo explotan y lo oprimen. Educándose a sí mismo sobre la experiencia de su propia agonía, se va acercando a la hora en que su parte invisible aflore en realidad y sea una con la parte visible que ayer lo mantuvo a la escondida...

Y decididos a luchar, digamos junto con Mario Briceño Iragorry:

Venezuela tiene que seguir su camino sobre las tumbas donde descansan las víctimas materiales del terror y sobre las tumbas donde se oculta el cadáver moral de los caídos al sople diabólico de las fuerzas imperantes. Venezuela ha de ir adelante en busca de sí misma; en busca de la realidad de su gran fuerza de pueblo. La angustia que padece debe aprovecharla para el mejor encuentro de la vía. Como el acero, el pueblo se está purificando en la fragua del dolor y se está templando sobre el yunque de la reflexión...

Más que el terror armado lo está aniquilando ese entregarse fácil a la disposición que embota y divierte el sentido de la responsabilidad.



## V

### LA GUERRA DEL PUEBLO Y LA DEBILIDAD DE LAS CLASES EXPLOTADORAS

La vida política de nuestro país ha estado signada por la violencia. Son escasos los períodos en que esta ha cesado. Las clases dominantes en los diferentes momentos históricos han mantenido su hegemonía por medio de la fuerza. La persecución política contra el adversario es arma implacable en el ejercicio del poder. Desde los días de La Cusiata hasta hoy, el pueblo venezolano ha deslizado su vida bajo el fragor de una caldeada lucha donde el látigo de los opresores se levanta en forma amenazante contra quienes osan romper la dominación y la tiranía. Los grupos oligárquicos no han vacilado en emplear todo su poderío político y militar para mantener su control y ejercer el poder.

En el presente, tal situación persiste en toda su magnitud. No es necesario remontarse siquiera al pasado inmediato para comprobarlo. Aún están frescas las huellas de la tiranía perezjimenista. El recuerdo de la Seguridad Nacional, la masacre de Turén y el drama de Guasina están vivos en la memoria de nuestro pueblo. A pesar de que la saña terrorista y criminal de aquellos días ha sido rebasada a partir de 1959, no se puede olvidar el violento decenio que culminó en 1958. Y es que el uso de la fuerza entonces y ahora responde a un mismo interés: la conservación del poder político en manos de las clases reaccionarias.

Rómulo Betancourt anunció el mismo día de la toma de posesión de la presidencia de la República el objetivo principal de su política: "aislar y segregar a la comunidad democrática" a las fuerzas revolucionarias que el calificó de "extremistas". El poderoso movimiento unitario que surgió para poner fin a la violencia perezjimenista y del cual formó parte el sector más consecuente de Acción Democrática, sufrió la primera embestida y lo que se llamó

el "espíritu del 23 de enero", un golpe bastante sensible. El Pacto de Nueva York, suscrito por Betancourt, Villalba y Caldera, que más tarde se convirtió en Pacto de Punto Fijo, tenía por finalidad dividir el frente único concretado en la Junta Patriótica. Esta no gozaba de la simpatía de los imperialistas por la participación en ella del Partido Comunista de Venezuela.

Recuerdo que un periodista norteamericano me pidió a fines de enero de 1958 que le explicara las razones por las cuales no se había "segregado" al PCV del movimiento democrático contra Pérez Jiménez y por qué nos habíamos aliado con aquel partido.

Mi respuesta fue muy sencilla. La alianza con los comunistas –le dije– tiene en nuestro país las mismas razones que propiciaron la alianza de los Estados Unidos con la Unión Soviética para luchar contra el nazifascismo.

La presencia de las fuerzas revolucionarias y los sectores más consecuentes de la resistencia en el seno de la Junta Patriótica concitó una soterrada conspiración contra ella. Numerosas maniobras fueron adelantadas principalmente por los líderes de Acción Democrática que regresaban del exilio y a cuya cabeza estuvo Rómulo Betancourt. Una vez este en el gobierno se dedicó, en primer término, a la división del movimiento popular y democrático. Los compromisos adquiridos según el Pacto de Nueva York comenzaron a ser aplicados en nuestro país como fórmula fundamental para conformar una política contraria al anhelo colectivo de los venezolanos y realizar un programa de franco contenido antinacional y proimperialista.

El gobierno decidió cumplir a toda costa esta política y este programa. Y Betancourt comenzó a aplicarla inmediatamente. Las fuerzas populares se dispusieron a defender la unidad y a luchar a la vez por el mantenimiento de las conquistas democráticas y el logro de sentidas reivindicaciones económicas y sociales. En la prensa, en el Parlamento y en la plaza pública se incrementaron los debates contra la política discriminatoria y antipopular del nuevo gobierno. Este se resintió en su base de sustentación y comenzó a debilitarse. La división de Acción Democrática con el desprendimiento del sector más consecuente y revolucionario que había llevado todo el peso de la resistencia contra la tiranía, y



luego la ruptura del Pacto de Punto Fijo por parte de URD, fueron consecuencia de la política capituladora que se abrió paso sin contemplaciones de ninguna especie.

La nueva situación conllevó al incremento de la lucha por los derechos democráticos y las reivindicaciones populares. Las masas se volcaron sobre la calle y una manifestación tras otra se sucedían con mayor entusiasmo y empuje. Lo que había ocurrido el 4 de agosto de 1959 –bautizo de sangre del régimen de Betancourt– cuando varios desempleados fueron muertos por la policía en la Plaza de La Concordia, se repitió una y otra vez. Los sindicatos, cuyos miembros, en ejercicio de la democracia interna, se pronunciaban por las planchas de la oposición, comenzaron a hacer asaltados por bandas armadas de los oficialistas y las manifestaciones estudiantiles a ser disueltas por la policía. La Universidad Central fue sitiada por fuerzas del Batallón Bolívar y los barrios humildes, constantemente asediados por la policía y la Guardia Nacional.

Betancourt expresó que “la calle era de la policía” y meses después ordenó: “disparar primero y averiguar después...”. La violencia reaccionaria cobró toda su plenitud ante la heroica resistencia popular. La paz, que el 23 de enero había asomado en el horizonte, traducida en nuevo espíritu para el debate político y la convivencia nacional, fue rota en mil pedazos por las clases reaccionarias, interesadas en llevar adelante su política opresiva y neocolonial.

Lo que va de entonces a hoy es conocido por todos.

La lucha por la independencia, derecho inalienable y mandato expreso en la Declaración del 19 de abril de 1810, en el Acta del 5 de julio de 1811 y en la Constitución Nacional del 23 de enero de 1961, ha experimentado cambios trascendentales. Su proyección de gran empresa histórica está presente en el ánimo de una vanguardia revolucionaria que la convierte en vivencia nacional y la agita como bandera desplegada en las manos de sus integrantes.

Un nuevo y glorioso destino se abre paso en el ámbito republicano. La Venezuela otra vez subyugada reclama romper las cadenas imperiales; grita desde el fondo de su abandono y conmina a sus hijos para rescatarla de las garras del opresor. No hay otra alternativa que salvarla o dejarla perecer. El grito repetido se hace conciencia y



decisión; voluntad y coraje en las nuevas generaciones que irrumpen jubilosas en el escenario nacional.

El proceso político venezolano, sucesión de episodios sangrientos, sufre el impacto revolucionario. Las clases dominantes, conscientes de la situación que crea la circunstancia de una lucha cuyo objetivo ha pasado a ser la liberación nacional; es decir, la liquidación del estado de dependencia política y económica, echan por la borda sus falsas posturas democráticas y se adentran, con mayor furia, por el camino de la represión y la violencia.

Cinco años han transcurrido desde que se inició la resistencia en esta nueva etapa del proceso revolucionario. El gobierno creyó que se trataba de un movimiento similar a los que algunos de sus líderes había agitado en la mocedad, al cual se podía poner fin "arrugando un poco la cara" y procediendo, a la usanza de todos los regímenes despóticos o de democracia formal, a suspender las libertades públicas; pero su soberbia, como era de esperarse, creció al ver que las medidas puestas en práctica no doblegaban el espíritu combativo de las masas. Cada día, el gobierno, desdoblado en dictadura clasista, apeló a métodos más agresivos y las disposiciones constitucionales cedieron paso a la política de "guerra a muerte" con que el presidente Betancourt puso término a la legalidad democrática.

Los revolucionarios de vanguardia no echaron atrás, como acostumbran los reformistas al ver cerrado uno de los caminos. La decisión histórica de oponer la violencia popular a la violencia reaccionaria fue tomada con espíritu heroico. El comienzo de la resistencia fue acompañado de duros golpes, entre los cuales las derrotas de Carúpano y Puerto Cabello y el aniquilamiento de los primeros grupos guerrilleros en varias zonas del país fueron de carácter casi mortal. Las camarillas de Betancourt, primero, y luego las de Leoni, que en su esencia son las mismas, fieles al imperialismo y la oligarquía, no pudieron gobernar sin usar la violencia. Día a día, ante la presión de las clases explotadoras, fueron hundiéndose en el tremedal de la persecución y el terror, hasta utilizar decididamente el máximo instrumento de poder: las Fuerzas Armadas nacionales que pasaron a ser el principal aparato represivo, con oficiales y soldados convertidos en



perseguidores y asesinos, en tropas punitivas y carceleros aun de propios compañeros de armas.

Las clases dominantes criollas y los imperialistas, acobardados por el nuevo rumbo de la lucha venezolana, demandan en forma permanente mayores medidas terroristas; el empleo de métodos más crueles, incluyendo el fusilamiento de prisioneros y la utilización de todos los recursos del poder para aplastar la resistencia revolucionaria. Y simultáneamente, exigen a todas las organizaciones y partidos mediatizados la condena clara y expresa del movimiento liberador "por haberse apartado de las normas que establecen la Constitución y leyes democráticas".

No obstante los grandes recursos materiales y humanos utilizados contra la causa patriótica, sus instrumentos políticos y militares han logrado éxitos importantes. Ello es producto, en primer lugar, de la justeza de su línea política y lo acertado de su programa; en segundo, por el apoyo y la simpatía que el movimiento goza en el seno del pueblo; y, en tercero, porque el uso combinado de todas las formas de lucha, impulsado por una vanguardia armada, es el medio de las fuerzas populares para oponerse victoriosamente y derrotar a las clases explotadoras.

Como a otros pueblos ya liberados o en proceso de serlo, a las fuerzas revolucionarias venezolanas se les presenta, en los momentos iniciales, la disyuntiva de retroceder o avanzar. Algunos sectores vacilan ante la agresividad reaccionaria y recomiendan someterse a los esquemas de la lucha tradicional, lo cual repiten en momentos de reflujos y mayores dificultades. Los más consecuentes, en cambio, mantienen la decisión de luchar y vigorizan la resistencia armada, cuyos destacamentos guerrilleros constituyen hoy el más importante factor del cambio histórico que se opera en la vida del país.

Las fuerzas de la revolución cuentan ya con instrumentos propios para la ejecución de su política. Estos garantizan la continuidad de la lucha y la conquista de la victoria. No ocurre como en etapas anteriores cuando el movimiento popular carecía de ellos. Las masas insurrectas tienen en esta nueva etapa los elementos capaces para incrementar, en forma progresiva, el apoyo general

de las clases democráticas y patrióticas. Tienen también la seguridad de que sus esfuerzos no serán desperdiciados en una lucha sin perspectivas de triunfo. Las condiciones objetivas del país, por una parte, y la madurez de la vanguardia revolucionaria, con sus destacamentos armados, por la otra, hacen del proceso actual una causa invencible que puede resistir por largo tiempo, como se ha demostrado, el embate total de las fuerzas reaccionarias.

La lucha armada, eje de multitud de combinaciones para impulsar otros medios de combate por las reivindicaciones populares y los derechos democráticos, es precisamente lo que canaliza los múltiples esfuerzos de los venezolanos hacia la victoria definitiva; y conjura cualquier amenaza de frustración. No existe ninguna duda sobre las perspectivas del movimiento liberador. Su desarrollo, dado por las propias realidades de una nación inmensamente rica, saqueada y oprimida por el imperialismo, es cada día más claro y promisor. Su influencia sobre las clases desposeídas, la inmensa mayoría de nuestro pueblo, se hace sentir a cada paso, y su penetración en los sectores progresistas, civiles y militares, es de mayor significación.

Venezuela, consecuencia de las nuevas formas de lucha, vive una etapa política diferente. Esto tiene que ser comprendido principalmente por las clases revolucionarias y progresistas. La consolidación de los destacamentos guerrilleros, resultado del apoyo popular y, en lo fundamental del campesinado; de su dominio del terreno; del mejoramiento de la técnica militar y la constante superación ideológica y política de oficiales y combatientes, juega importantísimo papel en el desarrollo de la lucha revolucionaria y el nucleamiento de las fuerzas populares.

Es ya un hecho evidente la vigencia del movimiento guerrillero. Las poderosas ofensivas militares que lograron destruir los primeros focos no han podido aniquilarlo ni rendirlo. Las afirmaciones del Gobierno, tendientes a crear confianza en los grupos vacilantes y desconcierto en las filas del pueblo, para mantenerlos en función de su política, se han quebrado contra la realidad. Las guerrillas, lejos de estar liquidadas, muestran mayor fortaleza y crecen con la incorporación de las masas campesinas.



Los golpes asestados a las unidades represivas, como la reciente operación de aniquilamiento en El Cepo, estado Lara, después de declaraciones oficiales anunciando la liquidación o neutralización del movimiento guerrillero, sirven para poner en claro la verdad.

Hay dos cuestiones objetivas: la primera es la existencia y consolidación de los frentes guerrilleros; la segunda, el fracaso del gobierno en sus operaciones antiguerrilleras. Pequeños y materialmente débiles como son hasta ahora los grupos de vanguardia, sus núcleos militares y la proporción de las masas incorporadas a la acción directa, pero ha sido imposible contener su avance; esto tiene importancia de primer orden.

Tal realidad incide directamente en la toma de conciencia por parte del pueblo y la solidez de su mentalidad de poder. Los que todavía sobrestiman el poderío y capacidad de las fuerzas reaccionarias para aplastar la insurgencia de nuestro pueblo, no pueden sino meditar hondamente sobre la realidad actual y hacerse numerosas preguntas acerca de la misma.

Las tesis pesimistas en cuanto a la posibilidad de victoria del movimiento liberador en un país como el nuestro, fuertemente intervenido por el imperialismo, han venido siendo derrotadas por la experiencia y por los hechos. Nunca como ahora había sido más clara la perspectiva de la unidad nacional para realizar los cambios históricos planteados. Demostrada la invencibilidad del movimiento revolucionario y sus vanguardias armadas, la teoría del reformismo, su razón esencial, sufre y se quebranta gradualmente con la progresiva desaparición de los elementos que le dieron origen, y con el fracaso de la democracia formal y la dictadura militar como sistema de gobierno.

A partir del 23 de Enero de 1958, algunos líderes políticos atribuyen la quiebra del formalismo democrático a la hegemonía de un solo partido, y propugnan el régimen pluralista, el cual es iniciado en 1959 con la coalición AD-URD-Copei, que luego se reduce a la colaboración del primero y el último. En el período constitucional siguiente (1964) el Gobierno de coalición es integrado por Acción Democrática, Frente Democrático Nacional y Unión Republicana Democrática, bajo la denominación genérica de "Gobierno de Amplia

Base", el cual acaba de desintegrarse como consecuencia de profundas contradicciones.

En menos de una década, cuatro de los más importantes partidos reformistas han ejercido funciones de gobierno. El régimen pluripartidista demostró con la "Amplia Base" su absoluta caducidad. Tanto una como otra forma de gobierno (la monopartidista y la de coalición) ha fracasado rotundamente, produciéndose un importante vacío de poder que es, a la vez, parte de la crisis revolucionaria.

Los líderes e ideólogos del imperialismo no solo han resultado incapaces para gobernar, sino para comprender los fenómenos de nuestra política. Su superficialidad, en primer término y los intereses a los cuales sirven, en segundo, los condujo a conclusiones erradas y los llevó a engañar al pueblo y a engañarse a sí mismos. Centrarón en la hegemonía monopartidista las causas de una situación que es producto de la composición social del Gobierno. Y propugnaron un cambio formal, en lugar de una transformación en la base del régimen.

El fracaso de estos grupos (AD-Copei-URD-FND) no puede ser atribuido a causas superficiales o a la incapacidad administrativa de sus cuadros. Esto plantearía un problema de muy fácil solución: bastaría colocar en el Gobierno a otros partidos o grupos con mejores técnicos para resolverlo. La cuestión es más de fondo. Sus causas están íntimamente ligadas a la dependencia de nuestro país. El poder real nunca ha estado bajo el control de los partidos en función de gobierno. Él es ejercido por las camarillas proimperialistas de las Fuerzas Armadas y las clases económicamente más poderosas, con la presión determinante del Departamento de Estado y el Pentágono norteamericanos.

Es la consecuencia del régimen colonial. Los partidos no revolucionarios, sin una base de sustentación civil y militar, están obligados a hacer importantes concesiones, aun en el campo de la oposición. Y una vez en el gobierno, presionados a realizar una política de sumisión. Es imposible que uno solo o todos coaligados puedan adelantar gestiones distintas a las que ya se conocen. El ejercicio pleno del poder implica no una coalición de partidos con igual o parecido contenido social, sino una integración de las clases



populares y progresistas (en un régimen de democracia plena o de nueva democracia), con instrumentos armados revolucionarios, para enfrentarse con éxito y derrotar las presiones de las clases desplazadas y su violencia.

Esta nueva integración para la conquista y ejercicio del poder real, base fundamental para la ejecución de un programa nacionalista que liquide la presente situación de dependencia y los problemas derivados, tiene posibilidades extraordinarias. El robustecimiento de los destacamentos guerrilleros es una evidente. Al contrario de lo que ocurría en el pasado, cuando las clases gobernantes podían invalidar de un plumazo la actividad de las organizaciones populares y democráticas o conjurar los peligros subversivos con el simple cambio de un jefe de Estado Mayor, hoy se ha comprobado que los grupos insurrectos y sus instrumentos políticos y militares pueden resistir a la vez que expandir su actividad, aun bajo la más sangrienta represión.

Existen otros factores de gran importancia. La incorporación de las masas campesinas a la lucha revolucionaria sobresale en este sentido. Hasta estas alturas del movimiento guerrillero, los campesinos venezolanos constituían el sector más atrasado de nuestra actividad política. Las reminiscencias de la explotación feudal y de los antiguos caudillos, el analfabetismo y la falta de vías de comunicación, además de otras particularidades atávicas, los convertía en fácil instrumento de engaño y hacía de ellos importante reserva de las clases dominantes. El campo venezolano, no obstante su situación explosiva, era escenario de conformidad, mientras las áreas urbanas vivían en permanente agitación. Hoy el problema está planteado un tanto diferente. La politización del campesinado, gracias a las acciones guerrilleras y a la asistencia constante de los cuadros, que han hecho del medio rural su principal teatro de operaciones, ha abierto nuevos cauces a la lucha revolucionaria y ha hecho del campesino baluarte formidable del movimiento liberador.

Un elevado número de caseríos rurales es objeto de ocupación militar. Muchos campesinos han muerto heroicamente, otros se han convertido en verdaderos dirigentes de su clase. Cuarteles que

tenían su asiento en el medio urbano están siendo trasladados a las zonas campesinas. Y en los últimos cuatro años, más de veinte mil efectivos de las fuerzas de aire y tierra han realizado alguna actividad militar en las regiones montañosas de los estados Lara, Falcón, Portuguesa, Trujillo, Barinas, Monagas, Anzoátegui, Sucre y Miranda, sin lograr sus objetivos.

Esto sucede al mismo tiempo que los partidos tradicionales, no revolucionarios, ven resquebrajarse sus filas, y los líderes obreros mediatizados pierden prestigio popular. Tales instrumentos de las clases opresoras sufren el impacto de su propia descomposición. Las inconsecuencias de los grupos dirigentes y su política de espaldas a la realidad nacional, conducen a nuevas reagrupaciones en el orden general. El debilitamiento de las fuerzas neocoloniales conlleva necesariamente a una correlación en favor del campo revolucionario. La clase obrera y los sectores progresistas y democráticos de la pequeña burguesía y la burguesía patriótica que han vivido la quiebra de la política reformista, caracterizada por las concesiones hechas al imperialismo y a la oligarquía por los movimientos triunfantes, no pueden continuar atadas a la misma situación. Los intereses que cada una de ellas representa, los inmensos problemas que pesan sobre sus hombros y la imposibilidad de cambio alguno por los medios ensayados hasta el presente, las obliga a buscar otras salidas; nuevas perspectivas de bienestar y desarrollo.

La crisis actual es del orden revolucionario. Ella tiene su base en la explotación imperialista de nuestras principales fuentes de riqueza y la subsistencia de reductos feudales en la explotación agropecuaria. Esta realidad indica que el desarrollo económico venezolano y el cambio radical de sus estructuras, no pueden ser logrados sin golpear sensiblemente aquellos intereses. Cualquier tipo de política que ignore estas razones o trate de asignarles papel de segundo orden, está condenado al fracaso. La mayoría de los políticos mediatizados, nadando un tanto contra la corriente o dejándose arrastrar por ella, se ha empeñado en proceder a la inversa: hacer frente a los efectos sin conjurar las causas.

Es evidente que dicho camino es equivocado. Sin embargo, muchos venezolanos, bajo la influencia de demagogos y politiqueros, se aferran duramente a él. Es debido, en gran parte, a la



ausencia de mentalidad de poder en el seno de las clases populares y progresistas que les impide decidirse a luchar. El temor a las fuerzas reaccionarias está unido al desconocimiento parcial o total de la ciencia política. Muchos de los sectores patrióticos, indudablemente débiles en su aislamiento, subestiman su inmenso poderío en alianza con las clases populares. Lo mismo sucede a la clase obrera o a los campesinos solos frente a un enemigo que luce todopoderoso.

En lo estratégico no hay tal superioridad de las fuerzas reaccionarias, como lo afirman sus ideólogos. Una clara demostración está dada por la subsistencia y desarrollo de los destacamentos guerrilleros que desde su propio nacimiento han sido sometidos a fuertes presiones. Ellos expresan la permanencia y continuidad de un foco insurreccional potencial cuya influencia sobre las masas populares nadie puede callar. El enemigo que es capaz de aniquilar en pocas horas cualquier levantamiento de otras características, como lo hizo en Carúpano y Puerto Cabello, ha resultado impotente para detener el avance de la insurrección guerrillera (guerra del pueblo) por más que ha utilizado contra ella los principales recursos a su alcance. Un solo instante no ha descansado el gobierno en su guerra a muerte contra los nuevos instrumentos de poder del pueblo venezolano. Ha obtenido, es cierto, algunos éxitos, pero nunca como para desmantelarlos. Los destacamentos guerrilleros se mantienen y crecen dentro de las grandes dificultades inherentes a todo movimiento revolucionario y con las limitaciones que impone la lenta forma de operarse, en estos casos, la incorporación del pueblo a la lucha militante.

Los factores señalados juegan un rol de inmensa importancia. Sirven para vigorizar la moral y la conciencia de las vanguardias revolucionarias, al tiempo que abren firmes perspectivas a las clases interesadas en la liberación nacional. El ejemplo de una insurrección que ha podido mantenerse viva durante un lustro y que ha demostrado grandes posibilidades de desarrollo, es un hecho invaluable. Ningún grupo político puede poner en duda esta verdad, realizada por el fracaso de las fórmulas no revolucionarias de gobierno; ni dejar de asignarle la significación que él tiene.



Otra cosa importante es que el movimiento liberador no se aferra a una sola forma de lucha. No supedita la victoria a la construcción de un ejército de línea. El triunfo de la causa revolucionaria no lo espera a través del enfrentamiento de dos fuerzas militares que libran grandes batallas como es la guerra clásica. La decisión la coloca en la lucha de las masas populares y los sectores progresistas de la nación, enfrentados por todos los medios a las fuerzas enemigas. El uso de múltiples formas de lucha, las legales y las ilegales, las pacíficas y no pacíficas, es inherente a nuestra guerra revolucionaria.

Dadas las características de nuestro país, con la mayoría del pueblo ubicado en las ciudades y poblaciones adyacentes; con un campo inmensamente atrasado en proceso de despoblación; y con la particularidad de una fuerte composición juvenil de nuestra sociedad, la lucha revolucionaria tiene, a diferencia de otras naciones, su factor principal en el medio de lo urbano. Son las masas trabajadoras que lo pueblan, por estas características, en alianza con el campesinado (que las guerrillas han despertado y conmovido) la fuerza decisiva del movimiento liberador.

Los revolucionarios de vanguardia tienen que comprender y dominar esta particularidad. La incorporación de las masas obreras y los trabajadores en general a la guerra del pueblo, es lo que en definitiva garantizará la victoria; pero esa incorporación se manifiesta en forma progresiva. Su inicio está dado por el incremento de las luchas reivindicativas y políticas de cada uno de sus sectores. El hecho circunstancial de que la mayoría de las organizaciones obreras gire bajo el control de sindicalistas profesionales al servicio de la reacción, no representa invencibles obstáculos para la movilización de sus miembros y la conquista de su dirección. Los grandes problemas económicos y sociales son, al fin y al cabo, el factor determinante. Lo mismo que sucede en el campo de los partidos políticos, ocurre en el seno de las masas obreras. Los líderes del reformismo proimperialista, en ambos terrenos, pierden aceleradamente su prestigio y la confianza popular. Los trabajadores, por su parte, se sienten desamparados y sin mayores perspectivas. Hay una especie de vacío de dirección que repercute sensiblemente en el debilitamiento de la capacidad de lucha del sector obrero. En ello influye la



falta de claridad respecto a las características de nuestro proceso revolucionario. Y fundamentalmente, las erróneas ideas de que la lucha armada se contrapone a las otras formas de combate popular. En algunos sectores del pueblo, incluso en el propio movimiento revolucionario, se da carácter de excluyente a lo que es complementario. Y los destacamentos guerrilleros son vistos como organizaciones aisladas, en un medio independiente y remoto. Se considera así mismo que la insurrección de las masas no tiene un carácter progresivo. Por ello se juega principalmente con los elementos políticos y se empujeñen los de tipo económico y reivindicativo. La preocupación por la incorporación masiva y no gradual del pueblo a la lucha revolucionaria ha influido negativamente en los trabajos de expansión insurreccional. La concepción de la "gran batalla", ora producida por el enfrentamiento de dos fuerzas militares; ora resultado de un estallido momentáneo, continúa viva en la mente de muchos revolucionarios.

La guerra del pueblo es, en nuestro país, una sucesión de escaramuzas, de encuentros, de combates, de batallas, de avances y repliegues en todos los órdenes de la vida nacional, cuya continuidad está garantizada por los destacamentos guerrilleros. Es todo un complejo insurreccional afianzado en pequeños y constantes triunfos, de carácter ascendente, que expanden la influencia de la insurrección, por una parte, y, por la otra, incrementan el poderío de las fuerzas armadas y no armadas de la revolución.

En este sentido el desarrollo del ejército popular y la victoria general del pueblo están estrechamente ligados al fortalecimiento de los destacamentos guerrilleros, que le permita golpear más duramente, y al levantamiento progresivo de las masas, en lucha abierta por la conquista de sus derechos políticos y sus más sentidas reivindicaciones en lo económico y lo social. Ambos fenómenos permiten ganar a las fuerzas progresistas y democráticas, civiles y militares que, estimuladas por los éxitos del movimiento popular, se incorporan decididamente a la lucha revolucionaria.

La crisis general del país debe ser aprovechada al máximo para el desarrollo del movimiento liberador y el incremento de su influencia en todas las capas de la sociedad. Esta crisis constituye

la concreción de los hechos objetivos que plantean la inevitabilidad de un cambio revolucionario e imponen el combate en todos los frentes, como forma de ampliar la guerra del pueblo; de proyectarla hacia los centros neurálgicos del país y convertirla, de hecho, en el instrumento de las masas desposeídas para la conquista de sus derechos y reivindicaciones. Y al mismo tiempo, en medio efectivo para abrir sólidas perspectivas de poder a los grandes sectores nacionales cuyos intereses no están en contradicción con la liberación nacional.

En todo caso, debe estar presente el carácter antifeudal y antimperialista de nuestra lucha y los rasgos particulares de la revolución venezolana. Solo en esta forma se pueden conducir con acierto las difíciles tareas que ella impone y lograr la liberación. El combate revolucionario no puede llevarse a cabo sin pleno dominio de la teoría revolucionaria, de sus métodos, de su organización, de su ética. Hay necesidad, en todo momento, de profundas batallas ideológicas que permitan ganar gradualmente las masas para la lucha. Se requiere usar de gran iniciativa para ahondar la conciencia revolucionaria del pueblo y las clases progresistas. La propaganda y la agitación constante, por diferentes medios, son armas indispensables. Para que su utilización sea provechosa y efectiva, los revolucionarios de vanguardia deben estar suficientemente preparados en lo físico y mental. La guerra del pueblo y la incorporación a ella no significa la actividad puramente militar o el abandono de los campos específicos de trabajo para dedicarse, en forma exclusiva, a un solo medio de lucha. Ella es una unidad político-militar que va desde la más elemental protesta, el mitin relámpago o la huelga, hasta el sabotaje, la captura de armas, el hostigamiento o aniquilamiento de una fuerza enemiga, la toma de una plaza militar y la conquista del Gobierno. Nada que incida en la precipitación de las contradicciones en el campo adverso, que contribuya a minar la moral y a reducir la capacidad de combate del enemigo, puede ser desestimado; no debe ser eludida ninguna tarea que permita ganar todo lo ganable y neutralizar todo lo neutralizable.



Cada combatiente de la guerra del pueblo debe estar imbuido de esta idea: solo la lucha diaria, constante y sistemática en todos los terrenos podrá conducir a la victoria.

Existen las condiciones indispensables para la expansión revolucionaria. La correlación de fuerzas es favorable a la liberación nacional; han sido creados nuevos instrumentos de poder; la invencibilidad de los destacamentos guerrilleros está demostrada; el fracaso del formalismo democrático es evidente; y el descontento popular cunde cada día en medio de una crisis que afecta, incluso, a importantes sectores de la pequeña burguesía y las capas progresistas de la burguesía nacional. Este cuadro realista-objetivo de la vida venezolana abre las mejores perspectivas para el desarrollo de la lucha y pone a su alcance invaluables recursos materiales y humanos. Los revolucionarios de vanguardia, cuadros y activistas, tienen sobre sí la inmensa responsabilidad de saberlo aprovechar y conducir. Hay que obrar con una profunda mentalidad de guerra; con audacia inestimable para poder incrementar la solidaridad integral de los venezolanos. Cada uno tiene que estar dotado de un vigoroso espíritu ofensivo, emprendedor, a la vez que del comedimiento y la prudencia necesarios para no caer en la pasividad ni en el aventurismo. La guerra del pueblo es una lucha que reclama no solo la reducción del enemigo hasta ponerlo fuera de combate y desarmarlo, sino la conservación y robustecimiento de sus fuerzas organizadas, sin perder jamás la iniciativa.

Los teóricos del reformismo proimperialista, para mantener al pueblo bajo su influencia permanente, hacen de las dificultades transitorias de la guerra popular una constante, un obstáculo insuperable; tratan siempre de presentar soluciones más fáciles, menos riesgosas. Presentan la verdadera lucha revolucionaria como expresa manifestación de ideas desesperadas, contrarias al sentimiento colectivo, y argumentan a su manera sobre la posibilidad de salidas "democráticas", al mismo tiempo que practican una política de restricciones contra la acción pacífica de las masas. Solidarios como son de la opresión ejercida por las clases dominantes, a las cuales sirven con gran diligencia, aceptan sumisamente los parapetos jurídicos de la reacción y le dan vigencia democrática. El pueblo,

según sus tesis, debe esperar y someterse a tales disposiciones; respetar un orden que solo favorece a las minorías privilegiadas y que constituye la más poderosa muralla contra las reivindicaciones populares y el progreso de la nación.

En esta forma, a veces habilidosa, buscan mantener al pueblo maniatado, sin otras posibilidades de bienestar que las que ellos le proporcionan a través de la lucha "democrática", único medio, a su juicio, para el cambio estructural del país.

No son desestimables las ilusiones creadas al calor de las promesas demagógicas. Por ello es imposible cambiar de un día para otro la mentalidad de las clases y sectores de nuestra sociedad, influenciados por las ideas del reformismo proimperialista. Para lograrlo se necesita realizar titánicas luchas, destinadas a desenmascarar la falsedad de los políticos y líderes obreros mediatizados; a mostrar el contenido antipopular de la democracia representativa; y la imposibilidad de conquistar el poder político para el pueblo por medios distintos a los de la lucha revolucionaria.

Este es un serio combate para los revolucionarios de vanguardia. La base de la victoria está en saber combinar acertadamente la teoría revolucionaria con la práctica revolucionaria; la orientación con lo moral; los discursos con los hechos, y los consejos con el ejemplo. Cada combatiente de la guerra del pueblo tiene el deber de convertirse en un dirigente efectivo, en un activista audaz y valeroso, en un cuadro con ascendiente sobre las masas, en su organizador y conductor. Debe ser capaz tanto de manejar las armas más complicadas como de organizar con efectividad cualquier protesta popular o vencer cualquier situación adversa; saber mezclar y utilizar en forma correcta, lo político y lo militar con lo reivindicativo; lo general con lo particular.

El movimiento liberador venezolano tiene recursos suficientes para profundizar la lucha. Las vastas reservas de la revolución son canteras inagotables para el combate. Aprovechadas al máximo, en lo civil y militar no existe la menor posibilidad de derrota. La experiencia de otros pueblos, con menos recursos que el nuestro, y la acumulada aquí, donde el poderío reaccionario ha sido impotente para aniquilar a grupos todavía de incipiente desarrollo, así lo



comprueban. Son los hechos, siempre más decisivos que las palabras, los encargados de expresarlos.

El evidente crecimiento y desarrollo de los nuevos instrumentos del poder antifeudal y antimperialista, y la quiebra de las formas de gobierno no revolucionario, ya sean mono o pluripartidistas, de democracia representativa o de dictadura militar, ponen de manifiesto que no se trata de una aventura sin posibilidades de victoria o de una fórmula errónea y descabellada en pro de la correcta solución de la crisis general que vive el país, y demuestran, a la vez, las debilidades de la reacción para impedir el cambio revolucionario planteado en la presente etapa histórica. Se necesita, en consecuencia, incrementar por todos los medios, el mayor esfuerzo de los combatientes de avanzada con el propósito de promover y afianzar la unidad nacional como palanca fundamental para vitalizar la guerra del pueblo y proyectarla hacia la victoria.

En esta tarea de honor para los revolucionarios de vanguardia están presentes las palabras admonitorias del ilustre cruzado antimperialista, Mario Briceño Iragorry:

Esa Venezuela dividida en el campo de la lucha actual y dividida aún en el campo de los conceptos fundamentales de su Geografía y de su Historia, debemos sustituirla por un nuevo obrar político, en cuyo ejercicio alcance la indiscutida categoría a que tiene derecho en razón a su pasado y en razón a las reservas morales y materiales que enriquecen su futuro.

Para concluir, con la extraordinaria reciedumbre de su personalidad:

La gran vigilia del pueblo impone, pues, sacrificios de orden moral y disciplina centrada que lo alejen de esa alegría postiza donde se diluye la voluntad de crear. La verdadera risa del pueblo debe reservarse para lo hora próxima en que su tremenda luminosidad haga temblar a los traidores que lo oprimen...



## VI

### LA CONSTITUCIONALIDAD DEMOCRÁTICA, LA QUIEBRA DEL PODER FORMAL Y LA PAZ

Desde 1811, cuando los creadores de nuestra nacionalidad promulgan la primera carta fundamental de la República, que traduce las más importantes conquistas a la Revolución francesa, Venezuela ha tenido muchas constituciones. Cada una ha seguido a un levantamiento militar o a una guerra civil triunfante; a una elección o al simple capricho de un caudillo o de un partido para adaptarla a los intereses de su continuidad en el poder; pero todas, como es lógico derivarlo de la ciencia política, han servido a los intereses de las clases económicamente más poderosas que han ejercido el control del poder.

La frase de que "la Constitución sirve para todo" se ha convertido en sentencia popular. Fortunas fabulosas se han amasado en nombre de la Constitución; numerosos crímenes se han cometido bajo su amparo; nefastas negociaciones se han producido a su sombra y grandes traiciones se han incubado en su entorno. Pocos han sido los mandatarios del país que no han hecho una Constitución a imagen y semejanza de sus intereses, apetitos y designios. Las más crueles tiranías, los más ignominiosos déspotas han tenido la espada en una mano y la Constitución en la otra para convertir la nación en hacienda suya o en feudo del colonizador extranjero.

Mucha sangre se ha derramado en pos de la constitucionalidad democrática. Numerosos hombres del pueblo, convertidos en héroes luminosos, han caído portando el estandarte de la libertad y la justicia. Nuestro país nunca ha dejado de ser un país convulsionado por la guerra, la lucha fratricida en búsqueda permanente del derecho. Hay toda una tradición de rebeldía; esperanza y fe que se trasmite como las mejores vivencias de generación en generación.



Y cada nuevo venezolano parece electrizado por la tenacidad y el espíritu renovador del padre de la patria.

Heroicas jornadas han marcado hito en nuestra historia gloriosa y deslumbrante. La Guerra Magna, con Bolívar a la cabeza. La Guerra Federal, con Zamora, tragando llanuras y su espada descabezando oligarcas. Y de menor contenido, pero con iguales ambiciones de heroísmo, las luchas antigomecistas y los sucesivos combates de la resistencia popular contra los que entonces para acá han querido mantener la patria aherrojada: Pérez Jiménez y Rómulo Betancourt, alma y voluntad de cirineos doblados en celestinas descaradas.

Memorables jalones populares llenan las páginas de nuestra historia contemporánea, las salpican de sangre y matizan de gloria. La insurrección del 14 de febrero de 1936, donde decenas de hombres y mujeres caen acribillados, es vivo ejemplo de singular combatividad. Las huelgas petroleras del 36 y el 50. La conducta agresiva de nuestro pueblo en los meses precedentes a noviembre de 1952 cuando, como una sola voluntad hecha repudio, expresó su no rotundo a la tiranía. Y el coraje sin igual que impulsó la insurrección del 23 de enero de 1958, constituyen expresión extraordinaria de valentía y madurez que coloca a nuestras masas populares en el pórtico de una empresa superior.

Las conquistas en el orden político, económico y social que nuestro pueblo ha logrado, puede decirse con propiedad, están empapadas con la sangre de sus víctimas. No ha sido fácil ganarlas; pero si fácil perderlas. Los traidores, los fenicios de nuestra política, de espaldas al pueblo generoso, se han transado con el enemigo y hecho suyo lo que ha sido producto de la tenacidad y empuje de las masas explotadas.

Gracias a la tesonera voluntad popular, a la lucha permanente e indomable de las masas, Venezuela se dio una nueva alternativa de poder: el sistema de democracia representativa. Este resurgió con el derrocamiento de la dictadura militar, en enero de 1958 y las elecciones celebradas en diciembre del mismo año. Todo el pueblo celebró, unido como nunca, el advenimiento de la nueva etapa que prometía abrir cauces hacia una vida de libertad y justicia. Los líderes y partidos políticos concurren, con plenas garantías para todos, al proceso eleccionario –histórico por su pureza e



imparcialidad— con programas de alto contenido progresista cuyo cumplimiento habría de contribuir a la solución de grandes problemas, en especial, al mejoramiento de las condiciones de vida de las clases desposeídas.

Pero lo más importante era, quizá, el retorno a la constitucionalidad democrática, al estado de derecho. El nuevo Congreso integrado por representantes de todos los partidos y de todas las clases sociales, en uso de sus facultades constituyentes, se abocó al estudio, discusión y aprobación de la carta fundamental que derogaría la Constitución espuria de 1953 y derrocaría, en lo jurídico, al régimen que el pueblo insurrecto, en ejemplar unidad cívico-militar y dirigido por la Junta Patriótica, echó del poder el 23 de enero de 1958.

La Constitución democrática promulgada el 23 de enero de 1961 nace en momento de gran efervescencia popular; el mismo día de su nacimiento es violada por el presidente Betancourt y su camarilla nacional-traidora. Los derechos ciudadanos que ella establece son suspendidos y su plena vigencia se posterga indefinidamente.

Esta nueva carta fundamental, aprobada con el respaldo de una mayoría sin precedentes, es una Constitución democrática, progresista. Sus disposiciones, que traducen una gran influencia de la Constitución de la República italiana, consideradas como uno de los estatutos más democráticos de Europa occidental, son ciertamente positivas. Su contenido general y su mandato expreso crea las bases jurídicas para un régimen distinto al presente y abre las puertas a importantes reformas en el orden económico y social que, en manos de un gobierno democrático y patriótico, permitiría golpear sensiblemente las actuales estructuras y conquistar la independencia nacional.

Por esto, el movimiento liberador en marcha no se opone a esa Constitución, sino que reclama su plena vigencia, amparada por el artículo 250 de la misma que textualmente dice:

Esta Constitución no perderá su vigencia si dejare de observarse por acto de fuerza o fuere derogada por cualquier otro medio distinto del que ella misma dispone. En tal eventualidad, todo ciudadano, investido o no de autoridad, tendrá el deber de colaborar en el restablecimiento de su efectiva vigencia.

Serán juzgados según esta misma Constitución y las leyes expedidas en conformidad con ella, los que aparecieren responsables de los hechos señalados en la primera parte del inciso anterior, y asimismo los principales funcionarios de los gobiernos que se organicen subsecuentemente, si no han contribuido a restablecer el imperio de esta Constitución. El Congreso podrá decretar, mediante acuerdo aprobado por la mayoría absoluta de sus miembros, la incautación de todo o parte de los bienes de esas mismas personas y de quienes se hayan enriquecido ilícitamente al amparo de la usurpación, para resarcir a la República de los perjuicios que se le hayan causado.

Es evidente que el gobierno del presidente Betancourt se apartó del mandato constitucional y que durante su gobierno se dejó de observar la carta fundamental; como también lo es que el gobierno "subsecuente", presidido por el doctor Leoni "no ha contribuido a restablecer el imperio de esta Constitución".

En lo jurídico esta tesis es irrefutable. Pero en lo político se ha ido mucho más allá. Y es que la composición social de ambos gobiernos (el de Betancourt y el de Leoni), su dependencia absoluta de las clases más reaccionarias y del imperialismo norteamericano, ha impedido hacer efectiva cualquiera de las más importantes conquistas de la nombrada Constitución nacional: es la quiebra del poder formal, incapaz siquiera para garantizar la vigencia, en todos los órdenes, de la constitucionalidad democrática. Un ligero análisis del articulado constitucional conduce a esa afirmación. Dice la Constitución Nacional (Art. 1.º): "La República de Venezuela es para siempre irrevocablemente libre e independiente de toda dominación o protección extranjera".

¿Cuál es la realidad? Que el país "yace bajo un imperialismo mucho más feroz, mucho más poderoso y más despiadado que el imperialismo colonial español..."

Nadie puede ocultar la injerencia directa del gobierno norteamericano en los asuntos internos de la República. La embajada de ese país y la misión militar acantonada en Venezuela intervienen descaradamente contra la Constitución y las leyes nacionales.



En el campo económico, la dominación extranjera es, desde todo punto de vista, indudable. Las grandes fuentes de nuestra riqueza –petróleo y hierro– además de otros rubros, están bajo la absoluta dominación del capital extranjero.

Venezuela, ni en lo político, ni en lo económico, es independiente, como lo manda el Artículo 1.º de nuestra Constitución. Hay un régimen colonial que saquea nuestras riquezas, deforma nuestra cultura y maneja nuestra política interna y externa con la anuencia traidora del gobierno constitucional.

Incluso el Gobierno de los Estados Unidos se ha abrogado públicamente el derecho a desembarcar tropas en Venezuela como “protección” al sistema democrático.

Dice la Constitución (Art. 51.º): “Los venezolanos tienen el deber de honrar y defender la patria, y de resguardar y proteger los intereses de la nación”.

Y las compañías extranjeras saquean impunemente las riquezas nacionales; a través de maniobras descaradas atentan contra “los intereses de la nación”, sin que el gobierno tome medida alguna en resguardo del país. Por el contrario, se ensaña en la persecución de los venezolanos que luchan por el cumplimiento del mandato constitucional de “defender la patria y resguardar y proteger los intereses de la nación”.

Dice la Constitución (Art. 53.º): “El servicio militar es obligatorio y se prestará sin distinción de clase o condición social...”

Y los hijos de las clases poderosas, de terratenientes y oligarcas, no pagan el servicio militar. Este es reservado solo a los hijos de los obreros, de los campesinos y de las capas más bajas de la pequeña burguesía que sufren en los cuarteles discriminación y castigos físicos y morales.

Dice la Constitución (Art. 58.º): “El derecho a la vida es inviolable. Ninguna ley podrá establecer la pena de muerte ni autoridad alguna aplicarla”.

Y el Ejército y la Digepol fusilan, con toda impunidad, a campesinos y líderes políticos, a prisioneros de guerra, como los casos de Alberto Lovera, Rufino Terán, Antonio Devides, Trino Barrios, Donato

Carmona, Ramón Pasquier, Carmelo Mendoza, Jesús Soto Rojas, Juan Pedro Rojas, los hermanos Ollarves y muchos otros.

Dice la Constitución (Art. 60.º): "La libertad y la seguridad personales son inviolables..."

Y varios centenares de presos se hacinan en las cárceles sin delito alguno; numerosos ciudadanos han desaparecido después de ser detenidos por el SIFA o la Digepol.

Dice la Constitución (Art. 60.º, Inciso 3.º): "Nadie podrá ser incomunicado ni sometido a tortura o a otros procedimientos que causen sufrimiento físico o moral..."

Y solo en la cárcel de La Pica, estado Monagas, una comisión de la Cámara de Diputados, comprobó recientemente que el 90 % de los presos allí reclusos han sido sometidos a torturas y muchos de ellos incomunicados.

Dice la Constitución (Art. 60.º, Inciso 6.º): "Nadie continuará en detención después de dictada orden de excarcelación por la autoridad competente o una vez cumplida la pena impuesta".

Y muchos ciudadanos han sido y son detenidos a las puertas de las cárceles o de los tribunales, una vez absueltos o cumplidas sus penas, lo cual es conocido en el argot político y popular con el nombre de "ruleteo".

Dice la Constitución (Art. 60.º, Inciso 9.º): "Nadie podrá ser objeto de reclutamiento forzoso ni sometido al servicio militar sino en los términos pautados por la ley..."

Y miles de jóvenes son reclutados todos los años en los campos, los barrios de las grandes ciudades y en pueblos pequeños para compensar la discriminación social que impera en el campo del servicio militar.

Dice la Constitución (Art. 62.º): "El hogar doméstico es inviolable..."

Y numerosos hogares venezolanos son allanados noche tras noche y algunas veces saqueados por los miembros de los aparatos represivos.

Dice la Constitución (Art. 64.º): "Todos pueden transitar libremente por el territorio nacional, cambiar de domicilio o residencia, ausentarse de la República y volver a ella..."



Y las principales carreteras del país están cortadas por alca-balas donde se cachea, se insulta y se detiene. Y muchos son los venezolanos que han sido conducidos del avión o del barco donde regresan al país o de las terminales de pasajeros que usan para viajar al interior o al exterior a los calabozos de la Digepol u otros cuerpos policiales.

Dice la Constitución (Art. 66.º): "Todos tienen el derecho de expresar su pensamiento de viva voz o por escrito y de hacer uso para ello de cualquier medio de difusión, sin que pueda establecerse censura previa...".

Y muchos son los casos de censura, de amenaza contra directores de periódicos, revistas y radioperiódicos; los hechos de clausura o prohibición de circular ejecutados contra algunos órganos periodísticos; y de periodistas detenidos.

Dice la Constitución (Art. 71.º): "Todos tienen el derecho de reunirse, pública o privadamente, sin previo permiso, con fines lícitos y sin armas".

Y ya se ha perdido la cuenta de reuniones asaltadas por la policía; manifestaciones obreras, estudiantiles, políticas, etc., han sido disueltas a tiros, y muchos de sus participantes encarcelados y asesinados.

Dice la Constitución (Art. 73.º): "El Estado protegerá a la familia como célula fundamental de la sociedad y velará por el mejoramiento de su situación moral y económica".

Y centenares de miles de familias viven en la más completa miseria; más de setecientos mil carecen de vivienda higiénica, están subalimentadas y no tienen recursos de ninguna especie. La prostitución se incrementa vertiginosamente y la delincuencia afecta a numerosos hogares.

Dice la Constitución (Art. 75.º): "La ley proveerá lo conducente para que la infancia y la juventud estén protegidas contra el abandono, la explotación y el abuso".

Y más de doscientos mil niños se encuentran en estado de abandono y miles de jóvenes son inhumanamente explotados.

Dice la Constitución (Art. 76.º): "Todos tienen derecho a la protección de la salud... Las autoridades velarán por el mantenimiento

de la salud pública y promoverán los medios de prevención y asistencia de quienes carecen de ellos”.

Y hacen falta decenas de miles de camas hospitalarias. Las zonas rurales carecen de asistencia médica y puestos de salud. Millares de personas mueren anualmente de enfermedades infecciosas. Los servicios de maternidad, incluso en la zona metropolitana, son prácticamente inexistentes. En Caracas –ciudad de casi dos millones de habitantes– se da el dantesco espectáculo de dos o tres parturientas compartiendo una misma cama, y numerosas mujeres se ven obligadas a parir como animales sin ninguna asistencia. Y en muchos de los hospitales en funcionamiento, el caso de suspensión de servicios por falta de elementales instrumentos, medicinas y apósitos.

Dice la Constitución (Art. 77.º): “El Estado propenderá a mejorar las condiciones de vida de la población campesina...”.

Y no hay seres más abandonados en lo económico, social, asistencial, educativo y cultural que los habitantes de nuestros campos.

Alrededor de cuatrocientas mil familias no tienen tierras para derivar su sustento. Otras tantas carecen de viviendas higiénicas. La miseria, la desnutrición, el cretinismo y el atraso son males multiplicados en el ámbito de la familia campesina.

Dice la Constitución (Art. 78.º): “Todos tienen derecho a la educación. El Estado creará y sostendrá escuelas, instituciones y servicios suficientemente dotados para asegurar el acceso a la educación y a la cultura, sin más limitaciones que las derivadas de la vocación y de las aptitudes”.

Y más de millón y medio de niños en edad escolar no van a las aulas por faltas de ellas. Solo quince de cada cien escolares que ingresan al primer grado, terminan el sexto. Un alto porcentaje de la población es analfabeto. Faltan liceos e institutos de enseñanza técnica y especializada. Las universidades confrontan graves problemas de presupuesto que las obliga a restringir el ingreso de estudiantes. La carestía de los útiles de enseñanza, de la alimentación y la falta de becas y otras ayudas para estudiantes pobres, hace de nuestra educación un servicio cada vez más discriminatorio y aristocratizante.



Dice la Constitución (Art. 81.º, Párrafo 2.º): "La ley garantizará a los profesionales de la enseñanza su estabilidad profesional y un régimen de trabajo y un nivel de vida acorde con su elevada misión".

Y más de quince mil maestros y profesores se encuentran cesantes, entre los cuales se hallan muchos desplazados por razones políticas.

Dice la Constitución (Art. 84.º): "Todos tienen derecho al trabajo. El Estado procurará que toda persona apta pueda obtener colocación que le proporcione una subsistencia digna y decorosa...".

Y más de medio millón de obreros está desempleado. Cada año ingresan al mercado de trabajo ochenta mil nuevos jóvenes, sin encontrar fuentes de colocación.

Dice la Constitución (Art. 87.º): "La ley proveerá los medios conducentes a la obtención de un salario justo; establecerá normas para asegurar a todo trabajador por lo menos un salario mínimo; garantizará igual salario para igual trabajo, sin discriminación alguna... etc."

Y millares de obreros devengan un salario por debajo de sus elementales necesidades; no hay salario mínimo y existen evidentes discriminaciones y diferencias en relación al pago de las jornadas de trabajo. Y las movilizaciones de los obreros en procura de mayor poder adquisitivo son, en su mayoría, colocadas fuera de la ley. Los dirigentes son perseguidos y muchos trabajadores encarcelados.

Los empleadores gozan de entera libertad para fijar los salarios y establecer las normas que rigen en este sentido.

Dice la Constitución (Art. 88.º): "La ley establecerá medidas tendientes a garantizar la estabilidad en el trabajo...".

Y las empresas aplican el despido a sus anchas, incluso por motivos de carácter político. Las compañías petroleras, por ejemplo, han despedido más de diez mil obreros y empleados desde que fue promulgada la Constitución.

Dice la Constitución (Art. 91.º): "Los sindicatos de trabajadores y los de patronos no estarán sometidos a otros requisitos, para su existencia y funcionamiento, que los que establezca la ley con el objeto de asegurar la mejor realización de sus funciones propias y garantizar los derechos de sus miembros...".



Y, en muchos casos, privan razones de tipo político para la legalización y funcionamiento de organizaciones sindicales. Los dirigentes y miembros de los sindicatos no oficialistas son perseguidos y encarcelados para impedir sus actividades específicas.

Dice la Constitución (Art. 92.º): "Los trabajadores tienen derecho de huelga, dentro de las condiciones que fije la ley..."

Y numerosas acciones huelgarias, aun cumplidos los requisitos legales, han sido reprimidas por la fuerza u obligadas a cesar, por la parcialización del gobierno en favor de los patronos. Se da el caso, incluso, que las mismas centrales obreras, al servicio del gobierno y presionadas por este, intervienen descaradamente contra el derecho de huelga.

En los últimos cinco años, más del 50 % de huelgas y paros por reivindicaciones sociales, aumento de salarios, violaciones de contratos colectivos y contra despidos, han sido declarados ilegales por las autoridades del trabajo.

Dice la Constitución (Art. 95.º): "El régimen económico de la República se fundamentará en principios de justicia social que aseguren a todos una existencia digna y provechosa para la colectividad".

Y la crisis económica que sacude al país es, precisamente, resultado del trato injusto en favor del capital extranjero y en desmedro de los productores y capitalistas criollos.

El régimen económico de la República es de carácter neocolonial. La distribución de la riqueza solo favorece a reducidas minorías, y la utilización de los recursos públicos, a los sectores oligárquicos. La industria nacional y la producción agropecuaria no gozan de la debida protección ni del crédito suficiente para su desarrollo. El poder adquisitivo en manos del pueblo es realmente bajo y la injusticia está presente en todos los campos del desarrollo económico y social.

Dice la Constitución (Art. 96.º): "Todos pueden dedicarse libremente a la actividad lucrativa de su preferencia..."

Este artículo no ha entrado en vigencia. (Es una de las garantías suspendidas en 1961).

Dice la Constitución (Art. 97.º): "No se permitirán monopolios..."

Y la explotación de las principales riquezas del país y de las actividades financieras están bajo el control de monopolios extranjeros,



como la Standard Oil N. J., la Royal Dutch Shell, la United Steel Co., y el Chase Manhattan Bank.

Importantes industrias nacionales como la cigarrillera, la de refrescos y bebidas, la lechera, la jabonera, etc., han pasado a manos de compañías monopolistas norteamericanas.

Dice la Constitución (Art. 105.º): "El régimen latifundista es contrario al interés social. La ley dispondrá lo conducente a su eliminación y establecerá normas encaminadas a dotar de tierra a los campesinos y trabajadores rurales que carezcan de ella, así como de proveerlos de los medios necesarios para hacerla producir".

Y la propiedad de la tierra continúa concentrada en pocas manos, con el predominio del latifundio ocioso. Alrededor de cuatrocientas mil familias campesinas carecen de tierras aptas para el cultivo, lo mismo que numerosos productores rurales. Unos y otros no disponen de los medios suficientes para la producción y el trabajo. Y muchos de los asentamientos realizados por el Instituto Agrario Nacional han tenido que ser abandonados por falta de recursos y asistencia técnica en manos de los parceleros.

La crisis permanente de la agricultura y la cría es consecuencia del actual sistema de tenencia de la tierra y el predominio del régimen latifundista.

Dice la Constitución (Art. 114.º): "Todos los venezolanos aptos para el voto tienen el derecho de asociarse en partidos políticos para participar, por métodos democráticos, en la orientación política nacional...".

Y desde 1961 dos partidos de comprobado caudal electoral se encuentran inhabilitados para el ejercicio de sus actividades.

El gobierno, valiéndose de una arbitraria y caprichosa interpretación del "método democrático", no solo ha ilegalizado al Partido Comunista y al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, sino que ha perseguido, encarcelado y asesinado a algunos de sus dirigentes y militantes.

Dice la Constitución (Art. 115.º): "Los ciudadanos tienen el derecho de manifestarse pacíficamente y sin armas, sin otros requisitos que lo que establezca la ley".

Y varios ciudadanos han sido muertos por los cuerpos policiales en diversas oportunidades, al querer hacer efectivo este derecho. Incluso miembros del Parlamento Nacional han sido maltratados y vejados en manifestaciones pacíficas y sin armas.

Desempleados, estudiantes, amas de casa y trabajadores han corrido la misma suerte en manifestaciones que los aparatos represivos han dispersado por la fuerza, sin mediar por parte de los manifestantes ninguna violación del ordenamiento legal.

Dice la Constitución (Art. 122.º): "...Los empleados públicos están al servicio del Estado y no de parcialidad política alguna".

Y los venezolanos que no pertenecen a los partidos de gobierno carecen de toda posibilidad de empleo público. Maestros, profesores y otros idóneos funcionarios de la administración pública han sido despedidos de su cargo solo por razones de tipo partidista.

El ministro o gobernador del partido de turno coloca su clientela burocrática con absoluta libertad y en perjuicio de la eficiencia, honradez y estabilidad administrativas.

Dice la Constitución (Art. 123.º): "Nadie podrá desempeñar a la vez más de un destino público remunerado...".

Y el "policamburismo" campea a diestra y siniestra en las esferas burocráticas.

Dice la Constitución (Art. 132.º): "Las Fuerzas Armadas nacionales estarán al servicio de la República, y en ningún caso al de una persona o parcialidad política".

Y el Ejército se ha convertido en cuerpo de represión al servicio de los dirigentes políticos más reaccionarios; al servicio de conocidas personas del Alto Mando Militar y de la misión militar norteamericana.

La discriminación política, el espionaje, el soborno y el chantaje son factores importantes de inestabilidad en la carrera militar. Numerosos oficiales y suboficiales, profesionales y de carrera, unos con cargos administrativos y otros en el servicio exterior, o simplemente en el exilio o en las cárceles, son víctimas de persecución política.

Otros se encuentran cumpliendo la función extramilitar de carcelero.

Dice la Constitución (Art. 143.º): "Los senadores y diputados gozarán de inmunidad desde la fecha de su proclamación hasta veinte



días después de concluido su mandato o de la renuncia del mismo, y, en consecuencia, no podrán ser arrestados, detenidos, confinados, ni sometidos a juicio penal, a registro personal o domiciliario, ni coartados en el ejercicio de sus funciones...”.

Y desde septiembre de 1963 y enero de 1964, sin que aún hubiese “concluido su mandato”, se encuentran presos el senador Pompeyo Márquez y los diputados Gustavo Machado, Eduardo Machado, Simón Sáenz Mérida y Guillermo García Ponce. En abril de 1963 fue detenido y todavía continúa preso, el diputado en ejercicio, Héctor Rodríguez Bauza. También lo fue el senador suplente Luis Emiro Arrieta, quien murió en la cárcel en agosto de 1965. Y en octubre de 1964 fueron detenidos los diputados Luis Miquilena y Manuel Joaquín Aristimuño Palacios, también sin haber terminado su mandato ni haberse cumplido el requisito del allanamiento previo por parte de la Cámara respectiva.

Se encuentran, igualmente, encarcelados los exparlamentarios Eloy Torres, Teodoro Petkoff, Antonio García Ponce y Eleazar Díaz Rangel.

El senador Jesús Faría y los diputados Domingo Alberto Rangel y Jesús María Casal, después de larga prisión, fueron expulsados del país, en contravención del artículo 64 de la carta fundamental.

Casi seis años han transcurrido desde que la Constitución democrática fue promulgada. Como vemos, la mayoría de sus disposiciones han sido violadas o no tienen efectiva vigencia. Como ocurre en todo régimen formal o de democracia representativa, los mandatos constitucionales que afectan los privilegios de las clases explotadoras y benefician al sector popular, la libertad y los derechos ciudadanos a favor de las clases explotadas, son convertidos por quienes ejercen el poder real en disposiciones sin valor; letra muerta en el ordenamiento jurídico y político de la nación.

El doctor Arturo Uslar Pietri, hasta hace pocos días especie de copresidente de la República, por formar su partido (FND) parte del fenecido Gobierno de Amplia Base, expresó que todo el tiempo de colaboración gubernamental hizo hincapié en la necesidad de “devolver al país la legalidad democrática”. Las palabras del líder político revelan que el presente gobierno está al margen de la “legalidad

democrática". El ligero estudio que hemos hecho del texto constitucional confirma esa declaración. Pero lo importante es determinar las causas del problema.

Hay, según los más avanzados estudiosos de la teoría política y el derecho constitucional, varios tipos de democracia, entre los cuales se destacan tres:

-El sistema democrático europeo-americano o de dictadura burguesa.

-El sistema democrático de tipo soviético o de dictadura del proletariado.

-El sistema de nueva democracia o de dictadura conjunta de varias clases revolucionarias y antimperialistas.

El primer tipo abarca a los viejos estados democráticos y a ciertos países que se encuentran bajo la dictadura conjunta de los terratenientes y la burguesía, aliados del imperialismo en las naciones dependientes. En el orden teórico y práctico, es este el régimen imperante en Venezuela a partir del 23 de enero de 1958, cuando el pueblo, con su acción heroica, puso fin al sistema de dictadura militar, contrario al constitucionalismo o gobierno democrático.

La vigencia de la carta fundamental promulgada en 1961, muchas de cuyas disposiciones afectan sensiblemente a la burguesía reaccionaria y a los terratenientes que ejercen el control del poder político, se ha visto obstaculizada por esas clases; y de allí que la esencia misma de la Constitución, su carácter democrático, sea aplicada en favor de ellas y contra las clases populares y los sectores de la nueva burguesía, que precisan de los derechos constitucionales para la lucha constante por el mejoramiento de sus condiciones de vida y de trabajo, y para su actividad política en procura del poder.

Venezuela ha vivido tres ensayos de constitucionalidad democrática en los últimos treinta años. El primero se inicia con la muerte de Juan Vicente Gómez y cobra mayor expresión durante el gobierno presidido por el general Isaías Medina Angarita, entre 1941 y 1945. Importantes reformas de orden económico y social son incorporadas a la legislación nacional: la Reforma de la



Ley de Hidrocarburos, la Ley de Reforma Agraria, la Reforma de la Ley de Impuesto sobre la Renta y otras. El ejercicio de los derechos democráticos se manifiesta a través de la legalización de Acción Democrática y el Partido Comunista de Venezuela; la libertad de prensa y el cese de toda persecución de carácter político. El establecimiento de relaciones con la Unión Soviética, es paso importante dentro de la política internacional. Las clases reaccionarias de la oligarquía y el imperialismo, a través de su poder militar y en alianza con algunos líderes civiles como Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, insurgen el 18 de octubre de 1945 contra la Constitución. El segundo comienza en 1947 con el ascenso de Rómulo Gallegos al solio presidencial y la promulgación ese año de una nueva carta fundamental que contiene efectivas disposiciones de carácter progresista. También el gobierno constitucional de Gallegos es objeto de un golpe militar por parte de los mismos oficiales alzados el 18 de octubre. De 1948 a 1958, el general Marcos Pérez Jiménez se convierte en figura principal del gobierno que, a partir de 1952, cuando es desconocida la voluntad popular expresada en los comicios del 30 de noviembre y que da el triunfo a la oposición unificada por URD, es ejercido en nombre de las Fuerzas Armadas. El tercero empieza con el gobierno transicional presidido primero por el vicealmirante Wolfgang Larrazábal y después por el doctor Edgar Sanabria. El 13 de febrero de 1959, después de unas elecciones democráticas, toma posesión el presidente Rómulo Betancourt; el 23 de enero de 1961 es promulgada la Constitución.

Las elecciones del 30 de noviembre de 1963 y la toma de posesión del nuevo presidente, doctor Raúl Leoni, dan continuidad al gobierno constitucional bajo el imperio de la misma Carta. En lo que va de la nueva etapa política (1959 hasta nuestros días), la hegemonía monopartidista cedió paso a los gobiernos de coalición o colaboración entre AD-URD-Copei y entre AD-Copei en el período de Betancourt; y entre AD-URD-FND y AD-URD desde el comienzo del mandato del doctor Leoni. Pero los gobiernos pluripartidistas como los monopartidistas ejercidos a partir de 1941 han sido de similar composición social, con predominio de la burguesía, y como tales, incapaces de traducir en beneficio del pueblo y la nación venezolanos el contenido

democrático de la Constitución que le ha servido de sustento jurídico y político. La burguesía importadora y la oligarquía financiera, sucesoras en el control del poder real de la vieja nobleza criolla, que lo ejerció a partir de 1830, cuando Venezuela se separó de la Gran Colombia, han retenido en sus manos, no obstante, los cambios formales operados, los principales instrumentos del poder político, el cual han concretado indistintamente en gobiernos militares o en el sistema democrático de tipo europeo-americano, como el presente, que es de dictadura burguesa.

Tanto el Gobierno militar como el de democracia representativa han perdido vigencia histórica en nuestro país. Los fracasos de uno y otro, que expresan la quiebra del poder formal, están dados, en primer término, por la ausencia de libertades democráticas en favor de las mayorías nacionales y, en segundo, por la subsistencia de Venezuela como nación dependiente, agobiada por los ingentes problemas que, en lo político, económico y social, engendra el régimen colonial.

Esta situación ha dado origen a la crisis revolucionaria que hoy conmueve al país, las clases populares y los sectores progresistas de la burguesía nacional no pueden vivir como antes y las clases reaccionarias y explotadoras no pueden gobernar como antes.

El presente período histórico, caracterizado por la decisión de la burguesía importadora, los terratenientes, la oligarquía financiera y el Alto Mando Militar (intermediarios del imperialismo) de retener el poder político para sus privilegios; y la decisión de las clases populares (obrero y campesina) y de los sectores progresistas y patrióticos de la pequeña burguesía y la burguesía nacional —factor de la liberación— de conquistar el poder político y mejorar sus condiciones de vida, es un período revolucionario. Dice la Segunda Declaración de La Habana:

Que la revolución tenga lugar por cauces pacíficos o nazca al mundo después de un parto doloroso, no depende de los revolucionarios; depende de las fuerzas reaccionarias de la vieja sociedad, que se resisten a dejar nacer la sociedad nueva, que es engendrada por las contradicciones que lleva en su seno la vieja sociedad. La



revolución es en la historia como el médico que asiste al nacimiento de una nueva vida. No usa sin necesidad los aparatos de fuerza, pero los usa sin vacilaciones cada vez que sea necesario para ayudar al parto. Parto que trae a las masas esclavizadas y explotadas la esperanza de una vida mejor...

Los diques levantados por las clases reaccionarias de la oligarquía y el imperialismo contra la revolución democrática, que comenzó a abrirse paso por las vías pacíficas, han obligado a las vanguardias revolucionarias "a continuar la política por otros medios", los cuales en el caso presente son la guerra del pueblo.

Mas los revolucionarios, que amamos apasionadamente la paz y por ella ofrendamos nuestras vidas, no hacemos la guerra a ultranza, producto de enfermiza obcecación. A cada uno de nosotros le duele en lo más profundo la pérdida de vidas humanas, la destrucción de bienes materiales, el empleo de esfuerzos que bien pudiesen estar al servicio de la actividad creadora. Sentimos durante la matanza entre venezolanos, muchos de los cuales ya han caído en las filas de ambas fuerzas beligerantes; por ello, a la vez que estamos dispuestos a no ceder un palmo de terreno en la lucha por la independencia de la patria y la conquista de los derechos democráticos para el pueblo, levantamos con absoluta sinceridad la bandera de la paz.

He aquí nuestro programa de paz:

-Vigencia plena de la Constitución Nacional.

-Libertad (indulto general) de todos los presos políticos, civiles y militares que se encuentran cumpliendo sentencia firme o en proceso judicial.

-Legalización de todos los partidos.

Con él en nuestras manos, llamamos al pueblo, a todos los patriotas venezolanos, para hacerlo efectivo y lo conviertan también en su estandarte.

No abrigamos la menor duda de que el día de la victoria arribará; más tarde o más temprano, pero llegará. Esto, porque tenemos inmensa fe en nuestro pueblo, en sus grandes reservas y elevada



calidad de combatiente. Sabemos que de continuar la presente situación de crimen, angustia, terror y miseria; y de estrellarse los infinitos deseos de paz contra la soberbia actitud de las clases reaccionarias, la guerra del pueblo será total, y como en jornadas históricas anteriores, arrasará con todo lo injusto y lo podrido.

El movimiento revolucionario no se detendrá. En una u otra forma continuará su avance. Y en cada tramo del camino descargará más duros golpes sobre las cabezas de los opresores. Los pequeños núcleos de hoy tomarán cuerpo de gigante; la nueva democracia, revolucionaria y antimperialista, se impondrá y, con ella, el pueblo será dueño de su propio destino y la patria recobrará su perfil soberano: su vida independiente.

Cada patriota, sea cual fuera su credo político, posición económica, edad o profesión, engrosará, un día más que otro, las filas de la revolución y con nosotros tocará nuevas puertas que se abrirán también; unidos todos, obreros y campesinos; estudiantes y profesores; industriales y criadores; guerrilleros, oficiales y soldados, cual río embravecido conquistarán la paz, la verdadera paz fundada en la igualdad social y la liberación de la patria.

Las fuerzas reaccionarias –el imperialismo y la oligarquía– serán derrotadas y desplazadas por el poder. La Constitución Nacional recobrará su plena vigencia y la vida democrática, la convivencia fraterna de los venezolanos, cobijará a todos los hombres de trabajo.

Nadie puede seguir en el mundo de las ilusiones. Los destacamentos guerrilleros, las avanzadas populares incorporadas a la guerra del pueblo, jamás se rendirán. Ni todos los ejércitos del mundo podrán quebrantar su moral ni disminuir su fe. La reacción no se detiene, no paraliza sus manos asesinas. Por eso, más tarde o más temprano, morderá el polvo y pagará el precio de sus crímenes.

Venezuela, cuyo ancestro de gloria es permanente inyección de coraje en el corazón de sus hijos, recobrará su imagen excelsa y será “para siempre e irrevocablemente libre e independiente de toda dominación o protección de potencia extranjera”, como lo manda el artículo 10.º de nuestra Constitución y lo reza el Acta del 5 de julio de 1811.



Como lo estableció el Congreso Nacional del cual formé parte junto con Pompeyo Márquez, Gustavo Machado, Eduardo Machado, Simón Sáenz Mérida, Guillermo García Ponce, Héctor Rodríguez Bauza, hoy presos del imperio; Jesús Faría, Domingo Alberto Rangel y Jesús María Casal, desterrados por los lacayos; y lo consagra la Constitución, al pie de cuyos originales estampamos nuestras firmas.

Luchamos:

"Con el propósito de mantener la independencia y la integridad territorial de la nación, fortalecer su unidad, asegurar la libertad, la paz y la estabilidad de las instituciones".

"Proteger y enaltecer el trabajo, amparar la dignidad humana; promover el bienestar general y la seguridad social; lograr la participación equitativa de todos en el disfrute de la riqueza, según los principios de la justicia social, y fomentar el desarrollo de la economía al servicio del hombre".

"Mantener la igualdad social y jurídica, sin discriminaciones derivadas de raza, sexo, credo o condición social".

"Cooperar con las demás naciones y, de modo especial, con las repúblicas hermanas del continente, en los fines de la comunidad internacional, sobre la base del recíproco respeto de las soberanías, la autodeterminación de los pueblos, la garantía universal de los derechos individuales y sociales de la persona humana, y el repudio de la guerra, de la conquista y del predominio económico como instrumento de la política internacional".

"Sustentar el orden democrático como único e irrenunciable medio de asegurar los derechos y la dignidad de los ciudadanos, y favorecer pacíficamente su extensión a todos los pueblos de la tierra".

"Y conservar, y acrecer el patrimonio moral e histórico de la nación, forjado por el pueblo en sus luchas por la libertad y la justicia y por el pensamiento y la acción de los grandes servidores de la patria, cuya expresión más alta es Simón Bolívar, el Libertador".

Que el pueblo sabrá conquistar con la generosidad de su heroísmo y sacrificio.



# ÍNDICE

Prólogo	9
Ficha biográfica	33
<b>HACIA EL PODER REVOLUCIONARIO</b>	<b>41</b>
<b>I</b>	
Introducción	47
<b>II</b>	
La revolución permitida o el reformismo proimperialista	53
<b>III</b>	
La revolución verdadera, la violencia y el fatalismo geopolítico	59
<b>IV</b>	
El camino de la liberación y la mentalidad de poder	81
<b>V</b>	
La guerra del pueblo y la debilidad de las clases explotadoras	101
<b>VI</b>	
La constitucionalidad democrática, la quiebra del poder formal y la paz	119



EDICIÓN DIGITAL  
OCTUBRE DE 2018

CARACAS, VENEZUELA



***Hacia el poder revolucionario*** es uno de los textos fundamentales de la lucha guerrillera en Venezuela. Su tono frontal y su permanente reflexión en torno a las reivindicaciones populares, el imperialismo norteamericano, la Revolución cubana, el pensamiento reaccionario, la consecución del poder político, el neocolonialismo, el reformismo proimperialista y la unión cívico militar, hacen de estos escritos un valioso documento de la clandestinidad y un hito fundacional del Socialismo Bolivariano del siglo XXI. Como testimonio de la lucha armada en Venezuela, presentamos la obra de un verdadero héroe y mártir guerrillero. Fabricio Ojeda bien supo definir el tiempo que le tocó vivir: “La hora de la revolución ha sonado en todos los relojes. Ninguna fuerza será capaz de contener nuestro proceso histórico. Existen condiciones objetivas elementales que impulsan, por sí mismas, el cambio revolucionario”.

### **Fabricio Ojeda (1929-1966)**

Fue periodista, docente, diputado y comandante guerrillero durante la lucha armada venezolana. Desde temprana edad inicia actividad política en el partido Unión Republicana Democrática (URD). Ejerció la presidencia de la Junta Patriótica que logró derrocar al dictador Marcos Pérez Jiménez en 1958. Con la salida de URD del pacto tripartito, Fabricio Ojeda renuncia a su cargo de diputado y se une a las guerrillas en 1962. En la clandestinidad fue uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), presidió el Frente de Liberación Nacional (FLN) y fundó el Partido de la Revolución Venezolana (PRV). En 1963 es detenido y sentenciado a dieciocho años de prisión por rebelión militar, pero logra fugarse de la cárcel. Es detenido nuevamente en 1966, durante el régimen de Raúl Leoni, y asesinado cuatro días después en una prisión militar. Desde el 23 de enero de 2017 sus restos reposan en el Panteón Nacional.

